LEOPOLDO LUGONES

Los escritores y el poder

Cristina Mucci

NO FICCIÓN | HISTORIA

EDICIONES B

Cristina Mucci

LEOPOLDO LUGONES

Los escritores y el poder

Primera edición: julio de 2009. Ediciones B.

Edición especial para e-book: agosto de 2015.

Índice de contenido

Portada
Agradecimientos
Prólogo
Un cóndor joven
La etapa socialista
El poeta de la totalidad
El lugar del escritor
Vivir peligrosamente
La hora de la espada
Una saga nacional
La retórica del amor
Los martinfierristas
De la palabra a la acción
El intelecto orgánico
El final
Otra saga nacional
Epílogo
Bibliografía

Para Alejandro Lugones,

in memoriam.

AGRADECIMIENTOS

Al Fondo Cultura BA, que financió la etapa de investigación de este libro.

A Manuela Fingueret, Claudio Gabis, Pedro Pujó, María Seoane, Jacobo Fiterman, Carlos Alonso, Julia Constenla, Fernando Fagnani y Rogelio García Lupo.

PRÓLOGO

"Hay muchos suicidas en nuestra literatura:

Alfonsina Storni, Francisco López Merino (1),

Horacio Quiroga. Lo esencial es la sensación

de inutilidad que tienen en este país las personas

que se dedican a las letras".

Jorge Luis Borges.

A fines de la década del treinta, tres de nuestros más grandes escritores -Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones y Alfonsina Storni- se quitaron la vida con diferencia de meses por diferentes razones, y la noticia de sus muertes conmocionó el país.

En 1937, Horacio Quiroga ya había vuelto a Buenos Aires de su exilio en la selva de Misiones y se había internado en el Hospital de Clínicas para tratarse de un cáncer de próstata. Según su biógrafo Pedro Orgambide, ya había dicho todo lo que podía y quería decir, y unas páginas que escribió en 1930 pueden leerse como su verdadero testamento: "El momento actual ha hallado a su verdadero dios, relegando al olvido toda la errada fe de nuestro pasado artístico. De éste, ni las grandes figuran cuentan. Pasaron" (2).

Efectivamente, su suicidio con cianuro de potasio contiene todos los elementos que revelan la suerte de los escritores a los que la sociedad da la espalda. Tuvo un triste velorio en la Casa del Teatro y, a falta de dinero para pagar los servicios fúnebres, el empresario periodístico Natalio Botana se hizo cargo de los gastos. El gobierno del Uruguay propuso enterrarlo en ese país, ya que ese era su lugar de nacimiento, y allí fue en parte resarcido: se organizó una gran

ceremonia y más de cinco mil personas se sumaron al cortejo.

Unos años antes, Alfonsina Storni había dicho en un reportaje aparecido en *Crítica*: “El uruguayo endiosa a sus escritores, mientras que el argentino los baja del pedestal a pedradas. El ímpetu creativo ha disminuido mucho en esta Argentina gobernada por el general Justo, en la que importan más los negociados que la creación de los escritores”.

Alfonsina despidió a su amigo con un poema: “Morir como tú, Horacio, en tus cabales, / y así como en tus cuentos, no está mal; / un rayo a tiempo y se acabó la feria… / Allá dirán”. Leopoldo Lugones, en cambio, se limitó a comentar *se mató como una sirvienta*, sin comprender aún que en realidad no importaba la manera.

Lugones y Quiroga se habían conocido en uno de los viajes habituales del uruguayo, cuando junto a un amigo se animó a tocar el llamador de la casa del poeta en la calle Balcarce entre Alsina y Victoria, hoy Hipólito Yrigoyen.

Lugones era apenas mayor, pero hacía un año que vivía en Buenos Aires y ya había publicado *Las montañas del oro,* libro que lo convertiría en el símbolo del modernismo en el Río de la Plata. “Venimos de Montevideo, somos admiradores suyos”, le dijeron, y allí se estableció una amistad. Se distanciarían muchos años después, cuando el ya indiscutido poeta nacional declaró en Ayacucho que había llegado la hora de la espada. Fue entonces cuando el uruguayo, que habitualmente no opinaba sobre política, escribió: “Subleva el alma que sea a veces un alto intelectual – un amigo - quien se expresa de esa atroz manera”. A partir de allí ya no se verían más.

Lugones se suicidó un año después que Quiroga, apelando al mismo procedimiento. “En esa época abundaban los suicidios de domésticas con cianuro de potasio en polvo, producto que se adquiría con facilidad en las ferreterías”, explicaba César Tiempo.

Luego sería el turno de Alfonsina. Operada de un cáncer de mama, pasó su convalecencia en la quinta *Los granados*, del gran benefactor indiscutido de los artistas de la época, Natalio Botana (en realidad, era íntima amiga de Salvadora Medina Onrubia, su mujer), y sólo aceptó someterse a una única sesión de rayos, que la dejó exhausta. A partir de allí sufrió fuertes dolores y cambió su carácter, tradicionalmente alegre y sociable. Una madrugada, dejó su habitación de hotel en Mar del Plata y algunas horas después la encontraron flotando a doscientos metros de la playa. Seguramente se arrojó desde la escollera del Club Argentino de Mujeres, ya que allí quedó uno de sus zapatos, que debió engancharse en los hierros al caer. A diferencia de Quiroga, su cuerpo fue recibido en Buenos Aires por una multitud que la acompaño hasta el cementerio de la Recoleta, donde fue enterrada (¿dónde si no?), en la bóveda de la familia Botana.

Fue entonces cuando el senador Alfredo Palacios se decidió a hablar en el Congreso de la Nación: "Nuestro progreso material asombra a propios y extraños. Hemos construido urbes inmensas. Centenares de millones de cabezas de ganado pacen en la inmensurable planicie argentina, la más fecunda de la tierra; pero frecuentemente subordinamos los valores del espíritu a los valores utilitarios y no hemos conseguido, con toda nuestra riqueza, crear una atmósfera propicia donde pueda prosperar esa planta delicada que es un poeta. En dos años han desertado de la existencia tres de nuestros grandes espíritus, cada uno de los cuales bastaría para dar gloria a un país: Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni. Algo anda mal en la vida de una nación cuando, en vez de cantarla, los poetas parten, voluntariamente, con un gesto de amargura y de desdén, en medio de una glacial indiferencia del Estado".

Al igual que Horacio Quiroga, Palacios se había desencantado del poeta –de quien fue amigo en sus inicios- por sus virajes políticos, aunque no vaciló en solidarizarse con su muerte. ¿Influyeron de algún modo en estos suicidios la indiferencia del Estado o –lo que es lo mismo- la sensación de inutilidad que planteó Borges (quien, dicho sea de paso, no incluyó a Lugones)? Seguramente tuvieron algún peso en el caso de Quiroga, que murió en la soledad y la pobreza, y en menor grado, en el de Alfonsina. Lugones, en cambio, trabajó siempre desde un lugar distinto: el del artista que desarrolla su obra y paralelamente aspira a convertirse en el ideólogo de su tiempo, ocupando un lugar de cercanía al poder.

La relación entre escritores y política nunca fue sencilla, y abundan los ejemplos. Salvando las distancias, hubo otra escritora que cumplió con un recorrido similar al de Leopoldo Lugones. Marta Lynch desarrolló paralelamente a su carrera literaria (de fuerte contenido político, con títulos como *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*), un pretendido rol en la política activa que, sin embargo, nunca logró alcanzar. De tradición antiperonista, comenzó apoyando la candidatura presidencial de Arturo Frondizi, de quien se distanció prontamente al no obtener el protagonismo al que aspiraba. Luego se declaró partidaria de la revolución cubana, el grupo Montoneros, el peronismo revolucionario y el gobierno de Héctor J. Cámpora, donde tampoco encontró un lugar. En 1976 consideró que los militares "nos traerían un orden necesario" y terminó relacionándose con unos de los personajes más nefastos de la dictadura, el almirante Emilio Eduardo Massera, quien sin embargo al poco tiempo comenzó a evitarla. Finalmente, con la recuperación de la democracia, intentó integrarse a los sectores que rodeaban al presidente Raúl Alfonsín, pero su cercanía al gobierno de facto impidió que le dieran un espacio. Pese a que unos meses antes había presentado su último libro con gran éxito, se suicidó de un tiro en la cabeza en octubre de 1985, después de algunos desengaños amorosos, y fundamentalmente –al igual que el poeta- en medio de una enorme sensación de frustración personal.

Lugones también asumió el riesgo de sus cambios ideológicos, a tono con las tendencias de la época (3). En sus comienzos como socialista, fue aclamado en mítines partidarios en la plaza Herrera de Barracas y fundó el periódico *La Montaña*, junto a José Ingenieros y Roberto Payró. Luego conoció a Julio Argentino Roca y se entusiasmó con el proyecto de la generación del ochenta, con el que colaboró desde distintos cargos. Finalmente, terminó apelando al militarismo y convirtiéndose en el ideólogo de la revolución de 1930, que iniciaría la serie de golpes de estado que sufrió el país hasta 1983.

Sin embargo, el gobierno de José Félix Uriburu jamás lo convocó. Y con la asunción de Agustín P. Justo (quien arrojó sus innumerables proyectos en el cesto de papeles) perdió definitivamente la esperanza de asumir el rol para el que se consideraba destinado. Tal vez haya aspirado a un lugar imposible en la Argentina, donde salvo en la época de la organización del Estado, los intelectuales jamás han tenido una verdadera incidencia en el poder real.

Según la ensayista María Pía López, con el suicidio de Lugones se agotó un modo de ser del escritor argentino, aquel que desde los próceres de Mayo aunaba de modo indisoluble la literatura y la política. Efectivamente, el país cultivó desde sus orígenes elites intelectuales destinadas a la organización del Estado, y aún entre enormes contradicciones, Mariano Moreno, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Bernardo de Monteagudo y tantos otros soñaron un país. Más adelante, los miembros más relevantes de la generación del 37 no sólo sentaron las bases de la República sino que fueron los autores de las primeras obras clásicas de la literatura argentina: *El matadero* y *La cautiva* de Esteban Echeverría, *Recuerdos de provincia* y *Facundo* de Sarmiento, *Amalia* de José Mármol. En ese momento se dio la situación excepcional y única de que nuestros estadistas fueran hombres de letras, y los fundadores de nuestra literatura fueran estadistas (4).

Luego el rol de los escritores se tornaría más modesto y más confuso, acorde a las épocas que les tocaría transitar. Aunque la llamada generación del ochenta tuvo una fuerte vocación pública, ya se había conformado la Argentina moderna y habían dejado de confundirse los roles del político y del intelectual. A partir del siglo veinte, ya no sólo no se repetirían casos como el de Sarmiento: tal como demostró el fracaso de Lugones, los escritores ni siquiera serían escuchados. Y aunque sus intervenciones públicas en muchos casos no fueron felices, lo cierto es que el país se extravió más fácilmente al desdeñar el trabajo intelectual y dejar de concebir la cultura como prioridad.

Sin embargo, fueron muchos los que se involucraron fuertemente en el debate. Unos años antes de la revolución de 1930, un grupo de escritores jóvenes vinculados a la revolución rusa y enfrentados a los valores de las clases dominantes – que a su criterio seguían gobernando a través de los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear – constituyeron el primer grupo organizado que dio origen a la literatura social en el país. Fue el grupo de Boedo, formado entre otros por Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo y Álvaro Yunque, enfrentado al grupo de Florida (Borges, Oliverio Girondo, Norah Lange), que se inclinaba hacia las novedades europeas y las escuelas de vanguardia.

En tanto, Ezequiel Martínez Estrada se dedicaba principalmente a la poesía. Pero el golpe de Uriburu lo llevó a cuestionar la estructura del país con títulos como *Radiografía de la pampa*, *La cabeza de Goliat* y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, al igual que Raúl González Tuñón, quien se convirtió en militante comunista y fue encarcelado por incitar a la rebelión. Arturo Jauretche, por su parte, ya había formado al grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) junto a Homero Manzi y Raúl Scalabrini Ortiz, y luego participaría en el levantamiento cívico-militar de Paso de los Libres. Desde una vereda política opuesta, Victoria Ocampo encabezó el grupo *Sur*.

Después llegaría el peronismo, con el slogan "alpargatas sí, libros no", la censura y las manifestaciones autoritarias. Juan Domingo Perón desconfiaba de los intelectuales y no dio demasiada cabida a los pocos escritores que simpatizaban con su gobierno: Leopoldo Marechal, Fermín Chávez, María Granata, Julia Prilutzky Farny y el subsecretario de Cultura, José María Castiñeira de Dios. Jauretche y Manzi, por su parte, consideraron a Perón como el continuador de la políticas de Yrigoyen y decidieron apoyarlo (lo que provocó la disolución de FORJA) pero, al igual que Scalabrini Ortiz, finalmente fueron marginados.

Aunque la revolución de 1955 intervino en la actividad cultural con el fin de evitar cualquier referencia al régimen depuesto, en esa época se abrieron rumbos que sentarían las bases del florecimiento de la década siguiente. Importantes figuras de la cultura ocuparon cargos en el gobierno, aunque sólo en sus áreas específicas: Jorge Luis Borges fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, Jorge Romero Brest del Museo Nacional de Bellas Artes, Orestes Caviglia, del Teatro Nacional Cervantes, y Jorge D´Urbano, del Teatro Colón. Además, José Luis Romero fue designado interventor de la Universidad de Buenos Aires, Manuel Mujica Láinez, director de relaciones culturales de la Cancillería, y Eduardo Mallea, embajador ante la UNESCO. Ernesto Sabato, por su parte, fue nombrado director de la revista *Mundo Argentino* –que había sido comprada por el gobierno- aunque al año renunció, después de denunciar torturas a militantes sindicales.

Muchos escritores –el mismo Sabato, Ismael y David Viñas, León Rozitchner, Noé Jitrik, Félix Luna, Marta Lynch, Martha Mercader- se

involucraron en el proyecto presidencial de Arturo Frondizi, autor de *Petróleo y política* y seguramente el único intelectual argentino del siglo veinte que llegaría al poder (aunque tal vez se podría incluir a Carlos *Chacho* Álvarez, profesor de historia y director de la revista cultural *Unidos*, quien asumió como vicepresidente de la Nación en 1999 y terminó renunciando al año siguiente por disidencias con el presidente Fernando de la Rúa).

El gobierno de Frondizi abrió grandes expectativas: "Un tipo de aspecto profesoral, pero que no vivía en las nubes. Libros y realidad: la síntesis esperada durante años", opinó David Viñas (5). "Se ha producido un hecho nuevo que abre un enorme interrogante. Por primera vez en la historia argentina, un intelectual recibe apoyo del pueblo, o, dicho de otra manera, por primera vez el pueblo no está contra el intelectual", dijo Arturo Jauretche (6).

Sin embargo, al poco tiempo de asumir, el Presidente traicionó su discurso de campaña y la mayoría terminaría distanciándose.

Según el escritor Mempo Giardinelli, en esa época se incubó una idea desdichada que luego la dictadura trabajó a conciencia: "De los intelectuales hay que desconfiar, son peligrosos, por algo será, los intelectuales son de café, de izquierda o de mierda". Para Giardinelli, "cuando fracasa un intelectual es como si la culpa la tuviéramos todos. Al menos en la Argentina, que es un país tan ingrato como puede ser feroz a la hora de generalizar" (7).

Muchísimos autores han escrito sobre Lugones, tal vez más que sobre cualquier otro escritor. Desde Julio Irazusta y Bernardo Canal Feijóo hasta Jorge Luis Borges, pasando por Juan José Sebreli, Beatriz Sarlo, Álvaro Abós, David Viñas, Ivonne Bordelois y Noé Jitrik. Más allá de sus fluctuaciones y sus ansias de grandeza, la figura atrae por lo que representa. Repasar su historia invita también, en cierta forma, a recordar algunos aspectos de la difícil relación entre los intelectuales, el poder político y la sociedad.

NOTAS

1.- El poeta Francisco López Merino nació en 1904 en La Plata, y a los veinticuatro años se pegó un tiro en esa misma ciudad. Publicó tres libros de poesía y mantuvo una estrecha amistad con los escritores vinculados a la revista *Martín Fierro.* Integró junto a Borges, Leopoldo Marechal y Raúl González Tuñón, el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes.

2.- Pedro Orgambide, *Horacio Quiroga*, Editorial Planeta, 1994.

3.- María Pía López, *Lugones: entre la aventura y la cruzada,* Editorial Colihue, 2004.

4.- Mempo Giardinelli, *El País y sus intelectuales. Historia de un desencuentro,* Capital Intelectual, 2004.

5- Carlos Altamirano, *Arturo Frondizi*, Fondo de Cultura Económica, 1998.

6.- *Ibidem.*

7.- Mempo Giardinelli, *op. cit.*

Un cóndor joven

¿Por dónde empezamos? Por el tren. Dicen que llegó en tren desde la ciudad de Córdoba, con once pesos en el bolsillo. Cuesta poco imaginarlo en ese viaje, un joven tenso, atildado, serio, muerto de susto en un vagón de segunda clase. Su único contacto en Buenos Aires era una carta que le había dado su amigo Carlos Romagosa, un poeta unos años mayor que le tenía aprecio(1). Iba dirigida a Mariano de Vedia, director del periódico roquista *El Tribuno*, y lo presentaba como miembro de una familia pobre pero distinguida. En realidad se trataba de una verdad a medias: él no era pobre, sino empobrecido.

Sus padres no sólo tenían antecedentes ilustres, también habían contado con un buen pasar. Don Santiago Lugones y doña Custodia Argüello pertenecían a la alta burguesía provinciana, aunque debieron pasar por la desgracia de perderlo todo en la crisis desatada por la revolución del noventa. Fue por eso que dejaron su pueblo natal, Villa María del Río Seco –*En la Villa María del Río Seco / al pie del Cerro del Romero, nací / y esto es todo cuanto diré de mí, / porque no soy más que un eco / del canto natal que traigo aquí -,* y se instalaron en Santiago del Estero. A ambos le agradecería siempre el haberle inculcado la contextura moral y el conocimiento de la Argentina tradicional, la base telúrica que su espíritu necesitaba para llegar a ser el gran poeta de la patria. Su primer aprendizaje fue el Himno Nacional, enseñado

estrofa a estrofa por su propia madre, quien lo educó también en los principios del catolicismo.

En la escuela donde aprendió las primeras letras, el maestro, palmeta en mano (a sangre, según la fórmula), logró transmitirle el amor a los libros. Él nunca renegó de esa enseñanza, en cuanto consideraba que integra el carácter, incluyendo las reacciones de dolor, tan efectivas como las placenteras. Lejos de dañarlo, le dio mayor solidez a su entereza y su capacidad.

En esa escuelita de Ojo de Agua, aquel villorrio casi fronterizo con Santiago del Estero donde habían vuelto a mudarse por las vicisitudes económicas, aún quedaban restos de las bibliotecas que Domingo Faustino Sarmiento había desparramado por todo el país. Los consabidos tomos en tela verde, con el escudo argentino dorado sobre la cubierta. El maestro golpeador le prestó uno de esos libros, *La metamorfosis de los insectos*, y aquella sería la primera luz de su espíritu, la fuente que vendría a revelarle el amor a la naturaleza por medio de la contemplación científica. También influyó en su educación el fiel capataz de la estancia, don Juan Rojas, a quien también se encargaría de inmortalizar (2). *Él me enseñó la estrella / que da rumbo a los campos sin huella.*

Fue criado con una severidad casi espartana, con pocas caricias, a la intemperie, en un ambiente rudamente viril. En sus largas temporadas en el campo, llegó a encariñarse con aquella especie de… ¿cómo llamarla?, ¿democracia feudal? Ese sistema de la estancia criolla donde el patrón debía ser el primer hombre de campo, y donde el peón apreciaba el buen trato merecido mucho más que el jornal. *Verdadero sistema de cooperación en el trabajo que armonizaba la más sincera simpatía hacia los humildes con la posesión del señorío.*

Por supuesto que él no era un mero burgués. Siempre fue muy consciente de su ascendencia, en la que figuraba Bartolomé Sandoval, *conquistador del Perú y de la tierra / del Tucumán, donde fue general, / y del Paraguay, donde como tal, / a manos de indios de guerra, / perdió vida y hacienda en servicio real.* También descendía de Francisco de Lugones, maestre de campo, *quien combatió en los reinos del Perú, y luego aquí / donde junto con tan bien probados varones / consumaron la*

empresa del Valle Calchaquí, de Juan de Lugones, el encomendero que *fue quien sacó primero / a mención las probanzas, datos y calidades / de tan buenos servicios a las dos majestades,* y del coronel Lorenzo Lugones, que *en el primer ejército de la Patria salió / cadete de quince años, a libertar naciones.*

Cuando terminó la primaria, sus dotes excepcionales hicieron necesario mandarlo a la capital de la provincia de Córdoba para que accediese a estudios superiores. Se hospedó entonces en la casa de su abuela, en la que poco después, continuando con las penurias económicas, se instalaría toda la familia.

Dos disciplinas le interesaron especialmente: el latín y la matemática. Así fue que, con la ayuda de un compañero, empezó con el álgebra y llegó a la aritmética por la geometría. También estudió por su cuenta la entomología y la botánica, y se inició en la práctica de la literatura con instintivas coplas de payador. Hasta llegó a escribir un poema panteísta sobre la vida de los mundos, en realidad, una especie de divagación lírica que recitó en un festival local con gran éxito.

¡Qué Córdoba aquella, con su calles sin alumbrado público ni pavimento firme, polvorientas o fangosas según la estación! (3). Hubo quienes opinaron que su trayectoria habría sido distinta si se hubiese educado en Buenos Aires, que una extraordinaria maquinaria intelectual como la suya seguramente hubiera ocupado su lugar en la patria tal como se ocupa un balcón, tan solo por la contemplación de lo extranjero. Pero él sabía que no era cierto. Era esa Córdoba liberal, justamente, la que había enviado a Buenos Aires a un joven poeta de ideas tan avanzadas. Nacido, criado y educado en un pueblo serrano, en el seno de una familia chapada a la antigua, con tíos curas y tías beatas, hamacado de niño en las rodillas de fray Mamerto Esquiú, estuvo sin embargo más preparado intelectualmente que muchos porteños antes de cumplir los veinte años. Aunque por falta de recursos no hubiese podido ingresar a la universidad.

Cómo comprenderlo sin tener en cuenta que el fin del siglo diecinueve fue una época marcada por un movimiento renovador de las costumbres que puso todo a prueba. El anarquismo, el socialismo,

el impresionismo y las escuelas de la modernísima poesía francesa se habían dado cita en la ciudad de Córdoba, uno de los focos del liberalismo criollo. *Con todo ello, el adolescente había descubierto el mundo, el amor y el racionalismo, perdiendo en consecuencia la paz del alma; y tal cual ocurre desde días del Edén, sobrevínole la inquietud del viaje. Eran tiempos de gran certidumbre lógica. El positivismo creía haber eliminado la trascendencia, y ofrecía a la inteligencia triunfante el supremo hallazgo de una religión sin Dios.*

Ante todo, él era un principista. Quién no iba a estar con el progreso y con la lógica si tenía alguna inteligencia, y con los oprimidos si tenía buen corazón. Ya era famoso en el interior antes de su viaje a Buenos Aires. Había escandalizado al clero con su pensamiento liberal y promovido huelgas estudiantiles y mítines dominicales, donde en sus habituales discursos citaba a Bakunin, Proudhon y Reclus. También había acaudillado una acción directa contra el ferrocarril en defensa de los colonos cuyos campos eran incendiados por las chispas de las locomotoras, y logrado imponer el uso del sombrerete en las chimeneas para evitar salpicaduras de fuego. Además había fundado un centro socialista, el primero en el país. A los dieciocho años ya dirigía el periódico *El pensamiento libre* y a los veinte comenzaron a aparecer sus versos en diarios cordobeses, firmados con el seudónimo de Gil Paz.

Córdoba lo aclamó como su joven poeta y lo designó para formar parte de una delegación de estudiantes cordobeses, porteños y uruguayos que harían una peregrinación a Salta y Jujuy para inaugurar una estatua a Manuel Belgrano en el campo de sus triunfos. De paso, él aprovecharía para asistir al descubrimiento de un busto de su antepasado, el coronel Lugones, al tope de una columna erigida en la plaza de Santiago del Estero. Allí pronuncio un discurso en el que se atrevió a dirigirse cara a cara a su antecesor. *Coronel Lugones, tu eres el héroe de mi raza, yo soy el poeta. Tú tenías la espada, yo tengo la pluma,* dijo, y provocó la admiración de los camaradas uruguayos a quienes recitaba sus versos, que luego serían reproducidos en los diarios de Montevideo, siempre bajo el seudónimo de Gil Paz.

Así partió hacia Buenos Aires, en busca de la Humanidad. “Dentro de pocos años, cuando se citen los más inspirados y originales poetas americanos, se citará también a Lugones en primera línea”, escribió su

amigo y protector Carlos Romagosa en su carta a Mariano de Vedia. “Lugones por ahora es liberal, rojo, subversivo e incendiario”, le advertía, para después consolarlo: “No es un bohemio. Es un cóndor joven”.

(Al referirse a la etapa inicial de Lugones, Juan José Sebreli lo incluye dentro de una categoría a la que también se refirieron Blas Matamoro y David Viñas: el hidalgo pobre de provincia. “Estos miembros de sectores decadentes y arruinados de las clases altas provincianas se sienten doblemente marginados, como parientes pobres frente a su clase de origen, y como provincianos, frente a la clase alta porteña. Sus biografías sociológicamente características pasan por etapas similares: en busca de mejores horizontes emigraban de su provincia natal a Buenos Aires donde, mediante vinculaciones familiares y comprovincianas, conseguían una ubicación burocrática: el empleo nacional era la salida obligada de los parientes pobres. De este modo se integraban a la estructura social de sus parientes ricos de la capital, la clase dirigente liberal, pero seguían siendo relativamente marginales ya que ocupaban puestos de rango menor. Esta integración a medias, así como la humillación que el mero hecho de tener que trabajar para vivir significaba para estos hidalgos a la española, fue uno de los condicionantes sociales de la rebelión juvenil de Lugones –etapa anarquista y socialista- nunca tomada en serio por la clase burguesa, como lo revelaba la carta de recomendación con que se presentó a buscar empleo, donde se reducían sus ideas `extremistas´ a algo meramente juvenil y pasajero. De mayor duración fue en cambio el modo adoptado para contraponerse a las clases altas: la reivindicación de su pasado aristocrático, el lustre de sus blasones más prestigiosos que los de las grandes familias porteñas, ricas pero poco antiguas”, dice (4)).

NOTAS

1.- Increíblemente, también Romagosa terminaría suicidándose. Separado de su mujer, estaba enamorado de una de sus alumnas, lo que conmocionó a la sociedad cordobesa de la época. Superado por la situación, le disparó un balazo a su amada y luego se quitó la vida.

2.- Según David Viñas, “Juan Rojas no es un individuo ni una abstracción, sino que `el auténtico pueblo argentino´ en su totalidad es así y debe atenerse a esa pauta, porque en eso se fundamentan su esencia y la ética de la nacionalidad”. David Viñas, *Literatura argentina y política,* Editorial Sudamericana, 1995.

3.- Julio Irazusta, *Genio y figura de Leopoldo Lugones*, EUDEBA, 1968.

4.- Juan José Sebreli, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades,* Editorial Sudamericana, 1997.

La etapa socialista

Su llegada a Buenos Aires fue una verdadera revelación. Aunque al principio debió hospedarse junto a inmigrantes y prostitutas en hoteluchos insignificantes, muy pronto sintió que ningún joven había hecho jamás, en ninguna parte, una conquista más instantánea de la capital de un país (1). Fue como si la ciudad lo hubiese estado esperando. Su yo íntimo, tan lleno de ambición, se sintió satisfecho: siempre había vivido con una enorme sensación de absoluto, de desprecio profundo por todo lo que oliera a mediocridad, y ahora estaba recogiendo los frutos que, según creía, le correspondían por derecho propio.

Al poco tiempo se unió al grupo socialista integrado por José Ingenieros, Roberto Payró, Alberto Gerchunoff, Manuel Ugarte y Ernesto de la Cárcova. El 1º de mayo de 1896 se dio el gusto de leer en el Ateneo de Buenos Aires su conferencia *Profesión de fe,* en ardientes versos de libertario exaltado (2). *¡Odia, Pueblo! La faz se hermosea / cuando hay fiebres de odio en el pecho / como barra de hierro candente / que doran las bravas injurias del fuego. / En mi bárbara estrofa se irrita / como lengua de víbora el nervio / el odio arde en mi bárbara estrofa / el odio es el torvo pudor de los siervos.*

Todo marchaba sobre rieles. Colaboraba en el periódico socialista *La Vanguardia*, era aclamado en mítines partidarios en la Plaza Herrera de Barracas, y Rubén Darío, que por ese entonces vivía en Buenos Aires, le dio un apoyo definitivo con un artículo aparecido en *El Tiempo*, diario dirigido por Carlos Vega Belgrano, simpatizante del Partido Radical. *Leopoldo Lugones, un poeta socialista*, se titulaba, y para él fue fundamental. Ya desde el mismo momento en que se conocieron, el poeta nicaragüense le había augurado un destino brillante. "Un día apareció Lugones, audaz, joven, fuerte y fiero, como un cachorro de hecatónquero que viniera de una montaña sagrada. Llegaba de su Córdoba natal con la seguridad de su triunfo y de su gloria", escribió el maestro en su *Autobiografía*, y él sentía que era verdad.

Sin embargo, en una oportunidad Darío tuvo una actitud extraña. Él estaba llamado a ser el mayor exponente del modernismo en la Argentina, por eso no pudo aceptar ni comprender la decisión de su protector de excluirlo de *Los raros*, una recopilación de artículos sobre escritores de vanguardia. Se decidió entonces a escribirle una carta: *Creo tan valioso su libro que me permitió opinar como usted sabe que yo lo hago: sin dobleces; pero conste que no le pido nada. Es cuestión de justicia para quien como usted es lo que es. No se trata, a lo que creo, de* poeta minore. *Somos o no somos. Usted sabe lo que yo soy. Por mi parte, he conocido su resolución con gran extrañeza. Créame que no hay en estas líneas el menor asomo de reproche. Somos demasiado amigos para enredarnos en tan vulgares triquiñuelas. Y aún dado el caso de que hubiera esos reproches, ¿quién sabe si no serían justos?*

El de Darío no fue el único desplante. En 1896 visitó el país Luis de Saboya, príncipe de los Abruzzos y hermano menor del heredero del trono de Italia, y decidió darle la bienvenida con un artículo en *El Tiempo*. Él era también un príncipe, un príncipe de las letras, y por eso se permitió decirle: *Yo no encuentro obstáculo alguno en mi socialismo, Señor, para besar vuestra noble mano. La pezuña del cerdo burgués es la que me aterroriza.* Tal fue el escándalo entre los socialistas que se reunió un tribunal de disciplina, y aunque no llegaron a expulsarlo, provocaron finalmente su separación. No habían comprendido que el suyo era un socialismo aristocrático, inspirado en principios estéticos, y antiburgués en su odio a lo vulgar y lo retórico, a la avidez materialista y a la chatura mental.

Su espíritu libre no iba a soportar ningún tipo de condicionamiento, y junto a Ingenieros y Payró fundó un órgano aún más avanzado que *La Vanguardia.* Se tituló *La Montaña* y se presentó en estos términos: "Somos socialistas porque luchamos por la implementación de un sistema social en que todos los medios de producción estén socializados; en que la producción y el consumo se organicen libremente de acuerdo con las necesidades colectivas, por los productores mismos, para asegurar a cada individuo mayor suma de bienestar, adecuado, en cada época, al desenvolvimiento de la humanidad; porque consideramos que la autoridad política representada por el Estado es un fenómeno resultante de la apropiación privada de los medios de producción". En su serie *Los políticos de este país* él mismo escribió tremendas diatribas contra Pellegrini, Sáenz Peña, Uriburu y Juárez Celman. Además, un artículo de José Ingenieros fue considerado por el intendente de la ciudad de Buenos Aires como "ofensivo para la moral burguesa y peligroso para el orden social", lo que provocó que la tirada fuese secuestrada.

Al año de su llegada a Buenos Aires, publicó *Las montañas del oro* y se sintió colmado. Allí estaba él, todo entero en su producción literaria. El pagano y el cristiano, el socialista y el tradicionalista, el enemigo del militarismo y el ferviente admirador de las epopeyas redentoras, el descendiente de conquistadores que ya se intuía favorito de la oligarquía liberal, pese a sus desplantes libertarios (3). América era tierra de futuro y su pueblos, reserva del porvenir. También Hegel la había considerado así, llamándola *das Land der Zukuft*. Todo esto exigía nuevas formas expresivas, la originalidad del hecho americano demandaba una expresión original (4).

Y decidí ponerme del lado de los astros. Rompiendo con el positivismo y el racionalismo iluminista, se convirtió en un ferviente lector de textos de esoterismo, astrología, magia, alquimia y religiones orientales. Lo atraían la idea del karma, la mudanza de las almas, la reencarnación en cuerpos de animales y la transmigración. Buenos Aires, centro modernista del continente, fue también territorio de proliferación de prácticas ocultistas. Junto a Palacios e Ingenieros integró la Sociedad Teosófica y participó en la Rama Luz, fundada por Helena Blavatski con el objeto de promover el estudio comparado de las religiones y la filosofía e investigar las potencias divinas infusas en la vida y la materia. Siempre siguió de cerca las hermandades secretas, la comunidad de los drusos, la del clavel rojo, la de la adormidera

blanca (5), y sentía que su destino estaba encadenado al pasado y el futuro cósmicos de la vida. *Tu destino es la ignota dirección de ese flujo / que no tiene principio ni fin en tu existencia, / en vano es que tortures tu mente y tu conciencia / buscando en ti la causa que al bien o al mal te indujo.*

(Álvaro Abós señala que otros escritores –Jorge Luis Borges, Roberto Arlt –compartieron en diversas etapas de su vida este interés de Lugones por el esoterismo, que además alimentó una de las zonas más vivas de su obra: sus cuentos fantásticos –*Las fuerzas extrañas, Cuentos fatales*- y su novela *El ángel de la sombra.* "Estos textos, que descienden de la literatura francesa, inglesa o germana, en un arco que va de E.T.A. Hoffman y Edgar Allan Poe hasta Philippe Villiers de L´Isle Adam, tienen un lugar destacado en la rica veta fantástica de la literatura argentina, en la cual figuran nombres insoslayables como Eduardo Holmberg, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges o Adolfo Bioy Casares", dice (6).

Varios autores consideran el aspecto esotérico de Lugones como central. Opina Ricardo Piglia: "La combinación entre saber delirante y mensaje imperativo es una de las características básicas de Lugones, es el fundamento de sus concepciones ideológicas" (7). Agrega Horacio González: "Lugones parte de una idea cifrada de la historia, que voluntariamente impondrá siempre sobre los hechos" (8). Y concluye Sebreli: "La concepción teosófica del eterno retorno, de los ciclos que se repiten, negaba la idea del progreso humano, la posibilidad de mejoramiento social. La hidalguía, la literatura hermética y el ocultismo fueron formas que utilizó Lugones para integrarse a una elite en la que no estaba muy seguro de ser admitido" (9)).

NOTAS

1.- Julio Irazusta, *op. cit.*

2.- *Ibídem.*

3.- *Ibídem.*

4.- Belisario Tello, *El poeta solariego,* Editorial Teoría, 1971.

5.- Jorge Boccanera, *La pasión de los poetas,* Editorial Alfaguara, 2002.

6.- Álvaro Abós, revista *Todo es Historia*.

7.- Ricardo Piglia, *La Argentina en pedazos*, Ediciones de la Urraca, 1993.

8.- Horacio González, *Restos pampeanos,* Editorial Colihue, 1999.

9.- Juan José Sebreli, *op. cit.*

El poeta de la totalidad

A Julio A. Roca lo conoció en *El Tribuno.* Jamás olvidaría ese momento: el general entrando a la redacción sombrero en mano, saludando con gesto afable a derecha e izquierda, mientras todos se ponían de pie. Él esperaba a un costado, correctamente vestido y peinado como siempre, con sus pequeños anteojos de montura de metal. De pronto, Mariano de Vedia se atrevió a decir: “Permítame, general, le presento a Leopoldo Lugones”. Roca se detuvo, y con acento de penetrante sinceridad, con gestos de verdadera complacencia, exclamó:

-Ah, Lugones! Tengo un verdadero gusto, y tenía deseo de conocerlo-. Fue efusivo el general, y él se mantuvo sobrio y reservado.

-¿Desciende usted del general Lugones, el héroe de la Independencia?

-No precisamente, pero soy de la misma familia.

-¿Es usted de Santiago?

-De Córdoba, señor.

-¿Dónde ha estudiado usted?

-En mi casa, con mi madre primero y solo después.

Los testigos de la escena tuvieron la impresión de estar presenciando un momento histórico, el encuentro entre el general y el gran poeta. Repitiendo sus demostraciones de placer por conocerlo, Roca se puso a sus órdenes y siguió su marcha (1).

Él lo admiraba, ante todo por tradición familiar. Su empresa era propia de hombres superiores ganados por la civilización homérica (2), y estaba por inaugurar su segundo mandato en un momento de auge para el país. El progreso era entonces imparable.

Poco después, *La Montaña* cerró por problemas financieros y él dejó de frecuentar Barracas. Gracias a una carta que se atrevió a enviarle a Roca, fue nombrado auxiliar de correos, con un sueldo de setenta pesos mensuales. Al año siguiente fue promovido a jefe de archivo general y luego seguirían los ascensos: empleado de quinta categoría, y finalmente jefe de contralor e inspección.

Todo esto le provocó un cierto alivio, ya que realmente necesitaba trabajar. A poco de llegar a Buenos Aires, había vuelto a Córdoba para casarse con Juana, su amor de la adolescencia y hermana de su amigo Nicolás González Luján. El matrimonio no fue consagrado por la Iglesia sino sólo por el Registro Civil, lo que era un desafío a las pautas sociales. “¡Ateos! ¡Masones!”, les gritaron a la salida de la ceremonia.

Instalados en una humilde habitación amueblada del pasaje de San Lorenzo, por fin lograron mudarse a la casa de una sola planta, modesta y decorosa, de la calle Balcarce. Cuando nació su único hijo, su emoción fue tan grande que escribió una oda. *Ahora tengo un hijo… Una flor ha brotado sobre mi crucifijo. / Una flor de mi sangre.* Hasta el gran Rubén Darío sucumbió a los encantos de *Polo* y le dedicó un retrato –nada menos que uno donde aparecía vestido de gala como ministro de su país ante el rey de España- y se preocupó especialmente por él cuando fue atacado por la fiebre tifoidea.

Luego fue nombrado inspector en la Inspección General de Enseñanza Media, cargo de gran importancia en un país en el que a partir de las ideas de Sarmiento, la educación era una prioridad. Hubo quienes dijeron que fue el mismo Roca quien indicó ese nombramiento, sin tener en cuenta que para esa época él ya había escrito varios artículos a favor de la reforma educativa y había participado en el Congreso Científico Latinoamericano de Montevideo, donde marcaría el rumbo que luego seguiría en sus funciones oficiales. La recepción en Montevideo había sido conmovedora: los jóvenes escritores uruguayos, entre ellos Horacio Quiroga, lo habían agasajado como a un verdadero maestro.

En realidad fue nombrado inspector por el ministro Osvaldo Magnasco, quien tenía un proyecto educativo que el Presidente había aceptado con entusiasmo. Su labor fue incesante, recorrió el país y en todas partes recibió muestras de animación. Su fervor era tan grande que frecuentemente interrumpía a los profesores en medio de sus clases y, en algunos casos, hasta llegó a asumir las cátedras en reemplazo del titular.

El tema le apasionaba, y en su afán no se preocupó solamente de las materias y sus contenidos: opinó también sobre el tipo de pupitres que correspondía utilizar y su colocación, y el color de la pintura de las aulas. Siempre se pronunció contra los programas recargados de material inútil y bregó por lo mismo: la necesidad de adaptar la educación a las necesidades nacionales. No había que enseñar por enseñar, había que enseñar para educar. En las clases de historia no se debía renegar de nuestros orígenes ni falsear el hecho glorioso de la Independencia, ni el heroico del caudillismo (3). Escribió su gran poema en prosa, *La guerra gaucha*, justamente para eso. Para revivir la guerra de la montonera, verdadera epopeya nacional.

Pero Magnasco fue reemplazado por el ministro Juan Ramón Fernández, quien tenía una postura absolutamente opuesta. Renunció entonces a su cargo y publicó sus disidencias en *La reforma educacional*. Finalmente, el ministro del Interior, Joaquín V. González (viejo amigo y compañero de Córdoba) se ocupó de reponerlo, y son de esa época sus planes de iniciativas pedagógicas que culminarían con la creación del Instituto Nacional del Profesorado.

Su actuación fue amplísima. Fue el único orador en un funeral cívico organizado a raíz de la trágica muerte del escritor francés Emile Zola, donde protestó ante la fuerza bruta del militarismo y de la fe. El autor de *Yo acuso* había influido en sus primeros versos y le había marcado un camino para difundir sus ideas por medio de la literatura. Y aunque con los años se había vuelto más crítico respecto de su obra, la admiración subsistía: *Mi admiración finca en ese coraje soberbio para darse a una empresa de años y realizarla, sin traicionar un instante su dignidad, así la calumnia se prevaliera del silencio que la constituía, para zaherirle con un encono más soez.*

También le confiaron la misión de capturar a un prófugo de la cárcel de Neuquén y de investigar la situación del penal, lo que culminó en un plan de reforma carcelaria. Y Joaquín V. González le encargó un viaje de estudios a las ruinas de las misiones jesuíticas, a donde decidió llevar a Horacio Quiroga como fotógrafo, el único cargo que quedaba disponible.

Le interesaba especialmente la experiencia de los jesuitas durante el siglo dieciocho. Había estudiado la vida de José Cardiel, el defensor de los indios misioneros, y sabía de los trabajos y la vida en común de indígenas y hombres blancos, una especie de socialismo primitivo que involucró a ciento cincuenta mil indios guaraníes, tupís y caingás. *¿Usted sabía, Quiroga, que los jesuitas escribieron el catecismo en lengua guaraní?*, le dijo a su amigo para entusiasmarlo. Vivieron seis meses en plena selva, cautivados por la naturaleza que rodeaba las ruinas. Con su barba cortada en triángulo y sus cigarrillos medicinales para combatir el asma, Horacio Quiroga resultaba un tanto estrafalario y no gozaba de la simpatía del resto de la expedición, aunque esa primera incursión en la selva terminaría marcando su destino (4).

Para él también el viaje fue importante, *El imperio jesuítico* surgiría de allí. *Reina un verdor eterno en esas arboledas…* Su amor por la naturaleza y su predilección por las ciencias naturales fueron una constante, aunque el socialismo de los jesuitas terminaría por desilusionarlo. *Esa organización impuso un socialismo de Estado más despótico que un imperio oriental. Lo que logran no es la igualdad, sino la igualdad en la miseria,* le comentó a Quiroga una tarde en que lo invitó

a su casa a tomar el té. Tampoco le interesaron demasiado las civilizaciones precolombinas. No las desestimó del todo –ya que los arqueólogos les encontraban rasgos similares a la civilización helénica- pero daba por obvio que nada podrían aportar.

Escribió también una especie de balance del socialismo argentino: nuestra experiencia era muy distinta de la del capitalismo desarrollado, y por lo tanto no se podían importar las fórmulas de la izquierda europea. Los socialistas no conocían el país ni comprendían la situación nacional, se trataba de un partido extranjero y sus militantes también lo eran. *Cuatro años de viajes casi incesantes dentro del país, que en su totalidad conozco, han engendrado y robustecido esa convicción; y basado en ella, afirmo que el partido socialista, con su programa científicamente indiscutible, sus elevados propósitos y su moralidad superior, es entre nosotros, hoy por hoy, el partido del ensueño.* En un mitin del 1º de mayo de 1898 finalmente renunció al socialismo.

Se aceleraban los tiempos de la sucesión presidencial, y frente a las huelgas anarquistas y las insurrecciones encabezadas por Hipólito Yrigoyen –quien mantenía al radicalismo en abstención electoral por tachar al régimen de ilegítimo- decidió intervenir a favor de la candidatura de Manuel Quintana. Se trataba del delfín del general, aquel que garantizaba su línea de gobierno y cuyo nombre había surgido sin mayor oposición de una reunión de notables.

Imposible olvidar aquella noche de almidonadas pecheras blancas en el Teatro Victoria de La Plata, cuando irrumpió en el escenario: *Los acontecimientos y los hombres forman una especie de escalera, en la cual el mismo peldaño que se abandona y queda abajo sirve de apoyo al sucesivo.* En realidad había querido ser el conductor del ala juvenil de apoyo al candidato, pero fue derrotado por sus rivales. Era un recién llegado a las filas partidarias –con el agravante de haber criticado fuertemente a la sociedad constituida y a la Iglesia- y esos pecados de juventud jamás le serían del todo perdonados.

Las críticas de la oposición no tardaron tampoco en escucharse: “Mientras el señor Lugones elogiaba al general Roca y hacía la apología del doctor Quintana, parte de la concurrencia prorrumpió en

vivas a los socialistas y al Partido Radical", dijo la revista *Caras y Caretas*. Debió interrumpir su discurso, y cuando finalmente pudo continuar, culminó: *Apaguemos la linterna filosófica y vayamos en paz. Hemos hallado el hombre.*

Al poco tiempo de asumir Quintana, fue comisionado para estudiar en Francia los últimos adelantos en materia educativa. Allí partió, junto a su mujer y su hijo, y se sintió aclamado. Sus escritos y su frecuentación con el grupo de Rubén Darío lo habían puesto en un lugar de privilegio, y se sucedieron las tertulias literarias en su honor. Fue también recibido en una solemne tenida masónica, como representante de la masonería argentina (5).

Al volver de su viaje a Europa debió afrontar un gran disgusto: lo acusaron de malversación de fondos. ¡Tan luego a él, que siempre vivió en forma más que austera! El presidente Quintana ya había muerto y presentó su renuncia a José Figueroa Alcorta, a quien había atacado violentamente desde *El Diario* del senador Láinez.

Qué mejor entonces que cumplir con el viejo anhelo de publicar un canto modernista dedicado a la ilustre anciana de las mitologías. Un *Lunario sentimental* que se anticipase a las aventuras vanguardistas de las décadas siguientes, y en el que no sólo intentaría embellecer la vida sino también sobreponerse al mundo (6). *Especie de venganza con que sueño desde la niñez, siempre que me veo acometido por la vida.*

La desilusión no le duró demasiado. Se acercaba el Centenario, una excelente oportunidad de exhibir ante el mundo la pujanza y la grandeza de la joven patria, y la celebración merecería no uno, sino cuatro libros: *Prometeo, Didáctica, Odas seculares* (donde está incluida la *Oda a los ganados y las mieses*) y *Piedras Liminares*, en los que intentaría fundar una tradición nacional. Desde que había conocido a Roca e intervenido a favor de la candidatura de Quintana, había intentado integrar el patriotismo y el internacionalismo. Mantenía sus mismos principios liberales (progresismo, antimilitarismo, anticlericalismo), simplemente había cambiado de opción práctica (7).

La poesía homérica había sido considerada por los antiguos no sólo como obra de belleza, sino también como obra de bien. El desorden siempre le pareció antiestético, y la realidad debía configurarse tal como se concebía una ciudad: bella, simétrica y racional, con sus estatuas, templos, parques, avenidas, catedrales, plazas y edificios públicos. Los argentinos teníamos el ojo acostumbrado a la grandeza, y había que fundar un imaginario. Debíamos construir edificios que nos representaran y exaltaran, construcciones imponentes y jardines con varios pabellones, hasta propuso la edificación de un templo para conmemorar el Centenario, construido y decorado de acuerdo con el espíritu que había animado la composición del Himno Nacional.

Levantar un edificio y escribir un poema serían formas análogas, constituirían emblemas de la patria. Todo debía estar planificado, aún el idioma: cualquier expresión inexacta –lo que es decir torpe y fea- enseñaba a mentir. Verdad, belleza y bien eran asimilables, y él haría etimologías, señalaría los usos correctos y las interpretaciones válidas.

No fue un escritor de novelas –género en el cual la aspiración a la totalidad está más presente que en el resto de la literatura- pero aspiró a que su palabra constituyera una totalidad real (8). Porque su plan lo abarcaba todo: el sistema financiero, las medidas sanitarias, la natalidad, la moral, las relaciones internacionales, el transporte higiénico y barato, la proscripción de sistemas nocivos de faena, el expendio de alcohol, la extirpación del curandero, la ropa, los precios, la dotación de agua, la desecación de pantanos, las enfermedades, las minas, la alimentación, el alumbrado doméstico, las hipotecas y seguros, la moneda y los bancos.

Patria, digo, y los versos de la oda / como aclamantes brazos paralelos / te levantan ilustre, Única y Toda / en unanimidad de almas y cielo. / Visten en pompa de cerúleos paños / su manto de Andes tus espaldas nobles. / Y sobre ellas encumbran tus Cien Años / su fresca fuerza de leales robles. Convencido de la función social del arte, elogió los campos de trigo, las plantaciones de maíz, la carne argentina. *Allá la vaca fértil / como el campo / su sustancia elabora. / La honda de paz de los campos / en su ser vegeta* (9).

El arte y la política quedarían incluidos en un texto que tradujese a

la patria y donde la patria se leyese. Un texto que fuese la patria. Nunca lo entendieron: él estaba fundando una nación.

NOTAS

1.- Basado en la versión de Joaquín de Vedia, crítico teatral de *El Tribuno*.

2.- Alfredo Canedo, *Aspectos del pensamiento político de Leopoldo Lugones,* E.M. Ediciones, 1974.

3.- Belisario Tello, *op. cit.*

4.- Pedro Orgambide, *op. cit.*

5- Por supuesto que fue masón, como muchos de sus amigos socialistas: Payró, Ingenieros, de la Cárcova y Palacios. Había sido iniciado en Córdoba junto a Joaquín V. González por el maestro de ambos, Lescano Colodrero, y luego avanzó en la estructura de la orden hasta obtener el título de gran maestre y el grado treinta y tres, el más alto en esa agrupación.

6.- Julio Irazusta, *op. cit.*

7.- *Ibidem.*

8.- María Pía López, *op. cit.*

9.- "El tema lugoniano del ser de la vaca logró desvelar mis noches. Que el ser vegete en la vaca es una sublimidad a la que ni Heidegger accedió", escribió José Pablo Feinmann en *Página/ 12*.

El lugar del escritor

La Argentina fue siempre un país ingrato. Ser escritor era una actividad prestigiosa para quien contara con fortuna o, en todo caso, podía ser el segundo oficio de abogados, médicos, políticos o militares. Lucio V. Mansilla era militar, Eduardo Wilde, médico, y Miguel Cané, diplomático. Él parecía condenado a vivir en estado de incertidumbre, luchando siempre por la mera subsistencia. Comprometía de tal manera su tiempo para poder mantener a su familia, que aun levantándose a las cinco de la mañana no le alcanzaba el día. *Mi país me evalúa en quinientos setenta pesos mensuales*. Estaban encarcelando su intelecto, sitiándolo por la necesidad.

Unos años antes, la revista *El Gladiador* había organizado una encuesta para elegir las personalidades más destacadas del momento y allí fue considerado el mejor escritor argentino, aventajando a Bartolomé Mitre, Joaquín V. González, Belisario Roldán y Ricardo Rojas. Sin embargo, fueron muchos los que se dedicaron a denostarlo. Manuel Gálvez, por ejemplo, lo hostigó durante años, llegando a asegurar que no era un autor profesional. De un lado estaban los escritores que interesaban al público, donde se incluía (*Nacha Regules,* por ejemplo fue un gran *best-seller* cuando aún no existían ni el

marketing ni los agentes de prensa), y del otro, los que se encerraban en un torre de marfil y escribían obras a oscuras y aburridas.

Con Gálvez siempre tuvieron relaciones conflictivas. En *Recuerdos de la vida literaria,* el autor de *La maestra normal* hizo un recuento de los agravios mutuos, comenzando por un artículo que había escrito en su revista *Inicial.* Luego lo acusó de haber influido en el jurado de los Premios Nacionales para evitar que ganara su obra *Escenas de la guerra del Paraguay*, y más tarde se cruzaron artículos insultantes en *Noticias Gráficas* y *La Fronda*. Gálvez estaba convencido de que él lo odiaba y lo denigraba siempre que podía, al punto que un día, mientras daban una charla en el Museo Mitre, habría expelido una ruidosa ventosidad (1).

Nunca fue masivo ni ganó dinero con sus libros, y por eso lo acusaron de no comprender al pueblo y desdeñar lo popular. ¿No sería justamente al revés, o sea, que el vulgo no era capaz de comprenderlo? Él era la máxima expresión del modernismo en la Argentina, un movimiento asociado con las alturas: la ausencia de lectores no dañaba su imagen, sino que la ratificaba. Por supuesto que muchos de sus libros eran completamente innecesarios para quien no poseyera conocimientos de griego, latín, historia y filosofía, siempre han existido grandes obras que el pueblo no puede ni quiere leer. Ya lo había dicho Rubén Darío: “Lugones pertenece a ese cuerpo cuyos miembros se reconocen y se ligan a través de las distancias y de las lenguas, y cuya principal gloria es el ser abominados, desconocidos, temidos o desdeñados por la crítica normal invariable de los tullidos esteticistas o pedagogos de casilla”.

Los escritores que le ofrecen al público lo que le gusta son demagogos, y él nunca habría de ceder ante las modas de la época. Sus ambiciones eran mayores: les daba a sus lectores lo que les convenía, aunque no lo comprendiesen. Creía en un deber ser del escritor, rígido e inmodificable. Antes que nada era un educador.

A pesar de estar incluido en la “trilogía de la fama” (Lugones, Rojas y Gálvez, “tres personas y un solo dios verdadero”, como sabía que les decían los noctámbulos de café), siempre lo acusaron de tener un público escaso, compuesto por insignificantes y fanáticas minorías, y

de vivir de fondos estatales. ¿Acaso no eran el periodismo y los fondos públicos el previsible porvenir de quien quisiese dedicarse a la escritura sin contar con fortuna? Sin embargo, se atrevían a decir que el Estado lo había financiado y estimulado hasta convertirlo en el poeta nacional.

(El tema ha sido una constante, raramente los escritores han vivido de sus libros. Mientras Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Manuel Mujica Láinez contaban con fortunas personales, Jorge Luis Borges necesitaba trabajar. Pero le llevó muchos años poder asumirse como profesional y no se atrevía a cobrar sus conferencias, escudándose en el hecho de que le gustaba hablar en público. "*Georgie*, te comportás como las putas, que cuando se enamoran trabajan gratis", le dijo una vez Silvina Bullrich, la primera escritora argentina que decidió convertirse en una industria. Exigía cachets para otorgar reportajes, y su afán de promoción la llevó a aparecer en publicidades y hasta salir en la revista *Gente* montada en una motocicleta junto a Dalmiro Sáenz. Cierta vez le dijo a Mujica Láinez: "¿Verdad, *Manucho*, que vos y yo somos los únicos argentinos que vivimos de nuestros libros?" Y el autor de *La casa* le contestó: "Yo no, che, serás vos. Yo vivo mucho mejor" (2).

Recién en los años sesenta la escritura se convertiría en una profesión, aunque escasamente redituable en la mayoría de los casos. Los sesenta constituyeron una época de excepcional vigor intelectual, con el Instituto Di Tella – que nucleaba a investigadores y artistas de vanguardia- , los cineclubs, los teatros independientes, las librerías de la calle Corrientes y una cantidad apreciable de editoriales, entre ellas la de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), que puso al alcance del público masivo millones de ejemplares de todas las temáticas. La literatura en lengua castellana era publicada fundamentalmente en el país y se distribuía a todo el mundo, al igual que la mejor literatura universal. Más allá del *boom* de la narrativa latinoamericana, que fue recibido con enorme entusiasmo (la primera edición de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, fue publicada en 1967 en la Argentina), las novelas de autores nacionales que indagaban en nuestra realidad social eran *best-sellers*: *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Boquitas Pintadas* de Manuel Puig. "Actualmente un buen escritor argentino se vende tanto o más que uno europeo o norteamericano. No nos podemos quejar", declaró Sabato en esa época (3).

Pero en general no abundaron los reconocimientos, y no sólo a nivel oficial. Vale la pena recordar algunos casos.

Jorge Luis Borges comenzó apoyando la revolución bolchevique y en esa época escribió dos poemas, *Rusia* y *Gesta maximalista*, que no incluyó en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*. Presidió el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes –que adherían a la postulación del caudillo para su segundo período presidencial – y a instancias de Homero Manzi prologó el libro *El paso de los libres*, que Arturo Jauretche había escrito desde la cárcel tras participar en el levantamiento contra el gobierno de Agustín P. Justo.

Al adherir al grupo *Sur* de Victoria Ocampo encontró un nuevo marco de pertenencia, y recibió entonces los ataques de la izquierda, que lo acusó de elitista y extranjerizante. Profundamente antiperonista ("era el símbolo de la oposición intelectual al peronismo", dice su biógrafa María Esther Vázquez) sería acreedor del encono de los pocos intelectuales que apoyaban a Perón.

A los pocos días de asumir el líder, fue desplazado de su humilde puesto de director de biblioteca municipal y designado inspector de aves y huevos en los mercados. Su caso se convirtió en una afrenta del gobierno a la totalidad de los intelectuales en la persona de su representante más notable, y hasta la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por su viejo contrincante, Leónidas Barletta, le organizó un homenaje. Unos años después, su madre, Leonor Acevedo, y su hermana, Norah Borges, fueron detenidas por participar en una manifestación contra el gobierno y condenadas a un mes de prisión. Por razones de edad, doña Leonor fue autorizada a permanecer en su departamento de la calle Maipú, con vigilancia en la puerta. Norah, en cambio, fue detenida en la cárcel de mujeres del Buen Pastor, en el barrio de San Telmo.

Borges recién volvería a afiliarse a un partido político en la década del sesenta, y el elegido sería el Demócrata. "Si uno es conservador no es un fanático, porque uno no puede entusiasmarse por el conservadurismo, así como no es concebible un conservador fanático",

alegó. Luego cometió el gravísimo error de apoyar el golpe de Estado de 1976. Aceptó participar de un almuerzo con Jorge Rafael Videla, a quien le dijo: “He venido a agradecerle personalmente, general, lo que usted ha hecho por la patria, salvándola del oprobio, del caos, de la abyección en que estábamos, y sobre todo de la idiotez” (se refería a la etapa de violencia del último gobierno peronista, desde la breve presidencia de Héctor J. Cámpora, pasando por la asunción de Perón hasta el último período con su viuda Isabel Martínez como Presidente). “La democracia es un abuso de la estadística”, también dijo en esa época, y luego recibió una condecoración del dictador chileno Augusto Pinochet, lo que le valió el repudio de la intelectualidad latinoamericana.

Sin embargo, al poco tiempo recibió en su casa a una delegación de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. “¡Pobres mujeres, tan desdichadas! Eso no quiere decir que sus hijos fueran invariablemente inocentes, pero no importa. Todo acusado tiene derecho por lo menos a un fiscal, para no hablar de un defensor”, declaró.

Volvió a referirse al tema en una entrevista publicada en los inicios de la democracia: “Desde luego, yo obré mal. Sabía que estaba jugándome el Premio Nobel (que nunca ganó), pero pensé: qué absurdo juzgar a un escritor por sus ideas políticas. Además, en ese momento confieso que me equivoqué; no me di cuenta de que no se trataba de una razón política, sino que se trataba de una razón ética”.

En 1978 se manifestó contra la guerra de Chile y dijo que los militares argentinos nunca habían oído silbar una bala, en 1980 firmó una solicitada por los desaparecidos, y en 1982 se declaró contrario a la guerra de Malvinas. Pero por muchísimos años no se le perdonó, aunque nunca volcó sus opiniones políticas en su obra literaria. En realidad era un liberal con un profundo sentido de la ética, y jamás actuó por compromiso o conveniencia. “Las ideas políticas de los escritores son los más baladí que tenemos, no deben ser tenidas en cuenta”, repetía, en épocas en que literatura e ideología resultaban difíciles de separar (4).

Leopoldo Marechal sufrió el proceso inverso. Fue peronista, y aunque en esa época lo jubilaron de su cargo de director de enseñanza

artística del Ministerio de Educación –donde había trabajado por más de treinta años- , fue descalificado por sus colegas, quienes creyeron que la crítica a un intelectual peronista implicaba un ataque al propio régimen. Al aparecer *Adán Buenosayres*, sólo Héctor Murena y Julio Cortázar –quien lo calificó como "un acontecimiento extraordinario en las letras argentinas" – alabaron el libro, que fue también ignorado por los escritores peronistas, quienes consideraron que su estética vanguardista no se correspondía con el concepto de cultura popular.

A partir del golpe de 1955 se lo silenció hasta tal punto que muchos pensaban que había muerto. "Rostros amigos me negaron el saludo en la calle, se me cerraron todas las puertas vitales y literarias en un especie de muerte civil o asesinato colectivo", comentó.

Recién en los años sesenta, cuando apareció *El banquete de Severo Arcángelo*, la crítica lo elogió de manera unánime y la revista *Primera Plana* (importantísima como formadora de opinión en esa época) le dedicó una nota de tapa. Sin embargo, sería nuevamente silenciado por su adhesión al socialismo y la revolución cubana. Murió en 1970 y fue velado casi en soledad en la sede de la Sociedad Argentina de Escritores. "¿Por qué los argentinos somos tan desagradecidos?", cuenta Horacio Salas que le dijo el poeta Héctor Yanover cuando fueron a tomar un café para paliar el frío del destartalado edificio. Los diarios del día siguiente tampoco le dedicaron a su muerte demasiado espacio.

Con respecto a Victoria Ocampo, fue ignorada por la mayoría de sus compatriotas y denostada por el rencor, a pesar de haber comprometido su fortuna en el proyecto de la revista y la editorial *Sur*. El primer número de la revista apareció tres meses después del golpe del treinta, y al poco tiempo la directora ya se quejaba en una carta a José Ortega y Gasset: "Aquí *Sur* ha sido acogida como si todas las semanas salieran revistas semejantes. Han dicho que bien podía pagarme ese lujo. Pero me importa un comino. No… la verdad es que me importa, *hélas!*"

Se la acusó de sectaria y extranjerizante, tanto desde la derecha como desde la izquierda. En realidad, "se la consideró culpable de pertenecer a un estrato social que, aun habiendo perdido el poder,

esgrimía sin cesar el recuerdo de lo que había sido; se la acusó de ser rica y bella e inteligente a la vez", dice su biógrafo Oscar Hermes Villordo. "No se le perdonó, tampoco, que fuese independiente, partidaria del divorcio, feminista, y que practicara cierto agnosticismo aun siendo católica, proviniendo de una de esas familias estrechamente vinculadas con la Iglesia. El perdón le fue negado principalmente por estas familias, ampliando el número de sus detractores. No se hubiera transformado en el blanco de esas críticas de no haber fundado *Sur*", continúa Villordo (5).

La revista contaba con el aporte de un grupo heterogéneo: Ortega y Gasset, Ernest Ansermet, Drieu La Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Jules Supervielle, y un consejo de redacción integrado, entre otros, por Borges, Oliverio Girondo, Eduardo Mallea y María Rosa Oliver. Pocos años más tarde, las personalidades involucradas resultarían incompatibles: La Rochelle se suicidó al finalizar la guerra, después de haber colaborado con la ocupación alemana y defendido el nazismo, y Waldo Frank y María Rosa Oliver se convirtieron en militantes comunistas.

En cierta oportunidad, la curia metropolitana objetó la realización de un festival donde Ocampo recitaría poemas de Rabindranath Tagore. Indignada, fue a ver el presidente Justo, quien le confió que un alto dignatario de la Iglesia había justificado la medida en estos términos: "La señora Ocampo ejerce una gran influencia, es una persona de arrastre. Hace falta darle una buena lección para que sirva de ejemplo. Tagore y Krishnamurti, dos enemigos de la Iglesia, son amigos suyos y han sido invitados; comunistas como André Malraux escriben en su revista. En necesario poner fin a esas maniobras".

Por otra parte, en un artículo publicado en *Ficción,* Bernardo Verbitsky escribió que *Sur* era "sin duda interesante y hasta necesaria, pero – esto no es una cargo, es una hecho- no hará ninguna falta consultarla para escribir la historia de nuestra literatura en los últimos veinte años, siendo perfectamente lógico que sus jóvenes lectores hayan llegado a creer que la literatura argentina se compone de Camus, Borges y Lanza del Vasto". Y Juan José Hernández Arregui, en *Imperialismo y cultura*, la acusó de divulgar "la hipocresía de nuestro tiempo, presentada como libertad de la inteligencia y la sinceridad". Arturo Jauretche no fue tan duro con Victoria Ocampo, a pesar de su

habitual tono sarcástico: “Doña Victoria trató de servir al país, y si lo ha perjudicado eso no ha estado en su voluntad y en su empeño: hizo lo que ella podía hacer y que de ninguna manera podía hacer de otro modo”, dijo.

Durante el gobierno peronista fue confinada en el Buen Pastor, al igual que la hermana de Borges. El 15 de abril de 1953, durante un acto de apoyo a Perón en la Plaza de Mayo, un grupo civil hizo estallar dos bombas, con el trágico saldo de muertos y heridos (el tema sería tratado desde ópticas opuestas por Beatriz Guido en *El incendio y las vísperas, best-seller* indiscutido de los años 60, y por Guillermo Saccomanno en *La lengua del malón,* publicado en 2003). Esa misma noche la multitud enardecida incendió sedes partidarias de la oposición, y al día siguiente fueron encarcelados no sólo los autores materiales del atentado sino también dirigentes y personalidades contrarios al gobierno. Permaneció presa veintiséis días y logró salir gracias a la formación de un Comité Internacional para la Liberación de los Intelectuales Argentinos, encabezado por Aldous Huxley y Waldo Frank.

Además del peronismo, el único límite de Victoria fue la revolución cubana. En 1961, la Casa de las Américas de La Habana invitó al entonces secretario de redacción de *Sur*, el escritor José Bianco, a formar parte del jurado de su concurso literario. Bianco viajó pese a la oposición de la directora, y finalmente debió renunciar. A partir de ese episodio, Ocampo delegó sus tareas en Enrique Pezzoni (quien se ocuparía de *Sur* hasta su cierre en 1970) y se dedicó a la redacción de su *Autobiografía*. Donó sus casas de San Isidro (Villa Ocampo) y Mar del Plata (Villa Victoria) a la UNESCO y murió con todos los honores, finalmente convertida en ícono de la cultura nacional.

Julio Cortázar también fue bastante denostado. Decidió abandonar el país durante el primer gobierno de Perón, y años después explicaría sus razones: “Me ahogaba dentro de un peronismo que era incapaz de comprender en 1951, cuando un altoparlante en la esquina de mi casa me impedía escuchar los cuartetos de Bela Bartok”. Se instaló en París, se convirtió en una de las figuras clave del *boom* de la literatura latinoamericana, y a medida que su popularidad fue creciendo comenzó a recibir acusaciones, fundamentalmente de los sectores de izquierda a los que apoyaba.

“Escritor liberal, en fin, Cortázar parece concebir el socialismo como una comunidad de consumidores libres y exclusivos. Paradójicamente, la militancia de su escritura termina por convertirse en una lucha por la libertad de comercio” (Ricardo Piglia) (6). “La esquizofrenia geográfica (de escribir en Europa refiriéndose a la problemática latinoamericana) está emparentada con el fenómeno de la doble lealtad. Escinde, por tanto, por lo menos, como el querer jugar a dos paños al mismo tiempo” (David Viñas) (7). “Su humanismo es el humanismo europeo, francés, el que alimenta la *intelligentzia* de mayo de París; no es, ni de lejos, el que emerge de las clases trabajadoras de América latina, por alguna razón tan ausentes en sus textos” (Aníbal Ford) (8). “Su obra es más leída en la Argentina, aunque él nunca hable de este país ni lo tenga en cuenta. Está totalmente desarraigado de la Argentina, pero tampoco se ha arraigado en Francia, por eso pienso que la suya es la literatura del desarraigo” (Marta Lynch, quien en esa época adhería a posturas de izquierda) (9).

Cortázar se defendió de esta manera: “De golpe me acuerdo de un tango que cantaba Azucena Maizani, `No salgas de tu barrio, sé buena muchachita, casate con un hombre que sea como vos´, etcétera, y toda esa cuestión me parece afligentemente idiota en un época en que, por otra parte, los *jets* y los medios de comunicación les quitan a los supuestos exilios ese trágico valor de desarraigo que tenían para un Ovidio, un Dante o un Garcilaso”.

Durante la dictadura de 1976 la situación se modificó. “Mi exilio sólo devino un exilio forzado durante los últimos años”, dijo, y su declaración lo llevó –tal vez involuntariamente – a verse involucrado en la desgastante polémica entre “los que se fueron” y “los que se quedaron” en el país en esa época. “No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos, carecen de valor ético”, le contestó la escritora Liliana Heker, quien permaneció en la Argentina (10).

“Ser argentino es estar lejos”, había escrito en un poema, años atrás. Su obra, que marcó una época, volvería a ser cuestionada en la década del noventa, cuando en pleno auge de la muerte de las

ideologías se la acusó de ser el mero reflejo de la moda de un momento, sin elementos que le permitiesen perdurar.

Y si hablamos de Manuel Puig, no sólo fue perseguido por las dictaduras militares. Su novela *The Buenos Aires Affair,* aparecida en 1973, fue retirada de circulación y luego vuelta a lanzar en forma censurada: párrafos enteros con referencias a Juan Domingo Perón fueron tapados con líquido corrector, como así también detalles "obscenos" o "perversos". Cuando Isabel Martínez asumió la presidencia, el libro directamente fue prohibido por pornográfico. El propio Puig lo explicaba así: "Mi actitud hacia Perón no era reverencial y eso fue visto como un sacrilegio. Escribí sobre los buenos y malos aspectos del hombre a través de mis personajes, pero eso era un pecado".

Más allá de las persecuciones políticas, Puig tampoco se sintió reconocido ni respaldado por sus pares. Su literatura y su persona (era un homosexual declarado) provocaron, en palabras del escritor César Aira, "una ansiedad tremenda, rechazo, repulsión" (11). Sin embargo, durante los años sesenta se había movido a sus anchas en el universo de la revista *Primera Plana* y el Instituto Di Tella, donde se rodeaba de artistas de vanguardia.

Pero "estaba envenenado contra la Argentina –dice su biógrafa Suzanne Jill-Levine-. Incluso antes de publicar su primera novela, Manuel creía que comprendía cómo la política literaria argentina podría afectar su carrera. Si se quedaba en la Argentina, lo enterrarían en vida. Había una rivalidad en el aire que llenaba a la gente de malicia: los viejos escritores se cuidaban de la sangre nueva; sus contemporáneos, rivales envidiosos, eran los peores" (12).

Su novela *Boquitas pintadas*, publicada en 1969, obtuvo importantes críticas internacionales, se convirtió en uno de los libros más leídos de la década y fue llevada al cine por Leopoldo Torre Nilsson. Sin embargo, Mario Vargas Llosa la desestimó por considerarla un folletín sin proyección social ni política, y Jorge Luis Borges –seguramente sin haberla leído- se limitó a comentar: "Imagínese un libro que tiene lápiz de labios en la tapa".

“Había llegado más lejos que cualquier otro escritor de su generación, pero se lo trataba como a uno cualquiera. No quería aceptar que el país siempre había sido así, y seguiría siéndolo”, aseguró Tomás Eloy Martínez (13). Se instaló en México y allí escribió *El beso de la mujer araña*, texto que terminaría de consagrarlo y que fue prohibido en la Argentina hasta el regreso de la democracia. Los sectores de izquierda también miraron con desconfianza esa novela, que a su criterio dañaba la imagen del militante revolucionario.

A diferencia de los gobiernos democráticos, que nunca otorgaron a la cultura un lugar central, las dictaduras militares sí desarrollaron proyectos culturales eficaces. Juan Carlos Onganía intervino las universidades nacionales, y durante la noche de los bastones largos se apaleó a estudiantes y profesores, lo que provocó la emigración en masa de importantes intelectuales que ya no regresarían al país. Inició también una campaña moralizadora que incluyó el cierre de la revista *Tía Vicenta* del humorista Landrú (por publicar una caricatura del Presidente que se semejaba a una morsa), la prohibición de la ópera *Bomarzo* de Alberto Ginastera, basada en la novela de Manuel Mujica Láinez, y la persecución a los artistas del Di Tella, cuya obra también fue atacada por los grupos de izquierda, que la acusaban de falta de compromiso político y servilismo a las modas internacionales.

“El gobierno de Onganía consideró necesario desplegar campañas contra los movimientos de vanguardia, y así fue como pudo haber contribuido a que muchos que sinceramente querían hacer el amor hubieran podido sospechar que para ello en la Argentina era preciso hacer la guerra”, dice el ensayista Oscar Terán, quien califica a los años sesenta como “el tiempo de las dos almas”: el alma Beatle y el alma Che Guevara (14).

Los militares del 76, por su parte, armaron una compleja estructura de control con equipos de censura y análisis de inteligencia, y actuaron de manera sistemática (15). Escritores como Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, Susana (*Pirí*) Lugones y Haroldo Conti fueron muertos y desaparecidos, y otros, como Daniel Moyano y Antonio Di Benedetto, sufrieron detenciones arbitrarias. Muchos debieron exiliarse y muchos otros optaron por quedarse en el país, en su

mayoría tratando de permanecer en el anonimato.

La dictadura también prohibió infinidad de títulos, como *Un elefante ocupa mucho espacio*, el relato infantil de Elsa Bornemann, por "contener una finalidad de adoctrinamiento que resulta preparativa a la tarea de captación ideológica del accionar subversivo", y la novela *Ganarse la muerte,* de Griselda Gambaro, que fue catalogada de "obra asocial". La amplia lista de prohibiciones logró generar una paranoia tan eficaz que aún hoy se perciben sus efectos: nuestra industria editorial jamás recuperó su rol preponderante en el mercado de habla hispana, y la literatura argentina no logró restablecer los canales de comunicación con los muchos lectores que supo tener.

Mario Vargas Llosa se refirió a la situación del escritor en el Perú, y sus palabras bien podrían trasladarse a la Argentina: "En una sociedad en que la literatura no cumple función alguna porque la mayoría de sus miembros no saben o no están en condiciones de leer, y la minoría que sabe y que puede leer no lo hace nunca, el escritor resulta un ser anómalo, sin ubicación precisa, un individuo pintoresco y excéntrico, un loco benigno al que se deja en libertad porque, después de todo, su demencia no es contagiosa -¿cómo les haría daño a los demás si no leen?-, pero a quien en todo caso conviene mediatizar con una inasible camisa de fuerza, manteniéndolo a la distancia, frecuentándolo con reservas, tolerándolo con desconfianza sistemática").

NOTAS

1.- Álvaro Abós, revista *Todo es Historia.*

2.- Cristina Mucci, *La gran burguesa*, Editorial Norma, 2003.

3.- María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente,* Editorial Sudamericana, 2000.

4.- Horacio Salas, *Lecturas de la memoria,* Fondo de Cultura Económica, 2005.

5.- Oscar Hermes Villordo, *El grupo Sur*, Editorial Planeta, 1993.

6.- Mario Goloboff, *Julio Cortázar, la biografía,* Editorial Seix Barral, 1998.

7.- David Viñas en Horacio Salas, *op. cit.*

8.- Aníbal Ford en Mario Goloboff, *op. cit*.

9.- Cristina Mucci, *La señora Lynch*, Editorial Norma, 2000.

10.- Liliana Heker, *Las hermanas de Shakespeare,* Editorial Alfagura, 1999.

11.- Suzanne Jill-Levine, *Manuel Puig y la mujer araña,* Editorial Seix Barral, 2002.

12- *Ibidem*.

13.- Tomás Eloy Martínez, suplemento literario de *La Nación.*

14-.-Oscar Terán, *Nuestros años sesentas,* Editorial Puntosur, 1991.

15.- Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *Un golpe a los libros*, EUDEBA, 2002.

Vivir peligrosamente

"¡También! ¡Un país donde Lugones es helenista!"

Paul Groussac

El presidente del Consejo de Educación, José María Ramos Mejía, le encargó que escribiera una *Historia de Sarmiento* en ocasión del centenario de su nacimiento, y él sintió que hablando del maestro hablaba también de sí mismo. *Irreparable, efectivamente, ese dolor de los pobres grandes muertos, a quienes ni la salva del cañón, ni el féretro de la cureña, ni la calle denominada, ni la estatua que los embalsama en bronce, van a quitar un solo minuto de las miserias que pasaron, de la ingratitud que devoraron, de la soledad que padecieron. El lector tendrá la cortesía de creer que no defiendo mi causa.*

En realidad, cada vez que escribía una biografía –Zola, Ameghino, Leonardo, Maquiavelo, Roca- sentía que estaba hablando de sí mismo. *Seres superiores que sólo son reconocidos después de muertos, ya que los pueblos no son generosos sino con sus amos. Con sus libertadores, nunca.*

Para estos, el bronce póstumo.

Con el fruto de su libro sobre Sarmiento pudo al menos pagarse un viaje a Europa. Necesitaba estar en París, con sus museos, sus puentes y sus calles, y además sabía que allí podría vivir más cómodamente y rodeado de viejos amigos como el general Roca –quien se había instalado en la capital francesa tras su salida del poder -, José Ingenieros, su viejo compañero de *La Montaña*, y Rubén Darío, que trabajaba como corresponsal del diario *La Nación* (celebró su encuentro con Darío con versos que luego incluiría en *Las horas doradas)*. Se hospedó con Juanita y *Polo* en un cuarto piso del barrio de Passy, con la intensión de radicarse y trabajar en un proyecto ambicioso: la *Revue Sudamericaine*, publicación cultural en la que colaborarían los mejores escritores del mundo.

Sin embargo, en un viaje que hizo a Buenos Aires para embalar su biblioteca, los empresarios del Teatro Odeón le propusieron dar una serie de conferencias, y en vez de elegir un tema relativo a su experiencia europea decidió escribir un texto que expresara nuestra esencia. Convencido de que las grandes naciones tienen derecho a su epopeya, exaltaría la figura del gaucho como paradigma de la argentinidad.

En su *Historia de Sarmiento* él había comentado que *nunca ha habido un caudillo gaucho, todos fueron hombres decentes agauchados. Y detalles significativos: regularmente eran rubios y de ojos celestes. El pelo rubio representa para el gaucho tal condición de nobleza, que equivale a la hermosura en la mujer.*

El gaucho sería ahora el ideal perdido de una esencia a redimir, aunque con una condición: la de aceptar que para la modernización económica había sido necesario que desapareciera. *Su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena: pero su definición como tipo nacional acentuó en forma irrevocable, que es decir, étnica y socialmente, nuestra separación de España, constituyéndonos con una personalidad propia. Los gauchos aceptaron, desde luego, el patrocinio del blanco puro con quien nunca pensaron igualarse política o socialmente, reconociéndoles una especie de poder dinástico que residía en su capacidad urbana para el gobierno. Con*

esto, no hubo ni conflictos sociales ni rencores, y el patronazgo resultó un hecho natural.

Finalmente el afrancesamiento de la generación del ochenta había producido una literatura híbrida, ajena a nuestras raíces. El *Martín Fierro* de José Hernández había sido a menudo rodeado de indiferencia y desprecio, subestimado como un folletín rural destinado al paisano ignorante. Pero un poema épico funda una nación, porque fundar un lenguaje es fundar una patria. Él lo colocaría en la cima del pedestal y lo consagraría como la obra emblemática de nuestra identidad. *Nunca me he sentido más hijo del país que en estas horas de vida intensa con la poesía de mi nación y con la gente de mi raza. Felicítome por haber sido el agente de una íntima comunicación nacional entre la poesía del pueblo y la mente culta de la clase superior; que así es como se forma el espíritu de la patria.* Los postulados de sus seis conferencias en el teatro Odeón serían luego reproducidos en su libro *El payador.*

("¿En qué otro libro suyo hay mayor perfección, mayores aciertos sociológicos, más páginas de antología?", se pregunta su biógrafo Julio Irazusta. "Sus retratos de aquellos patrones que formaban una casta digna del mando, de la mujer criolla, del gaucho, sus descripciones de las faenas rurales, del paisanaje, de las calamidades naturales y humanas, como el incendio y el indio; sus disquisiciones filológicas sobre la evolución de las lenguas clásicas a las románticas y sobre el castellano en América, son equivalentes a los hitos de la literatura universal. Martín Fierro es el campeón del derecho que le han arrebatado, es el Campeador cantado siglos antes por los españoles, el fenómeno de la creación inconsciente, la expresión de la civilización antigua rediviva en el centauro de la pampa" (1).

Dice Beatriz Sarlo: "En el origen de la cultura argentina está el desierto. Esta no es una proposición descriptiva sino ideológica: es la forma en que los intelectuales vivieron su relación con la sociedad, con los otros y los diferentes. Nada de España, nada del mundo gaucho: sólo los letrados en diálogo de una sola vía con Europa. Esto hasta las primeras décadas del siglo veinte. Pero en ese momento, construir un pasado se vuelve una necesidad, de allí el arco que va desde el último Mansilla hasta Güiraldes, que incluye a Lugones y que culmina en Borges. La inmigración abre este ciclo. Su presencia, ocupando el lugar del bárbaro, del gaucho ya desaparecido, crea las

condiciones de posibilidades para que los letrados busquen, al mismo tiempo dos fundamentos: el de una historia nacional y el de una renovada relación con la cultura europea".

"¿Qué quiere decir ser argentino? ¿Quién tiene derecho a definir los límites del campo cultural donde se está comenzando a mezclar todo?", continúa Sarlo. "Por un lado, el gaucho, como tipo nacional, se había convertido en jornalero afincado en la estancia; las virtudes criollas que se le atribuían estaban desapareciendo con esos portadores mitológicos de nacionalidad que, cuando existían realmente, fueron usados como carne de cañón de la guerras civiles o masa de maniobra de la política oligarca. Pero, desaparecido el gaucho, el extranjero no podía ofrecer otra cosa que su extranjería. Y sobre esa falla había que pensar el futuro de la Argentina" (2)).

Las conferencias resultaron todo un éxito: asistió el *tout* Buenos Aires, incluido el presidente Roque Sáenz Peña, y los diarios comentaron su elocuencia arrebatadora por su brillo y contenido, y su asombrosa facilidad de expresión. "Al decir Lugones las últimas palabras, la sala lo aclama, obligándole por dos veces a presentarse en el escenario, donde su aparición redoblaba la fuerza de los aplausos y de los bravos interminables. Buena parte del público espera luego a Lugones en el vestíbulo de Odeón, y en la calle, donde estas manifestaciones se repiten, efusivas, conmovidas, cuando el escritor abandona la casa de sus triunfos. Fue un momento de triunfo, como no lo ha obtenido ni disfrutado, en nuestros tiempos, ningún conferenciante ante el público argentino".

Él siempre le concedió a este aspecto la mayor importancia. Desde muy chico había sido considerado un prodigio por su extraordinaria memoria, su modo de leer y recitar versos y su afición a la lectura. En su pueblo, el cura párroco lo alababa ante los feligreses y las familias lo solicitaban para animar las clásicas tertulias. Ahora, con sus recios bigotes, su andar elástico y sus trajes impecables, era la imagen misma de la confianza en la vida (3).

Se concentraba antes de hablar en público y pedía quedarse a solas para recordar su plan de exposición. No improvisaba, pero tampoco leía ni hablaba de memoria. Hablaba de lo que sabía, de aquello que

sostenía su más honda labor intelectual: las relaciones entre la civilización americana y las más remotas civilizaciones de la humanidad. Nada más ni nada menos que un sistema cultural (4).

Volvió a París, y sus amigos lo despidieron con un gran banquete. En Francia también tenía bastantes amigos, a quienes contagiaba su entusiasmo. "*Il est terrible, ce Monsieur Lugones",* aseguraba Georges Clemenceau. Este influyente político, justamente, escribió un artículo en el primer número de la *Revue Sudamericane.* Su vida parecía encauzarse, hasta que de pronto estalló la guerra. A duras penas logró pasar con su familia a Londres, y allí tomaron el último barco mercante que salía hacia América del Sur.

La estabilidad había sido corta, volvería ahora a la habitual incertidumbre. Sin embargo, ¿cómo había podido pensar que podría vivir definitivamente en el extranjero? Era como querer aclimatar un algarrobo en París (5). Además, en el nuevo mundo se operaría la restauración de la civilización inaugurada por los griegos, y negada por veinte siglos de cristianismo.

La democracia individualista era la fórmula política del momento, y fue por eso que combatió contra la neutralidad de los gobiernos de Victorino de la Plaza e Hipólito Yrigoyen. Se consideraba a sí mismo un pacifista, y si apoyó la guerra fue porque creía que su futuro sería su definitiva supresión. En 1918 organizó el Comité Franco-Argentino y retornó a Francia como huésped oficial del gobierno. Su llegada fue triunfal: "París debe festejarlo como un rey", público una importante revista. Recorrió los campos de batalla, dio discursos y le ofrecieron un banquete al que concurrió toda la intelectualidad francesa, además de nuestro embajador, Marcelo Torcuato de Alvear.

Sin embargo, el país había cambiado. El triunfo de Yrigoyen había puesto en evidencia la debilidad de las antiguas elites dirigentes, que se habían dejado arrebatar por las masas el derecho de mandar. El caudillo radical representaba un nuevo peligro: el ascenso de la plebe ultramarina, ese aluvión inmigratorio que amenazaba con modificar profundamente la conformación social. Los nuevos pobladores habían encontrado una patria que les abrió las puertas, fiel a la premisa generosa de Juan Bautista Alberdi: gobernar es poblar. Aunque ya el

general Roca había llegado a percatarse de los riesgos de esta situación. “¿Qué va a pasar cuando los hijos de esta gente quieran gobernar el país?”, había comentado en ocasión de una visita al Hotel de Inmigrantes.

En un principio él había aceptado ese fenómeno, aunque con reservas: *Para que ésta sea buena, para que esté formada por inteligentes trabajadores, no por los desechos sociales de la incultura y de la miseria, la fertilidad y la extensión no bastan.* Pero ahora comprendía que la ineficacia de nuestra Constitución Nacional provenía en gran parte del hecho de haber sido un poema ideológico del extranjerismo: al invitar a todos los hombres de buena voluntad a habitar el suelo argentino, desatendía al hijo de la tierra y nos convertía en un conglomerado sin carácter (6). *Por el mero hecho de ser argentino, soy mejor que cualquier extranjero en la República Argentina.*

Había creído durante años que la perfecta libertad sólo se alcanzaría mediante la igualdad absoluta, pero los hechos terminarían por convencerlo de que la democracia derivaba fatalmente en demagogia, y el igualitarismo, al extinguir todo sentimiento de reverencia hacia lo superior, producía una sociedad grosera y sin estilo.

Finalmente el desenlace de la guerra había representado el fracaso del racionalismo y el liberalismo –mero juguete ideológico que constituía su expresión política- y el avance de los totalitarismos en Europa era imparable. El falangismo español, el nacionalsocialismo y el fascismo, con el retorno de la vida heroica y el imperativo de vivir peligrosamente, le recordaron la estética del mundo griego. ¿Qué otra muerte digna hay, en los poemas homéricos, que la obtenida en el combate? ¿Y quiénes eran los llamados a gobernar? Naturalmente, los mejores. La autoridad no era un resultado deliberativo, sino una imposición de la superioridad personal. No bastaba la legitimidad como justificación del mando, y menos aún una legitimidad fraudulenta como la nuestra.

Contra la democracia parlamentaria reivindicaría el orden y la violencia, como purificadora y redentora. El pacifismo era contrario a la naturaleza belicosa del hombre, y el desarme total no pasaba de ser

una utopía sin consistencia (7). La idea de un heroísmo guerrero había estado siempre presente en su pensamiento, aunque exclusivamente en alusión al pasado. Pero ahora se daba cuenta de que el país moderno había puesto confort y progreso allí donde había corrido sangre, y que el pueblo estaba envilecido por el lucro y ebrio con esa ficticia libertad que gozaba en el cuarto oscuro. Dados los resultados funestos del sufragio universal, hasta el fraude era justificable: *Prácticamente hablando, el delito electoral no existe*. Pero no alcanzaba.

La patria se concebía con un Estado fuerte, en manos de una clase social ganada por la cultura, la belleza y la libertad espiritual. Era necesario construir una forma superior, con unidad de lenguaje, de literatura y de raza. Una patria que no fuese asequible para la multitud, sino sólo para los espíritus cultos y la fuerza militar. La historia era una suma de hechos heroicos cuyos protagonistas no eran los pueblos sino los personajes inteligentes, con figuras de guerreros y excelentes condiciones morales para conducir las masas (8). Los hombres son originaria y fatalmente desiguales, habiendo nacido unos para el mando y otros para la obediencia. La victoria da derechos y no cuenta con los que caen.

Para la nación resultaba más importante la potencia que el derecho, y la soberanía que la libertad. La vida no es un régimen jurídico ni moral, sino un estado de fuerza. La patria se justifica por su existencia, y ésta se expresa en la victoria. La nación es un hecho biológico, y el género humano es feroz como todos los carnívoros: la guerra es natural al hombre, como cualquier combate (9). Ya lo había dicho Maquiavelo: todo cuanto beneficia a la nación está bien hecho. La patria tiene un valor absoluto y todo lo demás debe ordenarse detrás de ella, como a su término. Debíamos volver entonces a la sencilla adaptación a la vida, no como creíamos entenderla sino como en realidad era: ajena a nuestros conceptos del bien y del mal, ilógica, despiadada, instintiva. La vida próspera se organiza sobre la fuerza, no sobre la caridad.

Otra vez lo acusaron de incoherente, sin tener en cuenta que la contradicción consigo mismo es el principio de la sabiduría: vivir es renovarse y renovarse es cambiar. En realidad siempre había sido un antiburgués absoluto, en su odio a lo retórico y lo vulgar. No comprendieron que su etapa socialista había estado inspirada en

principios estéticos y jamás lo había seducido la falacia de la soberanía popular. *Es que un hombre realmente equilibrado e inteligente pasa inevitablemente por estos tres estados: a los dieciocho años rompe vidrios, a los treinta debe ponerlos y a los cuarenta fabricarlos. Lo intolerable era que los cuarentones siguieran rompiendo vidrios.* Nunca modificó ese aspecto íntimo de su espíritu, ni aun cuando –según decían- entró en la sociedad que había pretendido combatir (10).

No fue el único en plantear esas conceptos. Joaquín V. González, en *El juicio del siglo*, denunció "la irrupción informe y turbia de todo género de ideas, utopías y credos filosóficos, económicos y políticos que no sólo tienden a destruir y borrar los últimos vestigios de la educación hispano-argentina, sino que, llenando los vacíos de ésta, se han infiltrado en la conciencia de la multitud de las grandes ciudades". Ricardo Rojas, en *La restauración nacionalista*, planteó la necesidad de "despertar a la sociedad argentina de su inconsciencia, turbar la fiesta de su mercantilismo cosmopolita, obligar a las gentes a que revisaran el ideario envejecido de Sarmiento y Alberdi". Manuel Gálvez, en *El diario de Gabriel Quiroga*, denunció el decadentismo provocado por la inmigración: el abandono de las tradiciones, el culto al dinero y la prioridad del progreso económico. Y Julián Martel, en su novela *La Bolsa*, culpó del afán mercantilista a la inmigración, especialmente la israelita.

Unos años después comenzaría a publicarse *La Nueva República*, un quincenario muy leído por algunos oficiales del Ejército, cuyo modelo era el nacionalista francés Charles Maurras. Allí escribieron Julio y Rodolfo Irazusta, Juan Carulla y Ernesto Palacio, quienes impulsaban reformar la Constitución para que el país se organizara mediante un régimen corporativista, objetaban las ideas afianzadas en la batalla de Caseros, criticaban a Mitre y a Sarmiento y revalorizaban el papel histórico de Juan Manuel de Rosas. No eran pocos los que se decían discípulos de Maurras, o del español Primo de Rivera, que había asumido bajo el lema de "Patria, Religión, Monarquía", con el beneplácito de Alfonso XIII. Existía, además, un fortalecimiento concreto del Ejército: Agustín P. Justo era uno de los ministros más poderosos del gabinete, y había conseguido un importante aumento del presupuesto militar.

(Juan José Hernández Arregui asegura que, en su fuero interno,

Lugones denostaba a la oligarquía. “No es posible descomponer sus contradicciones sin tener presente este conflicto con la oligarquía oculto en su corazón. En el fondo la repudiaba, aunque carecía de valor para separarse”, dice. “Asqueado de la realidad política, testigo en su propia carne del desastre de sus ilusiones juveniles sobre la función jerárquica de esa clase dirigente, vio en el orden fascista – esperanza que muchos argentinos decepcionados del liberalismo acariciaron por entonces- la salida posible y también la perspectiva de que la inteligencia nacional, enrarecida y humillada, encontrase un lugar en la sociedad. Así nace en su espíritu la idea del estado militar” (11).

Y agrega María Pía López: “El camino que transitó no fue creación suya; sí lo fue el énfasis con que lo sostuvo. Es un error considerar al fascismo como un hecho marginal, un error que tranquiliza las conciencias. Es una rebelión contra un mundo que se presenta como desencantado y opresivo – de allí la recurrencia al mito- y contra sus formas rituales y organizativas. La democracia parlamentaria se percibe fracasada, y contra ella se reivindica la violencia como purificadora y redentora. ¿Por qué intelectuales y militantes que provenían de experiencias políticas socialistas adhieren al experimento de Mussolini? Es la pregunta trágica que plantean esos años” (12)).

En su serie de conferencias en el Teatro Coliseo –organizadas por la Liga Patriótica de Manuel Carlés y el Círculo Tradición Argentina – declaró que el país estaba invadido por una masa extranjera disconforme y hostil, que servía en gran parte de elemento al electoralismo desenfrenado. *Vamos a limpiar la patria de la roña rencorosa que trajeron los fracasados de afuera, y del hollín ideológico con que le ofuscaron el alma.* Para amenizar las conferencias, tocó la banda del Regimiento Cuatro de Infantería, lo que provocó un debate en la Cámara de Diputados y un pedido de investigación.

¡Juro –y en este instante siento que todo el país jura en mi boca – que no la han de manchar! ¡Y húndanse los cielos antes que ocurra tal infamia!, gritó, mientras sostenía en alto una bandera argentina. En su última conferencia –que se inició con una diana ejecutada por una banda militar en la vereda de la Plaza Libertad – decidió adelantarse a las críticas: *¡Y bien, es cierto! El hombre de veintitrés años en 1897 no es el mismo de 1923. Dejo a mis detractores el saboreo integérrimo de esta*

inmensa perogrullada.

La Vanguardia habló de “la crisis mental de un poeta burocrático”, su viejo amigo Alfredo Palacios lo acusó de hacer odiosa la patria de los humildes, y se publicó un folleto donde se lo trató de “charlatán callejero que pasea su tribuna por los atrios de las iglesias con el espantapájaros de su Liga Patriótica”. Pero no le importó demasiado. Pocas veces recodaría un éxito tan clamoroso, ante un público reunido exclusivamente en torno del interés nacional (13).

NOTAS

1.- Julio Irazusta, *op. cit.*

2.- Beatriz Sarlo, *Escritos sobre literatura argentina,* Siglo XXI Editores, 2007.

3.- Sin embargo, Ezequiel Martínez Estrada recalca que “pese a su elástica movilidad de gimnasta, percibíase en su cuerpo mineral rigidez”. La poeta María Alicia Domínguez recuerda también que su rostro daba “la impresión de hermetismo, era algo que formaba parte de su ser; daba la sensación de que cerraba una puerta olvidándose de los que quedaban fuera”.

4.- Julio Irazusta, *op. cit.*

5.- María Inés Cárdenas de Monner Sans, *Cuando Lugones conoció el amor,* Editorial Seix Barral, 1999.

6.- Belisario Tello, *op. cit.*

7.- *Ibidem.*

8.- Alfredo Canedo, *op. cit.*

9.- Julio Irazusta, *op. cit.*

10.- Alfredo Canedo, *op. cit.*

11-Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional,* Editorial Plus Ultra, 1960.

12.-María Pía López, *op. cit.*

13.- Julio Irazusta, *op. cit.*

La hora de la espada

Fue entonces cuando lo invitaron al Perú, para la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho. Eran épocas de Marcelo T. de Alvear, y encabezaba la comitiva su ministro de Guerra, Agustín P. Justo, de quien él era amigo personal. Fueron muchas las instituciones que avalaron su presencia: la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, la Universidad de la Plata, el Círculo Argentino de Inventores, el Círculo de la Prensa, el Conservatorio Nacional de Música, la Asociación Amigos del Arte y el Consejo Nacional de Educación.

En Ayacucho fue recibido con todos los honores. Lo saludaron como un caballero de nobles ideales, cruzado de altas causas, poeta de admirable inspiración, maestro de grandes virtudes, profesor de mejores energías, filósofo de bellas doctrinas, pensador de elevados pensamientos y supremo embajador de la poesía, la belleza y el arte, y le encargaron el discurso de clausura.

Señoras, Excelentísimo Señor Presidente de la República, señores:

Tras el huracán de bronce en que acaban de prorrumpir los clarines de la epopeya, precedido todavía por la noble trompa de plata con que

anticipó la aclamación el más alto espíritu de Colombia, el poeta ha dispuesto, dueño y señor de su noche de gloria, que yo cierre, por decirlo así, la marcha, latiendo en el viejo tambor de Maipo, a sincero golpe de corazón, mi ronca retreta.

Válgame eso por disculpa en la inmensa desventaja de semejante comisión, ya que siempre hay algo de marchito en el laurel de la retirada.

Dejadme deciros solamente, señores, que trataré de poner mi tambor al ritmo viril de vuestro entusiasmo; y vosotras, señoras, puesto que estáis aquí para mi consuelo, en la nunca desmentida caridad de vuestros ojos hermosos, permitidme que como quien le pasa una cinta argentina por adorno distinto, solicite, en amable símbolo blanco y azul, el amparo de la gracia y la belleza.

Ilustre capitán del verbo y señor del ritmo: Habéis dado de prólogo al Magno Canto lo único que sin duda correspondía: la voz de la tierra en el estruendo del volcán: la voz del aire en el viento de la selva; la rumorosa voz del agua en el borbollón de la catarata.

Así os haré a mi vez el comentario que habéis querido. Os diré el Ayacucho que vemos desde allá, en el fuego que enciende sobre las cumbres cuya palabra habéis sacado a martillazo de oro y hierro, el sol de los Andes; como tengo por el mejor fruto de una áspera vida el horror de las palabras vanas, procuraré dilucidar el beneficio posible que comporta para los hombres de hoy esa elección de la espada.

Tal cual en tiempo del Inca, cuando por justo homenaje al Hijo del Sol traíanle lo mejor de cada elemento natural las ofrendas de los países, la República Argentina ha enviado al glorioso Perú de Ayacucho todo cuanto abarca el señorío de su progreso y su fuerza.

Y fue, primero, la inolvidable emoción de aquel día, cuando vimos aparecer sobre la perla matinal del cielo limeño el fuerte mozo que llegaba, trayéndose de pasada un jirón de cielo argentino prendido a las alas revibrantes de su avión.

Y fue el cañón argentino del acorazado que entraba, al saludo de los tiros profundos en que parece venir batiendo el corazón de la patria: lento, sombrío, formidable, rayado el casco de la mordedura verde del mar, pero tremolando el saludo del Plata inmenso en la sonreída ondulación del gallardete.

Y fueron los militares que llegaban, luciendo el uniforme de los granaderos de San Martín, y encabezados –permiso mi general- por la más competente, limpia y joven espada del comando argentino, por supuesto que sin mengua de ninguna, para traer en homenaje la montada de los

cóndores y la pampa de los jinetes.

Y es la inteligencia argentina que va llegando en la persona de sus más eminentes cultores, y que me inviste por encargo de anticipo, que no por mérito, con la representación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, La Universidad de La Plata, el Círculo de Inventores, el Círculo de la Prensa, el Conservatorio Nacional de Música, la Asociación Amigos del Arte, y el Consejo Nacional de Educación que adelante, así, al Perú el saludo de cuarenta mil maestros.

Y por último, que es mi derecho y el más preciso, porque constituye mi único bien personal, aquel jilguero argentino que en el corazón me canta la canción eternamente joven del entusiasmo y del amor.

Por él me tengo yo sabida como si hubiese estado allá la belleza heroica de Ayacucho.

Al son de cuarenta dianas despierta el campo insurgente bajo la claridad del oro y la viva frescura de una mañana de combate. Deslumbra en el campo realista el lujo multicolor de los arreos de parada. En el patriota, el paño azul oscuro uniforma con pobreza monacal la austeridad de la república. Apenas pueden, allá, lucir al sol tal cual par de charreteras; y con su mancha escarlata, provocante el peligro, la esclavina impar de Laurencio Silva, el tremendo lancero negro de Colombia.

Más he aquí que restableciendo por noble inclinación las costumbres de la guerra caballeresca, los oficiales de ambos ejércitos desatan sus espadas y vienen al territorio intermedio para conversar y despedirse antes de dar la batalla. Con que, amigos de otro tiempo y hermanos carnales que también los hay, abrázanse allá a la vista de los ejércitos, sin disimular sus lágrimas de ternura. Y baja de la montaña Monet, el español, arrogante y lujoso, peinada como a tornasol la barba castaña, para prevenir a Córdova el insurrecto que va a empezar el combate.

Aquel choque final es un modelo de hidalguía y de bravura concertado como un torneo, dirigida la victoria con precisión estética por el joven mariscal, elegante y fino a su vez como un estoque, nada hubo más sangriento en toda la guerra: como que en dos horas, cayó la cuarta parte de los combatientes. Mientras la división de Córdova acomete al son sentimental del bambuco, el batallón Caracas, esperando su turno que será terrible, juega bajo las balas los dados de la muerte.

Desprovistos de artillería los patriotas y perdida pronto la realista cuyos cañones del centro domina al salto, como a verdaderos potros de bronce, el sargento Pontón, la batalla no es más que una cuádruple carga de sable, lanza y bayoneta.

Carga de Córdova, el de la célebre voz de mando, que alta la espada, lánzase a cabeza descubierta, encrespándosele en oro la prosapia de Aquiles al encenderle el sol su pelo bermejo. Carga de Laurencino Silva que harta su lanza en el estrago de ocho escuadrones realistas. Carga de Lara que cierra el cerco de muerte, plantando en el corazón del enemigo el hierro de sus moharras.

Cuando he aquí que la última carga va a decidir la victoria. Son los Húsares Peruanos de Junín, al mando del coronel argentino Suárez. Y entre ellos, a las órdenes de Bruix, los ochenta últimos Granaderos a Caballo. De los cuatro mil hombres que pasaron los Andes con San Martín, sólo esos quedan. Pintan ya en canas los más: sus sables háyanse reducidos por mitad al rigor de la amoladura que saca filo hasta la guarda. Y en ese instante, desde la reserva que así les da la corona del postrer episodio, meten espuela y se vienen. Véanlos cruzar el campo, ganando la punta de su propio torbellino, ya llegaron, ya están encima. Una rayada, un relámpago, un grito: ¡Viva la patria!...- y al tajo, volcada en rosas de gloria la última sangre de los soldados del rey.

Esas lágrimas de Ayacucho van a justificar el recuerdo de otras que me atrevo a mencionar, animado por la cordialidad de vuestra acogida.

Y fue que una noche de mis años, allá en mi sierra natal, el adolescente que palidecía sobre el libro donde se narraba el crucero de Gran, veía engrandecérsele el alma con las hazañas del pequeño monitor, embellecidas todavía por la bruma de la desgracia. Y sintiendo venírsele a la garganta un llanto en cuya salumbre parecía rezumar la amargura del mar lejano, derramaba en el seno de las montañas argentinas, solo ante la noche y las estrellas de la eternidad, lágrimas oscuras lloradas por Huáscar.

Señores: dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología…

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada.

Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque ésa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines.

Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que

manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad.

El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido.

La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada la viril confrontación con la realidad.

En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquella. En esto consisten su deber y sacrifico: el sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El Ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza.

Habría traicionado, si no lo dijera así, el mandato de las espadas de Ayacucho. Puesto que este centenario, señores míos, celebra la guerra libertadora; la fundación de la patria por el triunfo; la imposición de nuestra voluntad por la fuerza de las armas; la muerte embellecida por aquel arrebato ya divino, que bajo la propia angustia final siente abrirse el alma a la gloria en la heroica desgarradura de un alarido de clarín.

Poeta y hermano de armas en la esperanza y la belleza: ahí está lo que se puede hacer.

Déjame solamente decirles a tu Lima y a tu Perú dos palabras finales que me vienen del alma.

Gracias, dulce ciudad de las sonrisas y las rosas. Laureles rindo a tu fama, que así fueran de oro fino en el paragón de homenaje, y palmas a tu belleza que hizo flaquear –dichoso de él en su propia dimisión – al Hombre de los Andes con su estoicismo. ¿Pues quién no sabía por su bien – y por su mal –que ojos de limeña eran para jugarles, no ya el infierno, puesto que en penas lo daba, sino la misma seguridad del Paraíso? En el blanco de tus nubes veo embanderarse el cielo con los colores de mi patria, y dilatarse en el tierno azul la caricia de una mirada argentina. Y generosa me ofrecen la perla de la intimidad y el rubí de la constancia, tus sonrisas de amistad y tus rosas de gentileza.

Y tú, Nación de Ayacucho, tierra tan argentina por lo franca y por lo

hermosa; patria donde no puedo ya sentirme extranjero, patria mía del Perú: vive tu dicha en la inmortalidad, vive tu esperanza, vive tu gloria.

Sus viejos amigos liberales le quitaron el saludo, Alfredo Palacios acaudilló a los estudiantes universitarios en sus protestas, y los jóvenes escritores que siempre lo habían admirado terminaron por darle la espalda. Ezequiel Martínez Estrada, quien había escrito *Títeres de pies ligeros* con el solo propósito de halagarlo, rechazó un homenaje que él pretendió organizarle "por razones políticas y de índole moral". Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Raúl González Tuñón, Sixto Pondal Ríos, Nicolás Olivari, Ulyses Petit de Murat, Carlos Mastronardi y Macedonio Fernández, por su parte, ya se habían reunido en el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes. Sus postulados se publicaron en el diario *Crítica*–donde trabajaban varios de ellos- y conmovieron al mundo cultural (1). Hablaban de otro país, el del ascenso de esa chusma orillera a la que cantaba Evaristo Carriego, verdadera cumbre de la desconfianza.

Todo cuanto he padecido / Por no llorar lo canté. Pocas veces se sintió tan solo como en aquella época.

NOTA

1.- Las manifestaciones de este grupo tuvieron una gran repercusión y terminaron provocando el cierre de la revista *Martín Fierro.* Evar Méndez, su director, desempeñaba un alto cargo en la secretaría de la presidencia de la Nación, y para evitar el enojo del Marcelo T. de Alvear y de la Unión Cívica Radical Antipersonalista, decidió incluir en la revista una declaración de prescindencia electoral. Los integrantes del Comité –quienes escribían mayoritariamente en *Martín Fierro*-decidieron entonces abandonarla.

Una saga nacional

Según apunta Juan José Sebreli, “a Lugones le cabe el triste mérito de descubrir o inventar un nuevo sujeto histórico destinado a reemplazar tanto a la oligarquía liberal ilustrada como a las masas electorales: el Ejército. La idea del Ejército quitando el mando a una sociedad civil supuestamente incapaz de gobernar no es de ninguna manera una creación ideológica de los militares. Estos eran demasiado poco intelectuales, por emplear un término suave, como para formular esa idea, o ninguna idea” (1).

Podría entonces afirmarse que su discurso de Ayacucho no sólo habría inspirado el golpe de 1930, sino todos los golpes militares posteriores. A partir de ese argumento –y tal vez en una simplificación excesiva- se ha considerado al poeta como una especie de autor intelectual de los crímenes de la dictadura instaurada en 1976. Entre ellos el de su propia nieta, Susana (*Pirí*) Lugones, quien junto a otros escritores, como Rodolfo Walsh y Francisco (*Paco*) Urondo, se involucró entonces en la lucha armada.

Para la ensayista Claudia Gilman, una particularidad conceptual de los años sesenta es que la fórmula “intelectual progresista” entrañaba

una redundancia, ya que los escritores de derecha quedaron en una posición marginal (2). Eran las épocas de *Las venas abiertas de América latina* de Eduardo Galeano, *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire y *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, quien a través de Jean Paul Sartre obtuvo un lugar privilegiado en los círculos intelectuales. La figura de Sartre –quien apoyó los movimientos de liberación de las colonias africanas y la revolución cubana- fue fundamental, y nunca como en esa época las relaciones entre política y literatura resultaron tan estrechas.

Posteriormente, el surgimiento del peronismo revolucionario y el regreso de Perón al país (en un clima en el que "el pensamiento dominante calificaba a todo lo que no fuese militancia por la liberación nacional como una frivolidad y una pérdida de tiempo", en palabras de la historiadora María Sáenz Quesada) desplazaron en muchos casos las prácticas intelectuales hacia las específicamente políticas. Y en la convicción de que no existía obra literaria de eficacia comparable, algunos escritores se involucraron en la lucha armada. Sin embargo, esa postura no fue compartida por Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y muchos otros, quienes sostuvieron que el acto de escribir constituía en sí mismo una amenaza.

De formación católica y antiperonista, Rodolfo Walsh terminó convirtiéndose en figura emblemática de esa época y de una concepción sobre el rol del intelectual. Según su biógrafo Eduardo Jozami, el autor de *Operación Masacre* pasó por distintas etapas en su dilema entre literatura y militancia: "Era una discusión compleja en la que se confundían, por lo menos, dos planos: la búsqueda de una literatura que llegara a las clases populares, que pudiera verse como un aporte al proceso de liberación, y la disyuntiva entre escribir o actuar en política que se planteaba entonces a los intelectuales revolucionarios" (3).

Militante del grupo Montoneros, en 1977 Walsh fue sorprendido al concurrir a una cita por la delación bajo tortura de un compañero. Horas antes había repartido en distintos buzones varias copias de su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*, donde denunciaba los crímenes del terrorismo de Estado. No se conoce el modo en que se deshicieron de sus restos, pero es probable que hayan sido incinerados en los terrenos próximos a la Escuela Mecánica de la Armada.

El poeta Francisco Urondo, por su parte, intentó junto a un grupo establecer un foco guerrillero urbano en la Argentina. Su primera aparición pública fue en 1970, en la operación de la toma de la localidad de Garín, y así nacieron las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), que luego se unirían a Montoneros. En 1976 fue acorralado en la provincia de Mendoza y decidió ingerir el cianuro que llevaba en un anillo. Jozami recuerda que Urondo y Walsh "eran muy amigos y los unía, además, su condición de escritores militantes en una organización donde los intelectuales no eran especialmente valorados".

Pirí Lugones era también amiga de Rodolfo Walsh –de quien había sido pareja diez años antes- y por su intermedio ingresó en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y luego en el grupo Montoneros, con el nombre de Rosita. Junto a Walsh habría participado como radioescucha en tareas de inteligencia que permitieron conocer con antelación los preparativos de la masacre de Ezeiza en 1973 (4), y según algunas versiones, también habrían ayudado a interceptar las comunicaciones del dirigente sindical José Ignacio Rucci, asesinado en 1974. Fue secuestrada en diciembre de 1977 y vista por otros cautivos en los campos de concentración *El Atlético y El Banco*. El 17 de febrero del año siguiente fue asesinada después de un traslado masivo y nunca se localizó su cuerpo, que probablemente haya sido arrojado al Río de la Plata.

Más allá de la condena unánime al terrorismo de Estado, el accionar de las organizaciones armadas durante los años setenta aún genera fuertes controversias. Según el escritor Osvaldo Bayer, con el retorno de la democracia no se produjo un análisis profundo y necesario sobre la violencia argentina y sus raíces históricas. "Así como fracasó nuestra sociedad toda, fracasaron nuestros intelectuales", dijo (5).

Por decisión del presidente Raúl Alfonsín, se creó en esa época la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), presidida por el escritor Ernesto Sabato. Su principal objetivo fue contribuir al esclarecimiento de los crímenes cometidos por la dictadura militar, recibir las denuncias correspondientes y redactar un informe que se publicó en el libro *Nunca más,* que apareció al año

siguiente y se convirtió en uno de los más vendidos de la década.

“Durante la década del setenta la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda –dice en su prólogo, escrito por Sabato-. A los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos. Tenemos la certidumbre de que la dictadura militar produjo la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje”. La teoría del informe Sabato, luego conocida como teoría de los dos demonios, fue ampliamente cuestionada por sectores de izquierda.

Más de veinte años después, durante la presidencia de Néstor Kirchner –quien sin embargo, y al igual que su sucesora, la presidenta Cristina Fernández, siempre exaltó la figura de Sabato- se publicó una nueva edición del *Nunca más* con el agrado de un nuevo prólogo, que también provocó fuertes cuestionamientos: “Es preciso dejar claramente establecido, porque lo requiere la construcción del futuro con bases firmes, que es inaceptable pretender justificar el terrorismo de Estado como una serie de violencias contrapuestas, como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares frente al apartamiento de los fines propios de la nación y del Estado, que son irrenunciables”.

Al abrazarse desde el poder una militancia que hasta el momento no había sido reconocida oficialmente, se volvió a instaurar el clima de debate. Algunos ensayos críticos, como los de Pilar Calveiro y Oscar del Barco –ex militantes en grupos de izquierda-, aportaron nuevos elementos y demostraron que la discusión está aún lejos de cerrarse.

Calveiro estuvo secuestrada en varios centros clandestinos de la dictadura y finalmente se exilió en México, donde se doctoró en Ciencia Política y aún reside. En su libro *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años 70*, condena la teoría de los dos demonios, pero también aborda un análisis crítico de las prácticas asumidas por la sociedad civil y las organizaciones armadas.

A fines de 2004, la revista cordobesa *La intemperie* publicó una entrevista realizada a Héctor Jouvé -ex integrante de un grupo guerrillero asentado en Salta que contaba con el apoyo del Che Guevara- donde relataba cómo fueron condenados a muerte y ejecutados dos miembros de ese grupo (el tema es tratado en la novela de Jorge Lanata *Muertos de amor,* publicada en 2007). El filósofo Oscar del Barco, quien había sido miembro del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), envió entonces una carta a la misma revista.

"Ningún justificativo nos vuelve inocentes. No hay `causas´ o `ideales´ que sirvan para eximirnos de culpa. Se trata, por tanto, de asumir ese algo esencialmente irredimible, la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano", dijo. "Aunque pueda sonar a extemporáneo, corresponde hacer un acto de contrición y pedir perdón. Yo culpo a los militares y los acuso porque secuestraron, torturaron y mataron. Pero también los nuestros secuestraron y mataron".

La publicación de esa carta suscitó un debate en el que participaron Héctor Schmucler, Horacio González, Eduardo Grüner, Nicolás Casullo y León Rozitchner, entre otros, publicado posteriormente en el libro *Sobre la responsabilidad. No matar,* compilado por Pablo Belzagui. Con distintos argumentos, la mayoría consideró que al no tener en cuenta el contexto histórico, la acusación resultaba injusta y reaccionaria.

No todos los escritores muertos o desaparecidos durante la última dictadura militar participaron en acciones armadas. Haroldo Conti trabajaba como profesor en colegios secundarios y escribía novelas, como *La balada del álamo carolina y Mascaró.* Una noche de 1976, un grupo paramilitar lo sometió en su casa a un interrogatorio referido a dos viajes que había hecho a La Habana, Cuba, y finalmente se lo llevó. Dos semanas después del secuestro, cuatro escritores aceptaron almorzar con el presidente de facto Jorge Rafael Videla: Jorge Luis Borges, Ernesto Sabato, el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Horacio Ratti, y el padre Leonardo Castellani, quien había sido profesor de Conti y solicitó verlo. Pudo visitarlo en la cárcel de Villa Devoto, aunque lo encontró en tan mal estado que no le fue posible conversar con él. Al tiempo lo sacaron de su celda, y desde

entonces está desaparecido.

Al igual que Borges, Ernesto Sabato fue ampliamente cuestionado por su participación en el almuerzo con Videla. Ya en democracia, el autor intentó explicar las razones de su asistencia en una carta publicada por la revista *Humor*: “En aquellos días desfilaron por mi casa cantidad de argentinos angustiados, incluyendo padres y madres de desaparecidos, que me rogaban a veces en medio del llanto que hablara con el Presidente por todos los que no podían hacerlo, y en la vaga esperanza de que Videla influyese sobre los militares más implacables. En esas condiciones concurrí a la entrevista. De no haberlo hecho, las mismas personas que ahora me incriminan por haber ido me habrían acusado de cobardía, o no conozco la condición humana”.

Según apunta Pancho O`Donnell, aunque Sabato alega que su intención era pedir por los desaparecidos, los trascendidos apuntan a Leonardo Castellani como el único de los comensales que se animó a hacerlo. En su opinión, la participación en el almuerzo constituyó “un error de don Ernesto, en tiempos en que el miedo y la confusión lo provocaban. Por otra parte, habría que constatar si todos los que le arrojan piedras tienen el derecho moral de hacerlo” (6).

La actuación de los escritores durante la dictadura de 1976 abarca un amplio espectro de grandezas y miserias, dignidades e indignidades. Provocó también los mayores enfrentamientos entre intelectuales que hayan tenido lugar en nuestra historia, con efectos que aún perduran.

Con el retorno de la democracia, muchos autores exiliados volvieron al país y algunos sintieron que les costaba reinsertarse. A pesar del enorme éxito de su novela *No habrá más penas ni olvido* (donde describe el clima de violencia entre los distintos sectores del peronismo a principios de los setenta), Osvaldo Soriano se sintió despreciado por la mayoría de sus pares (7). Frecuentemente recordaba “la soledad de Osvaldo Bayer y Julio Cortázar, el desgarramiento de Juan Gelman, perseguido en dictadura y democracia”.

Osvaldo Bayer –quien durante los setenta vivió en Alemania- consideró al volver que no se valoraba el trabajo de los escritores exiliados: “Se nos atacó duramente en los diarios, había odios tremendos, fue un período muy difícil en el que no podía conseguir trabajo”, declaró (8).

Por otra parte, algunos sectores habrían intercedido ante el presidente Alfonsín para que no recibiera a Julio Cortázar de manera oficial durante una visita que realizó al país en 1983, como había hecho con otros escritores. Este hecho, acrecentando por su muerte en París pocos meses después, indignó a gran parte del mundo intelectual (9).

Con respecto a Juan Gelman –quien finalmente se radicó en México-, había integrado el consejo superior de Montoneros y por diversas causas judiciales no pudo regresar del exilio hasta 1988, lo que provocó el reclamo de un importante grupo de intelectuales, como Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos, Mario Benedetti y Eduardo Galeano (10).

Muchos escritores de “los que se quedaron” también fueron marginados, como Jorge Asís, quien con su novela *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (donde describe con crudeza los sueños frustrados de su generación) se convirtió en uno de los más leídos de esos años y algunos autores exiliados lo acusaron de colaboracionista.

“La cultura quedó maltrecha y nuestra intelectualidad, malherida”, dice Mempo Giardinelli. “A partir de ese momento, los intelectuales no solamente son mirados con desconfianza por sus contemporáneos. También suelen padecer la descalificación de sus propios colegas, que en algunos casos llega a ser feroz” (11).

NOTAS

1.- Juan José Sebreli, *op. cit.*

2.- Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI Editores, 2003.

3.- Eduardo Jozami, *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción*, Editorial Norma, 2006.

4.- Walsh, un experto en tareas de espionaje e integrante del aparato de Información e Inteligencia de Montoneros, logró enterarse el día anterior de los planes de la derecha peronista, aunque su aviso habría llegado tarde.

5.- Bayer apoyaba a los grupos de izquierda pero no se involucró en la lucha armada. “Era muy difícil en esos años discutir con los amigos que se habían unido a Montoneros”, recuerda.

6.- Diario *La Nación.*

7.- Soriano no participó en los movimientos armados, aunque consideraba que “el clima de la época imponía ciertas cosas y estaba cerca de ellos, me podían pedir favores, guardaba material”. Durante la dictadura se exilió en Francia.

8.- Archivo programa *Los siete locos.*

9.- El cineasta Manuel Antín, que integró el grupo de intelectuales cercano a Alfonsín y era amigo de Cortázar, asegura que la entrevista nunca fue solicitada, y de haberlo sido, el Presidente la habría concedido inmediatamente. “De haber tenido Cortázar el deseo de ver a Alfonsín, ¿no le hubiera bastado con decírmelo?”, escribió en *La Nación.*

10.- En su carta, Oscar del Barco se refiere también a la figura de Gelman: “Para comenzar, él mismo (que padece el dolor insondable de tener un hijo muerto, el cual, debemos reconocerlo, también se preparaba para matar) tiene que abandonar su postura de poeta-mártir y asumir su responsabilidad como uno de los principales dirigentes de la dirección del movimiento armado Montoneros”, dice.

11.- Mempo Giardinelli, *op. cit.*

La retórica del amor

“Leopoldo Lugones vivió lo peor que le puede pasar a un hombre.

Ser admirado por todos y no ser querido por nadie”.

Jorge Luis Borges.

Entonces conoció a Emilia.

Para esa época ya dirigía la Biblioteca del Maestro, en su magnífico edificio de la calle Pizzurno, contiguo al Ministerio de Educación. Una tarde, mientras atravesaba el gran salón para dirigirse a su despacho, se le acercó una joven delgada, que caminaba como pidiendo permiso.

-¿Viene por un autógrafo? –le dijo, mientras seguía avanzando.

-Mi profesor de literatura nos pidió que leyéramos *Lunario*

sentimental. Pensé que aquí podía estar, pero la bibliotecaria me dijo que no lo tenían. Me sugirió que le solicitara a usted un ejemplar.

Él se quedó mirándola. *La que aquella tarde me cambió la vida / dejándola a la otra para siempre atada / fue una joven suave de vestido verde / que con dulce asombro me miró callada.*

-Vuelva el lunes. Tal vez pueda conseguirle un ejemplar.

Cuando el lunes siguiente llegó a la Biblioteca, la encontró esperándolo en la recepción. Sin saludarla, le señalo un pasillo y la hizo entrar a una sala.

-No me quedan ejemplares de *Lunario sentimental*, pero le puedo dar otro libro – le dijo, mientras le alcanzaba *Las horas doradas* -. La joven partió con el libro dedicado y una cita para un par de días después.

Tengo la reputación de ser el marido más fiel de Buenos Aires. Nunca había engañado a Juana, a quien había dedicado *El libro fiel*, escrito durante su estadía en París. *Y bajo una paz lejana / ver afanarse con seriedad sencilla / tu diligente juventud de hermana.* Un texto recatado, nada erótico, más bien fraternal.

Emilia Cadelago vivía con sus padres en Villa Devoto. La encontraba cuando salía del Círculo Militar después de sus sesiones de esgrima, y algunos días ella iba a verlo a la Biblioteca, aunque por prudencia no se le acercaba. Desde su despacho vidriado, él podía verla pendiente de sus gestos, hojeando algún libro en la quietud del salón. *Me quedé tan solo / cuando tú te fuiste / que sentí consuelo / de verme tan triste. / La tarde era hermosa / tú como ella y más. / Ni una vez volviste / tu rostro hacia atrás.*

Se sentía eufórico. Había pasado su vida en la cumbre, dialogando con dioses y próceres, y ahora descubría en carne propia la pasión

sexual. Su amadísima Aglaura, diosa griega de lo espléndido y lo brillante. Fue la inspiradora de su novela *El ángel de la sombra*, y también le escribió infinidad de cartas y versos apasionados que firmaba con anagramas de su propio nombre: Osolón de Plogel, Ugopoleón del Sol.

Mi blanda mano despierta / con regalados anhelos / una timidez callada / de pichoncitos gemelos. / Rinde el jardín silencioso / los tesoros de su aroma / en su ternura sumisa / de palpitante paloma. / Y bajo la fronda leve / que aparta mi mano queda / la poma del holocausto / sangra entre el musgo de seda. / Al favor que le consagra / en el callado delirio, / entre tus manos impera / glorioso el centro de lirio. / Tú siempre conmigo aquí… / y en la soledad del alma / esta bienhechora calma / de estar muriéndose así.

(Sobre sus poemas amatorios, dijo Rubén Darío. "He visto muchos versos suyos amorosos. Este robusto no sabe decir el amor `con corteses razones´, lo propio que su compañero mayor Almafuerte. Su gracia es pesada: su insinuación elefantina. La novia no recibirá sin asombro sus obsequios. Su `bouquet´ es un arbusto. Su abrazo no tiene preliminares: es la posesión y la fecundación. No debe seguir las maneras de los poetas galantes".

Según la profesora María Inés Cárdenas de Monner Sans, cuando Lugones conoció a Emilia Cadelago "ya no estaba Darío para leer las composiciones en donde, ahora sí, aparecen las princesas, duquesas y garzas inspiradas por esta joven musa que vino a dar por tierra con la mesura y el recato de quien se jactaba de ser un `marido fiel´. Además hizo resucitar en él un verdadero caudal sexual que ya conocíamos en su obra erótica publicada, aunque no dirigida especialmente a una mujer. Todos sus afanes, cuando se dirige a su amada, no son con alusiones groseras. Lo sexual está relacionado con palomas, nardos, azucenas y el lirio, fundamentalmente el lirio, que son símbolos sexuales fácilmente rastreables en sus cartas de amor y en varias poesías. Son poesías amatorias, algunas eróticas, otras amorosamente ingenuas, de romántica ingenuidad" (1).

El poeta Juan José Hernández remarcó que el mito de la luna es una constante en Lugones, y lo relacionó con una inclinación amorosa

del poeta por las adolescentes. “Muchos de sus poemas amorosos están bajo el influjo de la triple diosa luna y sus cambiantes fases, que se identifican con la doncellez, la madurez y la decrepitud de la mujer. Así, el elemento libidinoso –dirigido sobre todo a las muchachas núbiles- resulta obsesivo. Las peligrosas Lolitas de Nabokov, pero sacralizadas por el signo luna-doncella, primera fase del ciclo lunar que remite a una imagen casi infantil, y por lo tanto prohibitiva, que da origen a sentimientos de afirmación viril, de culpa y de renuncia sexual” (2).

Y Beatriz Sarlo señala lo que a su juicio constituye una paradoja: “La relación con esa joven mujer que busca *Lunario sentimental*, relación tardía en la vida de Lugones, lo devuelve no a la experimentalidad de ese libro, sino a la prosa cargada de imágenes que vienen del posromanticismo, el modernismo y el decadentismo. Lugones, cuando ama, regresa al repertorio de imágenes que ya ha sido consagrado y, en parte, criticado por él mismo. Emilia Cadelago buscó a Lugones para poder leer *Lunario sentimental*; recibió, en cambio, una serie de cartas de amor, cuyo estilo pasa por alto las experimentaciones de esos poemas” (3)).

Mi tórtola de amor:

Me dejaste en el éxtasis con tu claridad y en él sigo inundado de dulzura. El sabor de tus labios queridos permanece en mi boca con un gusto de flor, que es el tuyo, mi diamela, y hasta el vacío de mis brazos conserva toda la suavidad de tu cintura. La divina peregrinación desde los piecitos adorados que al fin acaricié como quería, dándoles el gozo de los siete jardines que te crispaba con intensidad enloquecedora, me arrebata en su desvarío, que fue el tuyo también, ¿no es cierto mi dulzura? Y sin embargo, de dos cosas me quedé pesaroso: de no haberte besado una vez más los pies antes de partir, mi princesa, y de que no pasaras para verte otra vez, como de costumbre. ¿Te duraron las ojeras que te saqué y que te pusieron tan preciosa? Cuéntame esto, no te olvides de mí chiquitita. ¿Y tus manos amorosas por donde se iba, dedo a dedo, la caricia inédita difundida en delicia hasta las entrañas? ¿Y los pichoncitos bajo el beso que tú misma les llevaste desde la garganta humedecida por el rocío del lirio que es tu cetro? ¡Me he repetido tantas veces tus palabras de deliciosa locura! ¡He vuelto tantas al sitio donde la leoncita me devoraba hasta morir, para darle mi sangre, mi vida, mi desesperación, mi locura, todo! Nunca te vi tan preciosa, tan amante, tan dueña de mi amor. No dejes mi vida de contarme tus recuerdos como yo lo hago. Hazme feliz otra vez con

lo que me digas. Dámelo todo, mi gacela, mi llamita encendida. Cuéntame las soledades del jardín de tus brazos. Y no llores, no te acobardes, no temas. Guárdame una cintita como tú sabes, después de varias noches, a la hora de nuestro amor. Esta vez no sé si quiero hablarte sino así, envuelto por mi madreselva, sediento de mi ánfora de plata. Con mi boca pegada a la tuya, a pesar de la distancia, uno contigo hasta la muerte como entonces, como siempre, hasta la eternidad. Toma otra vez mi vida, mi sangre, devóralas mi alma, palpitante de agonía como te vi, como te acaricié, dueña de tu m. Que te desea más que nunca, extenuado, moribundo de tus caricias.

("Lunes, 6 de julio de 1953.

Hablamos de un escritor que insiste en su calidad aristocrática.

BIOY: Y con qué grosería.

BORGES: Es que la idea de aristocracia es una idea grosera. ¿Te acordás de la torva aristocracia del soneto de Lugones? *Abrióse con erótica eficacia / tu enagua de surá, y el viejo banco / sintió gemir sobre tu activo flanco / el vigor de mi torva aristocracia.* ¿Por qué torva? Cuando el banco cruje bajo el vigor de su torva aristocracia se muestra como un compadrito, o peor, como un compadrón: la torva aristocracia es un ejemplo de sentimiento de malevo. Pensá que ese verso aparece en un libro titulado *Los crepúsculos del jardín*… Pensá que trata de ser exquisito. ¿Por qué no escribe en lunfardo? No sólo habla de aristocracia, sino de su aristocracia. Parece difícil hablar delicadamente de aristocracia y, peor aún, de la propia. No creo que sus modelos franceses fueran tan groseros.

BIOY: Se ve a sí mismo convertido en un macho cabrío. *Tus rodillas exangües sobre el pinto / manifestaban la delicia inerte, / y a nuestros pies un río de jacinto / corría sin rumor hacia la muerte.* Lo de las rodillas exangües que manifestaban la delicia inerte está muy bien.

BORGES: Manifestaban es perfecto. ¿Vos crées que tenía razón Ibarra? ¿Qué el río de jacinto es el semen?

BIOY: ¿Qué otra cosa puede ser? La verdad es que no pudo decirlo mejor.

BORGES: Lo que puede mejorar esos poemas, por lo menos novelescamente, es la probable circunstancia de que no describan experiencias reales. Que correspondan a un mundo imaginario. Que mientras tanto el autor viviera con su tío en una casa de pensión” (4)).

NOTAS

1.- María Inés Cárdenas de Monner Sans, *op. cit.*

2.- Alejandro Margulis, *Los libros de los argentinos*, Editorial El Ateneo, 1998.

3.- Beatriz Sarlo, *op. cit.*

4.- Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Editorial Destino, 2006.

Los martinfierristas

¡Qué distinto era con Emilia que con el resto de la gente!

Él sabía que de a poco se había ido convirtiendo en una figura intimidante. Algunos decían que su vocabulario, hosco y ajeno, no dejaba otra opción que la de recurrir a cada rato al diccionario. Lo acusaban de opulencia idiomática, y hasta opinaban que su criollismo –que en un principio podría haber resultado auténtico- terminaba sonando retórico, casi rayando la provocación (1). Y no hablar de su erotismo, que según sus críticos bordeaba el ridículo. *Yo fui el mar y tú la perla / que de tu seno nacida / le da en sí mismo absorbida / mayor ansia de beberla. / Y desvelado en mecerla / fiel dragón de su tesoro / muda de ímpetu sonoro / en suspirada caricia, / y le ofrece su blandicia / volcada en arenas de oro.* Qué podían entender.

Sin embargo, su obra contó con el respeto de los círculos literarios más diversos. Cuando le concedieron el Premio Nacional de Literatura, firmaron la solicitud desde Alfonsina Storni hasta Jorge Luis Borges, pasando por Ricardo Güiraldes, Conrado Nalé Roxlo, Manuel Gálvez, José Ingenieros, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada y Alberto Gerchunoff. Prácticamente nadie quedaba fuera de la lista, aunque

muchos lo hubiesen criticado tantas veces. Era una gloria literaria, tanto nacional como internacional.

Pero algunas actitudes lo irritaban. Macedonio Fernández, por ejemplo, se había atrevido a disminuirlo con una frase absolutamente irrespetuosa. “Este muchacho Lugones, tan trabajador, ¿cuándo se decidirá a darnos un libro?”, escribió, cuando él ya había publicado más de treinta.

Las vanguardias parecían empeñadas en negarle méritos y en ignorar su apuesta a la diferenciación estilística. Él era el primer modernista empeñado en desandar caminos, pero parecía que no se daban cuenta. El grupo de Florida, que en general lo trataba con respeto y en cuya revista *Martín Fierro* a veces publicaba, parecía que necesitaba cometer algún tipo de parricidio para demostrar su originalidad. En realidad, los jóvenes que allí se reunían pertenecían a diferentes grupos. Había poetas como Conrado Nalé Roxlo o Córdova Iturburu, con procedimientos similares a los suyos, y grupos más iconoclastas y rebeldes, que pretendían romper con los presupuestos estéticos de la generación anterior.

El director de la revista, Evar Méndez –un modernista que lo admiraba-, le había dedicado una nota de tapa donde lo describía como “la cabeza más alta y firme de la América intelectual”. Pero permitía que los jóvenes redactores hicieran cualquier cosa. Porque quién podía, en su sano juicio, soportar abrir un día la revista y encontrar su propia caricatura junto a un cañón, con casco, tocando la lira y portando al cinto una inmensa espada. O leer, con las iniciales de Eduardo González Lanuza, irreverencias como ésta: “En aqueste panteón / yace Leopoldo Lugones / quien, leyendo *La Nación* / murió entre las convulsiones / de una autointoxicación”.

Evar Méndez también permitió que Lazcano Tegui, con su seudónimo de El Vizconde, se diera el lujo de publicar esta bajeza: “fue don Leopoldo Lugones / un escritor de cartel / que transformaba el papel / en enormes papelones. / Murió no se sabe cómo / esta hipótesis propuse: / fue aplastado bajo el lomo / de un diccionario Larousse”.

En un artículo muy comentado en su momento (que sin embargo nunca quiso volver a publicar), Jorge Luis Borges sometió a juicio sumario, y condenó, los procedimientos poéticos modernistas por ridículos. En tono paródico, y sin disimular el fastidio que le inspiraba, se ensaño con su poesía y describió sus lecturas de la tradición gauchesca como grandilocuentes y vacías. Pero el colmo de la provocación llegó cuando apareció un extenso "Romancillo" que en su última estrofa decía: "Se hundieron los cielorrasos, / creparon los bandoneones; / el azar jugó la taba; / Zarathustra y los mormones / tocaron el astrolabio / en un casal de sifones; / y todos, el caballero, / el ermitaño, sus leones, / los trenqueláuquenes asados / y el reloj de plaza Once / oyeron que en su agonía / dijo el Caballero a Borges: / -¡Qué malo es el Román-Cero / de Don Leopoldo Lugones!".

Acá no sólo habían intervenido los díscolos de siempre, Oliverio Girondo (en cuya casa se organizaban reuniones movidísimas a las que nunca sería invitado), Leopoldo Marechal (quien llegaría a rebautizarlo como Leogoldo Lupones) y Jorge Luis Borges, el temible joven iracundo. También había sido arrastrado Evar Méndez.

Más allá de los dardos humorísticos, el tema era profundo. Confundían oscuridad con profundidad, cuando el fin supremo del verso era agradar. No comprendían –o no querían comprender- que él pulía tan cuidadosamente sus versos que los volvía diáfanos y accesibles aun para los niños (2).

La verdadera poesía exige un lenguaje medido y rimado. La rima, en particular, pone su nota específica. Rima pobre equivale a verso malo, y estos advenedizos se permitían burlarse de su azul rimado con tul. *Sueña la hora: va la tarde, con su traje violeta, a soltar deshecho en bruma su postrer moño de tul ¡Qué llorosa está la tarde! / Algo sufre, algo la inquieta / Tiene lágrimas el fondo / de su gran mirada azul.* Ritmo, rima y metáfora. Para el arte verdadero, toda innovación terminaba siendo subversiva.

Jorge Luis Borges era el más lúcido del grupo, el más inteligente. Él había leído *Fervor de Buenos Aires, Inquisiciones* y *Luna de enfrente*.

Ahora había aparecido *El tamaño de mi esperanza,* que por supuesto también había leído.

Leía a los jóvenes, estaba al tanto de todo lo que sucedía, y ese año de 1926 era especialmente prolífico, con textos como *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, y *El juguete rabioso* de Roberto Arlt, en el que emergía una nueva narrativa urbana con sus pequeños burgueses, sus oportunistas y sus pícaros. Nada que él valorase, por cierto, a pesar de que justamente en ese libro se le hiciera un homenaje: cuando los personajes entran a robar libros, el primero que toman es *Las montañas del oro*, ya que lo valorizan como un libro agotado y calculan que podrán venderlo por diez pesos.

Su nombre era sinónimo de escritor y un artículo suyo abría las puertas del prestigio. Jamás escribiría una letra sobre Borges, y en cambio premiaría a Güiraldes con el espaldarazo de un extenso artículo en *La Nación* sobre *Don Segundo Sombra,* que apareció en la primera página. *Realizar este libro con maestría, conseguirlo en cerca de cuatrocientas páginas desarrolladas de un tirón, sin fábulas ni sorpresas, es un esfuerzo triunfal nunca igualado entre nosotros. La prueba decisiva del verdadero escritor. Libro generoso y fuerte. Patria pura.* Su entusiasmo era genuino: había encontrado a su sucesor (3).

En agradecimiento, Güiraldes le envió un libro dedicado "a Leopoldo Lugones, gaucho, este ejemplar, de chiripá, de mi libro que se honra con haber merecido su elogio". *Don Segundo Sombra* se constituiría en un enorme éxito, y poco después su autor recibiría el Premio Nacional (4).

Con respecto a Borges –un joven demasiado enfático que sin embargo profesaba el culto del helenismo-, más allá de la propensión o la negación de la rima, sus diferencias pasaban por una cuestión de tono. El joven se pretendía intimista, para nada altisonante, y él, en cambio, escribía desde la cumbre, en voz alta. Pero intuía que en el fondo lo admiraba y sería el encargado de situarlo en el mismo pedestal en el que él había situado a José Hernández.

(Borges fue siempre ambiguo con respecto a Lugones, aunque con el tiempo llegó a reconocer la enorme deuda generacional que tenía con él. En su libro *Leopoldo Lugones*, escrito en colaboración con Bettina Edelberg, explica las rebeldías martinfierristas de esta forma: "No demorábamos los ojos en la luna del patio o de la ventana sin el insoportable recuerdo de algunas imágenes de Lugones; no contemplamos un ocaso vehemente sin repetir el verso *Y muera como el tigre el sol eterno*. Yo sé que nos defendíamos de esa belleza y de su inventor. Con la injusticia, con la denigración, con la burla. Hacíamos bien: teníamos el deber de ser otros" (5).

Al morir Lugones, Borges escribió una nota necrológica en la revista *Nosotros*: "Decir que ha muerto el primer escritor de nuestra república, decir que ha muerto el primer escritor de nuestro idioma, es decir poco". En el prólogo a la *Antología poética de Lugones*, lo describe como "autoritario, soberbio y reservado", aunque señala que fue generoso al incluirlo como vocal en la SADE, de la cual era presidente. "Siempre fue un hombre honesto", concluye, para luego remarcar que en sus cambios políticos jamás hubo especulación.

Y en el prólogo a *El hacedor*, imagina un encuentro inexistente en la Biblioteca del Maestro, donde finalmente consigue la aprobación del poeta:

"Los rumores de la plaza quedan atrás y entro en la Biblioteca. De una manera casi física siento la gravitación de los libros, el ámbito sereno de un orden, el tiempo disecado y conservado mágicamente. A izquierda y derecha, absortos en su lúcido sueño, se perfilan los rostros momentáneos de los lectores, a la luz de las lámparas estudiosas, como en la hipálage de Milton. Recuerdo haber recordado ya esa figura, en este lugar, y después aquel otro epíteto que también define por el contorno, el árido camello del *Lunario*, y después aquel hexámetro de la *Eneida*, que maneja y supera el mismo artificio:

Iban obscuri sola sub nocte per umbram.

Estas reflexiones me dejan en la puerta de su despacho. Entro;

cambiamos unas cuantas convencionales y cordiales palabras y le doy este libro. Si no me engaño, usted no me malquería, Lugones, y le hubiera gustado que le gustara algún trabajo mío. Ello no ocurrió nunca, pero esta vez usted vuelve las páginas y lee con aprobación algún verso, acaso porque en él ha reconocido su propia voz, acaso porque la práctica deficiente le importa menos que la sana teoría.

En este punto se deshace mi sueño, como el agua en el agua. La vasta biblioteca que me rodea está en la calle México, no en la calle Rodríguez Peña, y usted, Lugones, se mató a principios del treinta y ocho. Mi vanidad y mi nostalgia han armado una escena imposible. Así será (me digo), pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos y de algún modo será justo afirmar que yo le he traído este libro y que usted lo ha aceptado".

Dice Ivonne Bordelois: "Hoy leemos a Lugones, inevitablemente, desde Borges. Primero antagonista y luego sucesor, Borges fagocita en cierto modo a Lugones y lo transforma en la estrella que lo precede y lo anuncia en el firmamento de la literatura argentina". Según la lingüista, cuando Borges señalaba los múltiples cambios políticos de Lugones, hablaba indirectamente de sus propios cambios: "Recordemos que también la cambiante evolución política de Borges lo aproximará con el tiempo a Lugones y a su vocación por la hora de la espada. Giro decisivo, ya que en sus comienzos, junto con algunos de sus colegas de *Martín Fierro*, Borges había apoyado a Yrigoyen. Pero Borges se recuperará con el tiempo de sus opciones políticas, mientras que Lugones no llegará a hacerlo". Sin embargo, la diferencia es grande: mientras Lugones creía que sus tomas de posición eran decisivas en los proyectos nacionales, la relación de Borges con la política fue siempre meramente circunstancial.

Belisario Tello plantea un paralelismo entre el estilo poético de Lugones y sus posturas ideológicas. "Nuestro poeta ha pasado por todas las escuelas literarias en busca de sí mismo, tal como lo exigía su inquieto espíritu y su noble ansia de verdad, pero en ninguna de ellas se detuvo", dice. "Su obra misma es tan contradictoria como variada y sus cambios de opinión tan frecuentes como sus mudanzas de estilo" (6).

Para Noé Jitrik, ambos aspectos están íntimamente relacionados: "En un principio, la relación es armónica: el anarquismo juvenil justifica el tremendismo poético inicial de *Las montañas del oro*. Cuando eso se calma, tal vez gracias a la lección del maestro Rubén Darío, y conduce la inspiración hacia zonas impregnadas del simbolismo finisecular (me refiero a los poemas perfectos de *Los crepúsculos del jardín)*, se produce al mismo tiempo su paso al incipiente socialismo, cuya emergencia se vincula con el fenómeno inmigratorio y las nuevas ideas que cunden en el mundo, y en ello también hay congruencia" (7).

Según este autor, al adherir al gobierno de Roca, el poeta celebra sus fastos con poemas "de gran maestría, pero en los que lo artístico se subordina a lo intencional ideológico y tiende a perderse, así como se va perdiendo la vibración individual". Cuando Lugones finalmente apoya el fascismo, "el arte de la lengua ha quedado lejos, ya no es más motivo de búsqueda o de indagación, sino de puro instrumento, el autoritarismo ha ocupado igualmente el espacio de la vibración verbal".

¿Cómo se lee hoy a Lugones?

"Nadie ignora que el virtuosismo es la virtud más aborrecida: Leopoldo Lugones tuvo la desdicha de identificarse, en la tradición literaria argentina, con un virtuosismo difícilmente superable. A veces, sin embargo, brota de él un verso que viene de un manantial único" (Ivonne Bordelois) (8).

"Aunque dejara de leer a Lugones, seguiría no obstante escuchando su acento en los mejores poetas argentinos. En Borges, por ejemplo, que lo admiraba y comparaba su genio verbal con el de Quevedo. Borges sabía de memoria un soneto que se titula, si mal no recuerdo, *Alma venturosa*, y comienza: *Al promediar la tarde de aquel día, / cuando iba mi habitual adiós a darte / fue una vaga congoja de dejarte / lo que me hizo saber que te quería.* Era fantástico oír el soneto recitado por Borges, que marcaba con énfasis los acentos. Con Lugones ocurre que parecen haberse ensayado y agotado todas las posibilidades del verso en la poesía argentina. Para no hablar de la rima, que emplea con virtuosismo, sin miedo al ridículo. ¡Rimar *gorila* con *axila*!" (Juan

José Hernández) (9).

"Alejandra Pizarnik me decía que había encontrado un verso bueno en Lugones, que hablaba de una niña que salía del mar desnuda y nombraba sus *senitos benjamines*. Una vez, leyendo a Jules Laforgue, encontré los famosos senitos benjamines. Por algo dijo Oliverio Girondo: `El mejor Lugones es un mal Laforgue´" (César Aira) (10).

"Lugones era un deportista de la rima. *Lunario sentimental* es un libro espantoso. Menos mal que escribió *Salmo pluvial, Romances del Río Seco* y, sobre todo, los cuentos de *Las fuerzas extrañas*. Lo incomparable de Lugones es su prosa, y cuando digo prosa no me refiero a *La guerra gaucha*. Eso, como decía no sé quién de *Salambó*, es una diarrea de perlas" (Abelardo Castillo) (11).

La ensayista María Pía López puntualiza que hoy "sus obras merecen sólo visitas arqueológicas, al no corresponderse con la sensibilidad contemporánea. Su vida –cómo eligió vivirla y cómo resolvió terminarla- subsumió su obra. Se podría decir que produce más literatura por sus complejas decisiones vitales que por funcionar de referencia estilística".

En efecto, en los últimos años han aparecido -con suerte dispar- obras de ficción de C.E Feiling (*Un poeta nacional)*, Eduardo Muslip (*Fondo negro)*, Jorge Asís (*Lesca, el fascista irreductible*) y José Pablo Feinmann (*El mandato*), donde aparece el poeta. También en *Los Lugones, una tragedia argentina,* Marta Merkin ficcionaliza la historia de Leopoldo, su hijo Polo, su nieta *Pirí* y su bisnieto Alejandro).

NOTAS

1.- Ivonne Bordelois, *Un triángulo crucial: Borges, Güiraldes y Lugones*, EUDEBA, 1999.

2.- Belisario Tello, *op.cit.*

3.- Ivonne Bordelois plantea una importante diferencia entre *El payador* y *Don Segundo Sombra*: Lugones "no creía demasiado en el valor intrínseco de su personaje,

y esto por razones claramente racistas. Güiraldes está lejos de comulgar con esa perspectiva, celebra al gaucho como un maestro de estilo para nosotros". Ivonne Bordelois, *op.cit.*

4.- Unos meses más tarde, un Güiraldes ya enfermo viajó a París con su mujer, Adelina Del Carril (hermana de Delia, la mujer de Pablo Neruda). Allí murió, y Lugones fue el encargado del discurso funerario en el cementerio de San Antonio de Areco.

5.- Jorge Luis Borges, *Leopoldo Lugones*, Emecé Editores, 1998.

6.- Belisario Tello, *op. cit.*

7.- Noé Jitrik, *Leopoldo Lugones, mito nacional*, Editorial Palestra, 1960.

8.- Ivonne Bordelois, *op. cit.*

9- Juan José Hernández en Alejandro Margulis, *op. cit.*

10.- Revista *Ñ*, diario *Clarín.*

11.- Abelardo Castillo, *Ser escritor*, Perfil Libros, 1997.

De la palabra a la acción

Tanto lo habían criticado cuando habló de la hora de la espada, tanto dolor y soledad sufrió por eso, cuando en realidad no había hecho más que expresar en voz alta un sentimiento general. La Liga Patriótica – institución creada por Manuel Carlés para combatir el desorden, afianzar la nacionalidad y fomentar el respeto por las tradiciones- ya había irrumpido en escena durante la Semana Trágica de 1919. Sus seguidores, jóvenes de clase alta comprometidos con el orden, se habían sumado a los policías y bomberos que finalmente lograron sofocar la rebelión en la fábrica de Vasena, y luego también colaboraron en la represión de obreros insurrectos que ordenó Yrigoyen en la Patagonia.

Él no quiso limitarse al campo de lo teórico, y en su despacho de la Biblioteca del Maestro guardó algunas de las armas destinadas a la revolución de septiembre: una docena de fusiles Mauser, un par de escopetas y varios cartuchos de dinamita que con los años lo preocuparían, ya que temió sufrir algún tipo de represalia o ser citado a declarar. Las escondía en el mismo armario de metal donde guardaba a *La Nena*, la pistola que llevaba habitualmente, como era costumbre en su tiempo: todo el mundo sabía que las armas eran necesarias, aunque no se supiera de antemano cuándo.

Por supuesto que él no era un mero político, era un luchador por una moral superior (1). Sus declaraciones eran mucho más que un exabrupto o un énfasis transitorio, transmitían un complejo sistema ideológico que él respaldaría con su prestigio literario. Su solidez le exigía entonces una participación mayor: debía convertirse en el ideólogo de la revolución.

Aunque no lo conocía personalmente, se animó a acercarse al general Uriburu en el Jockey Club y ofrecérsele incondicionalmente.

(Hay quienes aseguran que de esa reunión participó el joven capitán Juan Domingo Perón, quien en esa época se había acercado a los golpistas. Según su biógrafo Joseph Page, "Perón tuvo un participación marginal en el desarrollo de los acontecimientos, y el análisis que después haría de la revolución del treinta otorgaba un valor determinante a las acciones de un gran número de porteños que salieron a la calle en apoyo al golpe" (2). Juan José Hernández Arregui, por su parte, apunta que Perón "no lo sabía, pero al minar las bases del liberalismo de la oligarquía, al incitar al Ejército a retomar la defensa del país, preparaba una nueva época en que las masas, aliadas al Ejército, habrían de encontrar en él la síntesis de una etapa hacia la emancipación nacional de la Argentina" (3).

En cierta forma, Lugones anticipó algunas de las banderas del movimiento peronista, como el intento de un desarrollo nacional y la idea de comunidad organizada. ¿Hubiera aceptado la incorporación de las masas y adherido al peronismo? Según el historiador Federico Finchelstein, el esquema peronista constituye un desarrollo populista del *Estado equitativo* de Lugones, quien al final de su vida agregó la cruz como complemento de la espada: "La Marcha Peronista articula el concepto lugoniano y lo vincula con la visión de Perón: `Por esa Argentina grande / con que San Martín soñó, / es la realidad efectiva / que debemos a Perón´. En la marcha, la patria grande es sinónimo de la grandeza del líder:

` ¡Perón, Perón, qué grande sos! / ¡Mi general, cuánto valés! / ¡Perón, Perón, gran conductor, / sos el primer trabajador!", dice (4)).

El país necesitaba héroes legendarios y reales que sirvieran de ejemplo, y Uriburu podía encarnar el mito del salvador supremo. Él le redactaría un *Informe Confidencial*, que constituyera a la vez un programa de acción y un discurso legítimamente. *Toda revolución que se paraliza en el legalismo y en la burocracia, dejándose agredir en vez de atacar, está perdida. Su prestigio le viene de la acción depuradora y benéfica para el pueblo. Es cuestión de vida o muerte. A la opinión se la forma con actos enérgicos, justos y benéficos para la colectividad. En cuanto reina la convicción de que gobierno es débil, todo el mundo se le atreve. Entonces hay que reprimir; pero esto no crea opinión sino rencores. El pueblo quiere mano dura a condición de que sea justa.* Aconsejaba expulsar a los agitadores extranjeros, ajustar los gastos, aumentar los recursos de las Fuerzas Armadas y sanear las universidades, focos de la anarquía más desenfrenada.

Fue una buena etapa, en la que tuvo además una gran satisfacción personal: finalmente su hijo parecía comenzar a encauzarse. *Polo* había resultado un chico de pocas luces y le venía costando abrirse camino. Había intentado sin éxito ingresar en la Policía y en el Ejército, pero en los últimos años –y gracias a sus amigos de la Liga Patriótica- había podido por fin trabajar en la sección Menores del Poder Judicial y hasta dirigir un reformatorio en el pueblo de Olivera, provincia de Buenos Aires. Y ahora se encontraba cerca del general Uriburu, por su amistad con su sobrino David.

El golpe era inminente, y el apoyo del popularísimo diario *Crítica*, dirigido por Natalio Botana, resultaría fundamental. La enorme casa de Botana, en Olivos, se convirtió en uno de los puntos de concentración de quienes llevaban la estrategia de la revolución, y *Crítica* -con su tirada diaria de trescientos mil ejemplares- sería el gran movilizador. La revolución tuvo así un enorme apoyo popular.

Él jamás olvidaría su emoción de esa semana, cuando creyó que por fin el país iba a cambiar. “¿Se convenció el señor Yrigoyen de que todo un pueblo lo repudia?”, publicó *Crítica* en su tapa el 1º de septiembre de 1930. Al día siguiente, grandes titulares anunciaban: “Renunció hoy el ministro de Guerra. Culpa al presidente de la situación actual. Se anuncia la dimisión de otros ministros”. En un

recuadro, se destacaba una información de último momento: “¿Yrigoyen renuncia o delegará el mando?” El miércoles 3, la portada del diario encabezaba con esta información: “Yrigoyen se negó a renunciar. Al negarse, ha dado el golpe de gracia al desmoronamiento de su partido y provoca la bancarrota del país. ¿No oye o no quiere oír?” El jueves 4, *Crítica* aseguraba: “El presidente continúa invisible. Es unánime la convicción de que la crisis actual debe resolverse rápidamente”. Y el viernes 5, Botana escribió el titular de puño y letra: “¡Esto se acabó!”

La reacción fue inmediata: un cordón de policías rodeó el edificio del diario, mientras los cañones apuntaron a las puertas de Avenida de Mayo y los portones de Rivadavia. Algunos vecinos hicieron llegar comida a los periodistas a través de la terraza, mientras estos arrojaban la quinta edición desde las ventanas a los canillitas, que la reclamaban a gritos tras haber roto el cerco policial. Gracias a esa maniobra, se pudo sacar una sexta edición por los portones de Rivadavia.

Desde su despacho, Botana se comunicaba permanentemente con Uriburu y Agustín P. Justo, quien movía los hilos del Ejército. Pasó la noche del viernes rodeado de dirigentes políticos, y al día siguiente partió con una caravana de autos a El Palomar para solicitar a las tropas que se desplazaran hacia la Capital. Desde allí dictaba los títulos: “A las diecinueve horas, el general Uriburu asumió el gobierno de la nación. Colaborarán con él los hombres más eminentes del país. Finalizó por fin la pesadilla. Inmenso júbilo nacional”. Esa noche salió una edición especial de setecientos cuarenta y cinco mil ejemplares. La tapa estaba cruzada por una palabra en tipografía inmensa: “¡Revolución!”.

Una muchedumbre arremetió contra los baluartes del radicalismo: quemó los diarios *La Época* y *La Calle*, invadió varios comités, arrastró bustos y retratos de Yrigoyen y destruyó todo lo que halló en su casa de la calle Brasil, en el barrio de Constitución. *El Peludo* –como le decían aludiendo a un bicho sucio, retraído, cobardón, huidizo de la luz, cuya cueva es el refugio tenebroso donde se esconde después de sus correrías –fue confinado a la isla Martín García.

Al día siguiente, *Crítica* siguió adelante: “Jamás Buenos Aires ha vivido días de tan intenso júbilo. Inmensa alegría invadió a todos ante la caída de la tiranía. El 6 de septiembre de 1930 queda incorporado a la historia argentina como el más hermoso día después del 25 de Mayo de 1810. No es posible estampar toda la gloria del día de ayer, el coraje del pueblo, la nobleza de su Ejército, la valiente solidaridad de las mujeres. El delirante júbilo del pueblo argentino, que se lanzó a la calle. El gobierno ha sido depuesto por imperio del pueblo. Se ha cerrado en la historia argentina una página de ignominia, de malversación, de ficción democrática y de sangre”.

Botana no fue el único, a él también le tocó jugar un rol importante: redactar nada menos que la proclama de los insurrectos, el *Manifiesto Revolucionario* del 6 de septiembre. *Exponentes del orden y educados en el respeto de las leyes y de las instituciones, hemos asistido atónitos al proceso de desquiciamiento que ha sufrido el país en los últimos años. Ajeno en absoluto a todo sentimiento de encono o venganza, tratará el gobierno provisional de respetar todas las libertades, pero reprimirá sin contemplaciones cualquier intento que tenga por fin estimular, insinuar o incitar a la regresión.*

Aunque debió soportar los “retoques” al *Manifiesto* que hiciera José María Sarobe –un militar que respondía a Justo-, él era el intelectual de la revolución y seguramente le esperaban grandes cosas: el Ministerio de Instrucción Pública o, al menos, la dirección de la Biblioteca Nacional. Pronunció sentidas palabras en el entierro de los cadetes muertos en acción, y habló en nombre de Uriburu en el banquete organizado por los civiles que habían participado.

El primer convocado, sin embargo, fue *Polo*. Al mes de asumir, el general lo designó jefe de la sección Orden Político de la Policía Federal, con su sobrino David como subjefe. Un honor, por supuesto, y también una gran responsabilidad. Con esfuerzo, sabiendo perfectamente con quiénes contaba y con quiénes no, su hijo logró reestructurar a los trescientos policías a su cargo. Su misión era formar un cuerpo de policía política que aplacara los focos antirrevolucionarios y persiguiera a todo opositor.

Porque el gobierno estaba lleno de enemigos, aun entre los que

apoyaron el golpe. Los demás –sindicalistas y anarquistas, como Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó- ya habían sido eliminados en tareas constantes y eficaces. Pero detrás de Uriburu (o de Justo, mejor dicho) habían estado los viejos liberales y conservadores de siempre. Habían dejado que el Presidente cargase con la responsabilidad histórica permaneciendo en un segundo plano, y ahora pretendían mover los hilos desde atrás.

Natalio Botana fue de los primeros en empezar a conspirar. Él lo consideraba un personaje detestable, un inmigrante enriquecido a fuerza de acercarse a todos los sectores. Se trataba además de un enemigo peligroso: la influencia de su diario era tan enorme como su cercanía a Justo, a la sazón padrino de uno de sus hijos. *Polo* estaba convencido de que *Crítica* no les permitía afianzarse en el gobierno, y se lo había comentado al Presidente varias veces.

Finalmente Uriburu firmó el decreto de clausura, concluyendo con "los desbordes perjudiciales de una prensa inmoral y mercenaria, destinada a engañar y corromper el alma del pueblo". Ordenó también la detención de Botana, de su mujer, Salvadora Medina Onrubia (una vieja anarquista que había solicitado el indulto de su correligionario Simón Radowitsky, quién había arrojado una bomba sobre el carruaje del jefe de Policía Ramón Falcón y lo había matado junto con su secretario), y de treinta periodistas. El encargado de la clausura fue, por supuesto, el jefe de la sección Orden Político.

"No hay quien se atreva a cerrar *Crítica*", había dicho Botana unos días antes. Esa noche, diez agentes irrumpieron en la redacción, detuvieron al personal y tomaron posesión de la central telefónica. Botana no estaba allí, aunque finalmente lo detuvieron junto a su mujer en su casa de Olivos.

El mismo *Polo* se encargaría de describir sus interrogatorios a Botana en el diario *Bandera Argentina:*

"En pocas horas había adquirido ese aire de los sujetos presos en las comisarías, y recuerdo que se me presentó sin cuello y con los

botines desabrochados. Lo miré un par de segundos, lo invité a tomar asiento y le dije:

-Yo deseo saber, no para mí, sino porque me han ordenado que le pregunte, ¿cuál es el capital de *Crítica* y qué clase de ayudas recibe usted?

-Es inútil que pretenda interrogarme: no hablaré sino lo que me convenga. Además todas mis cosas son absolutamente correctas. Quiero agregarle que espero salir pronto en libertad y que *Crítica* reaparecerá con mayores bríos que antes.

-¿Usted lo cree?

-Estoy seguro. Hay mucha más gente de la que usted supone interesada en ayudarme.

-Deseo preguntarle otra cosa: ¿tiene alguna queja con respecto al trato que se le da en Orden Político?

-No, sólo protesto porque cuando me detuvieron las otras noches, tuve que permanecer sentado en una silla en una pieza oscura y fría. Desearía también que se llamara a mi médico, el doctor Eduardo Mariño.

-¿Nada más?

-Usted sabe que yo no voy a pedirle nada en absoluto; pero quiero saber si podría verme con el General Justo.

-Quién sabe si él quiere verlo a usted.

-Estoy seguro de que si le dicen que quiero hablarle, vendrá en el acto. Tengo motivos fundados para suponer que el General Justo me ayudará eficazmente.

-¿A qué obedece esa seguridad?

-A la ambición de los hombres y a otra causa más. El general Justo se siente Presidente…

-¡Pero eso es un disparate! –lo interrumpí-. El general Uriburu no piensa dejar el gobierno por ahora.

-Sí, pero estamos en mayo; de aquí a fin de año pueden suceder muchas cosas.

-¿El general Justo le ha dicho algo? –pregunté con ingenuidad para ver si lo hacía hablar.

-No; pero se siente candidato: sé que ya habla de proyectos gubernativos. ¡Ya verá usted, cuando vuelva a la normalidad!

-¿Y qué tiene que ver eso con usted?

-El general Justo necesita un diario popular y de antemano está entregado a *Crítica*. Acuérdese de lo que le digo".

Las predicciones de Botana resultaron ciertas: acorralado por los militares liberales, Uriburu aceptó llamar a elecciones. Él se sintió traicionado. Había creído apoyar un movimiento netamente nacionalista, y había dedicado todos sus esfuerzos a profundizar la revolución e impedir que se retornase al fraude electoral.

En esa época le escribió a Emilia: *Fumo por no hacer algo peor, que no debo porque han vuelto para mí los tiempos de guerra en mi acostumbrada soledad ante la canalla que surge por todos lados, insolente ante la traición que se cree impune y decidida esta vez al aplastamiento definitivo. Veremos. Veremos, porque me batiré hasta el fin, transformando el dolor, déjame que diga nuestro dolor, en virtud heroica. Por eso te hice decir que no me escribieras. Ha renacido el espionaje de los días anteriores a la revolución, pero con la desventaja de que ya no tengo para anularlos a las personas fieles de entonces. Yo mismo las separé de mi cercanía, consiguiéndoles ascensos que los han llevado a otra parte, y que merecían en premio a esa misma fidelidad. Ahora estoy solo, odiado y sospechado, enteramente solo con mi corazón.*

De todas maneras, decidió adherir a la candidatura de Justo, que al menos provenía de las filas golpistas. *Cometido el error de convocar a elecciones generales antes de haber acabado la obra indispensable de la Revolución, ésta sigue su curso, a despecho de los políticos, determinando, por reacción de los hechos, la candidatura exclusiva del presidente que deberá consumarla. Esa, y ninguna otra, porque es la única que resulta viable, al reunir exclusivamente también las condiciones imprescriptibles de la posibilidad: ser el general Justo un jefe de la Revolución.*

Su ingenuidad le permitía suponer aún una cierta continuidad.

NOTAS

1.- Alfredo Canedo, *op. cit.*

2.- Joseph Page, *Perón, un biografía*, Javier Vergara Editor, 1984.

3- Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional,* Editorial Plus Ultra, 1960.

4- Federico Finchelstein, *La Argentina fascista,* Editorial Sudamericana, 2008.

El intelectual orgánico

Al asumir Agustín P. Justo, *Crítica* reabrió sus puertas y Natalio Botana emprendió una fuerte campaña contra *Polo*. Aunque su detención había sido privilegiada (tenía cocina, comedor, baño y dormitorio, cada ocho horas se turnaban mucamos de guantes blancos que lo servían, su asistente personal iba todas las mañanas para ayudarlo a vestirse y podía recibir amigos e invitarlos a comer), la misión de aplastarlo lo llego a obsesionar.

Escribió, por ejemplo, que ya en la época en que su hijo adolescente se había postulado para entrar en la Policía, había fundado su solicitud en un plan inventado por él mismo para hacer declarar a los criminales por medio de torturas. Y que durante su actuación en el reformatorio de Olivera, había flagelado a los menores a su cargo y hasta había abusado sexualmente de algunos de ellos.

Pederasta. *Polo* un pederasta. Él hubiera hecho cualquier cosa por borrar eso, hubiera llegado a arrodillarse con tal de destruir un escrito que enlodaba de esa forma a su familia. Para colmo, se rumoreaba que durante un interrogatorio, la mujer de Botana había recordado un viejo episodio. Él ya conocía esa versión atroz: decían que a los nueve

años, durante unas vacaciones en el campo, habían encontrado a *Polo* violando una gallina.

Su hijo había tenido a Botana en su poder durante cien días, al igual que a Salvadora Medina Onrubia y a algunos de sus colaboradores, como Pedro Scapuscio y Eduardo Bedoya, a quién, según *Crítica*, habría llegado a torturar personalmente y obligado a pasar algunas noches de invierno, desnudo y mojado, en el *triángulo*, un cubículo de reclusión al aire libre. Llegaron a decir que el director de la Penitenciaría Nacional no sabía qué hacer con prisioneros tan influyentes, y una noche, para auxiliar a Bedoya, le ofreció coñac, lo que le provocó una intoxicación más perjudicial que el enfriamiento.

Según el diario de Botana, a los detenidos les ponían las manos en presas de papel hasta quebrarles los dedos, y eran colgados cabeza abajo y sumergidos hasta los hombros en el *tacho*, un balde lleno de excrementos. Justo antes que se ahogaran los sacaban, los acostaban en el suelo y terminaban aplastándolos con una placa de metal. A un prisionero calvo le vertieron alcohol gota a gota sobre el cráneo: “El líquido le quema los ojos. Y como no puede moverse, como no puede evitar la tortura, se agita desesperadamente, lo que agrava la situación porque el cable con que le han atado los pies le penetra en los tobillos, hace una llaga y ya está rozando el hueso descarnado”. Además, *Crítica* aseguraba que su hijo había inventado un aparato demoníaco, al que llamaban picana eléctrica. Un dispositivo que descargaba electricidad en los testículos o en las encías de aquellos a quienes querían sacar información, a los que acostaban previamente en una camilla.

Las torturas eran ilustradas con grandes dibujos, que podían ocupar media página. Publicaron también un retrato de *Polo*, con flechas que equiparaban sus rasgos fisionómicos con características delictivas. En la parte inferior, una foto del Petiso Orejudo completaba la tipología lombrosiana (1).

Para defenderse, su hijo decidió describir en *Bandera Argentina* su actuación en Orden Político. En innumerables notas de tapa, relató todo lo que le había tocado investigar: las conspiraciones, los innumerables contactos de Botana (que hacían que los políticos

olvidasen “las burlas, las insidias y las injurias para compartir poco después su mesa bien tendida”), el prontuario de Salvadora Medina Onrubia.

Polo también se refirió a sus interrogatorios, y negó cualquier tipo de apremio ilegal: “En la leyenda de las torturas hay aspectos indudablemente cómicos por lo inverosímiles. Jamás he tenido necesidad de valerme de otros medios que los naturales. Hay que partir del principio de que en un interrogatorio gana la partida el más inteligente, el más astuto o el de mayor voluntad. Los detenidos llegaban con tal pánico, que en más de una ocasión fue preciso convidarlos con un café reparador”. Aunque la lucha era desigual, *Bandera Argentina* logró aumentar su circulación cuando la serie de *Polo* fue anunciada mediante una campaña de afiches. Pero estos fueron retirados de las paredes por orden de la policía de Justo.

Él respaldó a su hijo en ese momento y hasta llegó a batirse a duelo en su defensa. No podía concebir, no le podía entrar en la cabeza, la idea de que las acusaciones fuesen ciertas. Además, sabía que defendiéndolo, defendía también al general Uriburu. Y sentía que ése era su deber.

(Griselda Gambaro advierte sobre el rol del intelectual orgánico, aquel que resigna su sentido crítico por su cercanía al poder. “Los intelectuales nunca hemos tenido incidencia, si alguno la ha tenido es porque ha sido lacayo del poder. Personalmente me importa que, si tengo un discurso más o menos coherente, ese discurso llegue a los que me rodean. No pretendo que llegue al gobierno, desconfío de hacer buenas migas con el poder” (2).

La idea del intelectual orgánico pertenece a Antonio Gramsci, quien se inspiró en Nicolás Maquiavelo: el consejero del gobernante moviéndose entre bastidores, la eminencia gris. Sin embargo, según recuerda Juan José Sebreli, “Maquiavelo pudo escribir, en el destierro, un clásico del pensamiento político, *El príncipe*, porque su candidato político, César Borgia, había sido derrotado. Parecería que ése es el destino de todos los pensadores que tratan de comprometerse con la acción política. Si los gibelinos no hubieran sido vencidos –también Dante fue un desterrado- , tal vez *La Divina Comedia*, donde sus

enemigos políticos, los güelfos, sufrían en el infierno, habría sido distinta” (3).

En el siglo veinte, los regímenes totalitarios de todas las orientaciones contaron con intelectuales que los apoyaron: “George Lukacs con Stalin –al igual que Heidegger con Hitler- estaban convencidos de comprender mejor la naturaleza del hecho político que los propios dictadores. Ninguno de los dos logró su propósito; los dictadores ni siquiera repararon en su existencia y los burócratas los relegaron a papeles secundarios en regímenes en los que siguieron creyendo con reticencias y manteniendo sus críticas en silencio. Hitler prefería tener maestros de pensamiento tranquilizadoramente muertos, como Schopenhauer y Nietzsche”, continúa Sebreli.

Hubo sin embargo algunos ejemplos paradigmáticos, como los de André Malraux, ministro de Cultura de Charles de Gaulle, y Jorge Semprún, que ocupó el mismo cargo durante el gobierno de Felipe González. En ambos casos – y a diferencia de la Argentina democrática- se trató de proyectos políticos donde la cultura cumplió un rol estratégico dentro de la estructura del Estado.

Muchos escritores se incorporaron al proyecto de Raúl Alfonsín. A las reuniones del Centro de Participación Política de la Unión Cívica Radical, en su sede de la calle Hipólito Yrigoyen, concurrían Luis Gregorich, Martha Mercader, Manuel Antín, Beatriz Guido, Pacho O ´Donnell, Marcos Aguinis, Carlos Gorostiza, Santiago Kovadloff y María Esther De Miguel, quienes luego serían funcionarios culturales de su gobierno. Alfonsín recibió también el apoyo del Club de Cultura Socialista, fundado por José Aricó y Juan Carlos Portantiero, un intelectual de formación marxista que había adherido al peronismo revolucionario y debió exiliarse en México, donde viró hacia posturas de centroizquierda. Fue asesor del Presidente y uno de los redactores de su famoso discurso de Parque Norte en 1985.

Aunque las condiciones aparentemente estaban dadas para que la cultura recuperase un rol preponderante, del impacto de la dictadura había surgido otro país. Según recuerda Beatriz Sarlo (que integraba el Club de Cultura Socialista), “en los ochenta, con la transición democrática, pensamos que la Argentina tenía una nueva posibilidad

de reencontrarse con las tradiciones políticas y culturales anteriores. Creo que nos equivocamos: el país había cambiado y esa posibilidad ya no estaba. Pero ése era nuestro imaginario, y creo que también era el imaginario del doctor Alfonsín" (4).

En los años noventa, la presidencia de Carlos Menem introdujo fuertes cambios culturales que terminarían haciendo eclosión en la crisis de 2001. Sin embargo, no hubo desde el campo intelectual demasiada reflexión ni debate sobre las modificaciones que se estaban operando. "Cansados, descreídos o indiferentes, los intelectuales argentinos parecemos haber declinado nuestra pasión por la polémica", escribió en esa época Liliana Heker. "El consenso amable o el silencio –sospecho que resignado- han reemplazado el estado de alerta, de cuestionamiento, pero también de respeto y de interés por las concepciones ajenas. Sin duda siguen existiendo entre nosotros intelectuales y hechos culturales valiosos, pero esa trama generada por la interrelación y la contraposición de los hechos culturales, esa urdimbre compleja que conforma una cultura nacional, y que nos ha caracterizado desde la generación del 37, en el siglo pasado, hasta la multifacética y ruidosa década del sesenta, esa urdimbre es hoy tan tenue que casi ni se ve" (5).

Desde distintos cargos, trabajaron en el gobierno de Menem los escritores Pacho O`Donnell (quien paradójicamente desarrolló un excelente gestión al frente de la Secretaría de Cultura) y Jorge Asís, quien fue nombrado embajador ante la UNESCO y posteriormente, secretario de Cultura de la Nación.

Con el gobierno de la Alianza, el presidente Fernando de la Rúa inició otra etapa: la del gestor cultural en reemplazo del intelectual. "La figura del administrador cultural llegó a tener más importancia que el productor cultural, desde el momento en que son los medios de comunicación los que operan", acotó Noé Jitrik (6).

La sangrienta lección de los setenta y los sucesivos desencantos hicieron que la participación de los intelectuales resultara mucho más prudente. Según Abelardo Castillo, "en los años sesenta o hasta los setenta, podía hablarse de la misión del escritor, de su destino, de su compromiso histórico. Se hablaba de la literatura como arma, como

modo de conocimiento, como una especie de artefacto estético, en suma, destinado, aunque fuese a largo plazo, a influir sobre la gente o a cambiar el mundo. No importa que estas ideas fuesen falsas, incluso estúpidas; importa que permitían escribir y, sobre todo, que podían pensarse. Creo que ningún escritor se pregunta hoy para qué sirve la literatura, por miedo a la respuesta" (7).

Para Alan Pauls, los años setenta fueron de una intensidad difícilmente repetible. "Fue la última épica que sucedió en el país, y parecería que allí se nos dio la última oportunidad de ser pasionales. No puedo soportar la idea de que la pasión haya quedado encapsulada en los setenta, hay que dejar de pensar en situaciones ligadas al todo o nada, en pasiones con mayúsculas ligadas a una especie de tensión que sólo podía resolverse por medio de la violencia", dijo (8). Y agregó Guillermo Martínez: "Los hechos políticos, aunque hayan sido devastadores (y lo fueron) aunque parezcan invadirlo todo, aunque toquen e incluso destrocen en algunos casos la vida personal del escritor, son siempre sólo una parte. La vida no es tan mezquina, no se deja apresar por un solo lado" (9).

Con respecto a algunos autores de las nuevas promociones, dijo Diego Grillo Trubba: "Se ha dicho que esta es una generación menos comprometida. Se lo dice como acusación, no como una observación. Creo que nos tocaron condiciones particulares. Pasamos varias crisis que probablemente acentuaron nuestro escepticismo, tenemos reparos antes de creer en ciertos discursos. No es como en los años setenta, donde todavía se podía creer en un ideal fuerte. ¿En qué podamos creer?". Agregó Pablo Toledo: "Hay que considerar la acusación de que no tratamos la política desde el punto de vista de qué se entiende por política. ¿La gran política de los discursos totalizadores que dan una visión del mundo, una visión de la praxis, una visión de la intelectualidad? Sobre esa política ninguno de nosotros escribe". Y finalizó Florencia Abbate: "La cuestión de no construir un gran relato se vincula también con un cambio en el rol social del intelectual: en esa época, la clase media latinoamericana buscaba en los libros respuestas que hoy en día no busca" (10).

Al asumir Néstor Kirchner la presidencia de la Nación, nombró al intelectual José Nun al frente de la secretaría de Cultura. Pero el gran cambio se produjo recién en 2008, a raíz de la crisis generada por la

decisión gubernamental de aumentar la alícuota de las retenciones móviles a las exportaciones agrícolas, el llamado `conflicto con el campo´. Allí, un grupo encabezado por Horacio González (director de la Biblioteca Nacional), Eduardo Jozami, Nicolás Casullo y Ricardo Forster, entre otros, decidió nuclearse en *Carta Abierta*, un espacio "de participación para la discusión y la intervención en las políticas públicas, en defensa de un gobierno democrático y popular amenazado".

Kirchner se interesó en *Carta Abierta*, y a partir de allí se fue construyendo un nuevo escenario, que se tradujo en una mayor incorporación de los intelectuales a los medios –tanto oficialistas como opositores-, y la multiplicación de notas de opinión. Con el gobierno de Cristina Fernández se incrementó esta tendencia, e intelectuales como José Pablo Feinmann, Beatriz Sarlo, Juan José Sebreli y algunos otros son hoy figuras bastante convocantes.

Este hecho, de por sí positivo, se ve opacado sin embargo por la fuerte confrontación entre intelectuales partidarios y detractores del kirchnerismo. El alto grado de agresión llega a tal punto que actualmente obstruye la posibilidad de cualquier diálogo).

NOTAS

1.-Álvaro Abós. *El tábano. Vida, pasión y muerte de Natalio Botana*, Editorial Sudamericana, 2001.

2.- Griselda Gambaro en Cristina Mucci, *Pensar la Argentina*, Editorial Norma, 2006.

3.-Juan José Sebreli, diario *Perfil*.

4.-Archivo programa *Los siete locos*.

5.- Liliana Heker, *op. cit.*

6.- Archivo programa *Los siete locos*.

7.- Abelardo Castillo, *op. cit.*

8.- Archivo programa *Los siete locos*.

9.- Guillermo Martínez, *La fórmula de la inmortalidad*, Editorial Seix Barral, 2005.

10.- Revista *ADN*, diario *La Nación*.

El final

Cuesta poco imaginar cómo se sentía en esos años. Su largo combate, sus principios, planes y ambiciones, sus libros, artículos y conferencias, terminaban ahora en el cesto de papeles del general Justo, aquel viejo amigo a quien había acompañado al Perú para la hora de la espada.

Además, estaba el tema de su hijo. ¿Quién era *Polo*, a quién había gestado? Ya en su último tiempo al frente de Orden Político le había provocado un enorme dolor. Con su sonrisa irónica de personaje poderoso y su pelo engominado, se había aparecido un mañana en la casa de los padres de Emilia, en Villa Devoto. El ingeniero Cadelago y su mujer lo habían recibido con sorpresa y desconcierto. ¿Qué hacía ese funcionario del gobierno, hijo del poeta nacional, queriendo reunirse con un simple matrimonio clase media? Le pidieron a su hija que fuera a su cuarto, y allí fue que él habló.

Tenía informes, fotografías, grabaciones, y en un tono entre seco y cordial, con recomendaciones que sonaban a amenazas, les sugirió que interviniesen para separar a los amantes. Si no lo hacían, él se vería obligado a publicar todo ese material, y además le iniciaría a su padre

un juicio por insania. El temor al escándalo y la idea de imaginarlo en un manicomio terminaron por convencer a Emilia, a quien nunca más volvería a ver. Sólo pudo hacerle llegar algunas cartas, en las que reemplazó la firma con su sangre y con su semen. Le escribía una por día, a veces dos, rogándole que no lo dejara.

Mi amor adorado:

No quería escribirte bajo el signo infausto del adiós eterno que has decidido mantener, aunque el acatamiento de tu voluntad es lo único que puede ante ti mi cariño, materialmente nunca truncado por una acechanza del destino. Aquello fue una opción fatal entre dos muertes, ya que la mía habría ocasionado la otra, es decir la de nuestro amor, sin dejar siquiera la posibilidad del mísero consuelo que tú misma me pides, y que aun siendo tan doloroso, algo vale puesto que es para ti. Mi cieguita adorada, para emplear tu misma ocurrencia delicada y dulce como todas las tuyas, has de saber que mis ojos ya no existen. Salió verdad, terrible verdad, aquella broma de guardarlos atados; y todo eso, como las cartitas que recuerdas, es tan indiferente para mí como cualquier residuo inútil de algo que tuvo alma y que la perdió para siempre. Eso valía por ti, porque era tuyo, y tú ya no estás. Tu reino es como el de la estrella inaccesible y presente: un estado de adoración más allá del tiempo y de la vida. Tal es el sentido de los sonetos que te mandé y que te compuse una de nuestras tardes, sin atreverme a tocar siquiera los recuerdos de tu cariño, tan dolorosa era mi soledad y tan espantosa la inquietud de lo que en mí te gritaba con los labios pegados al sitio donde tantas veces los puse sobre tus pies queridos. El deseo purificado en aquel fuego celestial del cual eras la llamita eucarística, digo eso, que era bello, porque expresaba lo más santo que tengo de ti, y es el dolor de quererte sin esperanza.

("Cuando la amada Aglaura desaparece de su vida, se canta a sí mismo llorando su soledad sin pensar ni por un instante en la soledad y en el sacrificado amor de Aglaura", dice María Inés Cárdenas de Monner Sans.

Emilia pasaría el resto de su vida recordando al poeta. Egresada del Departamento de Letras del Instituto del Profesorado, luego se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Allí conoció a la persona a quien mucho después se confiaría, que sería justamente Cárdenas de Monner Sans. Juntas compartieron largos

paseos por la calle Florida, donde tomaban el té, visitaban librerías y las exposiciones de la galería Witcomb. Los temas de conversación eran sus gustos e intereses inmediatos, ya que Emilia nunca se refería a su pasado o a su intimidad.

Volvieron a encontrarse años después en la Escuela Normal Nº5, en la que ambas fueron docentes. Pasaron los años y Emilia seguiría viviendo siempre sola, "casi huraña", hasta que finalmente decidió que Monner Sans fuese su albacea literaria y le entregó los poemas y las cartas con la condición de que no se publicasen mientras ella viviese. En la última conversación que mantuvieron, Emilia recordó que el día de la muerte de Lugones, estando en Montevideo con una amiga, tomo un espejo para arreglarse y mientras lo sostenía en sus manos y sin golpearlo, el cristal se hizo añicos. En ese momento recordó una pregunta que le había hecho el poeta: *¿Y si un día te llamara con un grito incontenible?* "Lugones pensó en mí en el momento de morir", le aseguró Emilia Cadelago a María Inés Cárdenas de Monner Sans (1)).

En fúnebre languidez, / la tarde que a mí viniste, / yo me hallaba solo y triste / como ahora estoy otra vez. / Malo fue el gozo quizás. / El dolor era lo cierto. / Si entonces me hubiera muerto / me recordarías más.

Entre la ausencia y muerte, / la ausencia es peor, / pues mata y no alivia / de amor ni dolor.

Tan solo y tan triste, / qué va a ser de mí. / mira lo que hiciste / de lo que yo fui.

Tal vez él fuese el culpable, en su afán de fomentar una imagen que ahora terminaba condenándolo. Al escritor severo de frases rimbombantes, al cultor de los grandes principios y la moral tradicional, al marido y padre ejemplar, jamás podría permitírsele el desliz de un amor clandestino. El cincuentón enamorado de una chiquilina no tenía espacio en ese contexto. Al menos para su hijo, formado en la severidad de su propia mirada (2).

Aunque en rigor de verdad, esto de andar interceptando cartas y llamados telefónicos no tenía que ver con el honor militar. Tampoco

se podían confundir las gestas heroicas ni las muertes triunfantes en gloriosas batallas con las picanas eléctricas y los baldes de excrementos. No. Aunque algunos dijeran que *Polo* se había limitado a actuar como su espejo, definitivamente no era eso lo que él le había enseñado.

Finalmente se convenció de que su hijo era un esbirro. No un esbirro de Uriburu, por supuesto, sino de espíritus malignos. Siempre había tenido un alma débil y enfermiza, fácil presa de todo tipo de seres inferiores, que lo impulsaba a repetir actos negativos.

Cuando perdió su cargo en Orden Político, *Polo* se refugió en el escritorio de su casa, una especie de mirador con entrada prohibida. La habitación tenía una visibilidad excelente, ya que ocupaba la esquina del primer piso, y para mejorarla aún más ordenó colocar espejos en las paredes libres. Los enganchó con un sistema de poleas que permitían un desplazamiento a alturas y posiciones estratégicas, y espejó los vidrios de las ventanas de modo que la visibilidad fuese posible en un único sentido. Se entretenía controlando a sus vecinos, y en un cuaderno forrado en cuero que guardaba en una caja fuerte llevaba prolijas notas sobre sus nombres, hábitos y horarios.

Allí entro un día *Pirí*, la mayor de sus hijas. Llevaba un recorte de *Crítica* que una compañera le había dado en el colegio, el de la caricatura que lo mostraba sumergiendo en el *tacho* a un prisionero. Él la sentó en sus rodillas. “Pero hijita, cómo puede creer eso de su papá”. Intentó explicarle que había gente mala que lo envidiaba y ella no debía hacer caso a ese tipo de patrañas.

Pirí era una niña de carácter, una linda morocha, de respuestas rápidas. Involuntariamente, él le había puesto el sobrenombre. Un día lo había llamado *Polo* por teléfono. “¿Se queda en su casa, padre? Ya salimos para allá, vamos con la pibita”. Cortó la comunicación y le comento a su mujer que no había entendido bien lo que *Polo* traería, algo así como una “pirita”. Había nacido con una tuberculosis ósea que la dejaría renga para siempre, y Polo no se había ocupado del tema con seriedad. Tal vez podría haberse curado con un buen tratamiento, pero ella se sobreponía a la desgracia, hacía del defecto virtud y marchaba desafiante por la vida, adelantando la punta del pie

de su pierna más corta. Hasta organizaba carreras en el colegio, en las que sus compañeras debían avanzar caminando como ella.

Su hijo se había casado a los veinticinco años con la hija del músico Julián Aguirre. Con Juana habían frecuentado a los Aguirre durante años, y fue en una de esas reuniones cuando *Polo* conoció a Carmela, una chiquilina que andaría por los quince. En realidad, el matrimonio había sido una invención de la mujer de Aguirre, quien seguramente imaginó la unión del hijo del poeta nacional con la hija del compositor de *Aires criollos* como una especie de boda real. Se casaron enseguida, y al poco tiempo nacería *Pirí*.

Carmela tenía todas las virtudes que podía tener una mujer: era encantadora, con buenos modales y mucha clase. Pero él sabía que la joven se quejaba de la constante violencia de su hijo -tanto física como verbal-, y que *Pirí* también era presa de sus gritos y salidas destempladas. Pocos después del nacimiento de *Babú*, la hija menor, Carmela juntó fuerzas y dejó la casa con las dos niñas. Luego se unió a un psicoanalista llamado Marcos Victoria, y *Polo* también formaría una nueva pareja con una tal Sarita. Otra vergüenza más.

Él ya había bajado al infierno y vuelto, se había hallado ante la nada y había retrocedido. Se encontraba absolutamente solo, sin el sostén de sus amigos ni el prestigio político de otros tiempos, y habiendo perdido la posibilidad de amar. Con la misma pasión de siempre, decidió entonces convertirse a un catolicismo militante.

Pese a su formación familiar, durante muchos años había considerado al cristianismo como una religión de esclavos y desesperados, un quiebre histórico que al romper la síntesis griega atentaba contra la civilización. Pero el desarrollo de los acontecimientos le había hecho comprender que las consecuencias de aquel quiebre habían sido la democracia mayoritaria, el socialismo, el pacifismo y hasta el feminismo, verdadero agente de disolución (3). No se podían fundar sociedades sin religiones fuertes, su carencia sólo haría prosperar el delito y la corrupción. Además, el franquismo católico de la España en guerra hacía necesario reivindicar las raíces hispánicas y la conquista: *Lo cierto es que no obstante el incentivo del oro, precio de la libertad material para aquellos paladines a quienes iban*

dejando sin empleo las nuevas condiciones políticas y económicas, España no vino aquí a comerciar, sino a redimir. El objeto expreso y efectivo de la conquista fue la cruzada evangélica.

Mientras predicaba sus nuevas ideas, seguía con sus trabajos de siempre. Ya había llegado a su plenitud expresiva con los *Poemas solariegos* y los *Romances del Río Seco*, donde había logrado reflejar la verdadera tradición argentina y americana, un mundo al que estaba ligado no sólo por el conocimiento sino también por la sangre. En sus últimos años habían vuelto los ojos hacia las gentes sencillas de su pago viejo, descubriendo una antigüedad enterrada en el suelo natal e involuntariamente olvidada, cuando no desconocida de un modo deliberado (4).

Aunque a rigor esta vez / la ley del canto me toque, / les narraré el sucedido / del gaucho Jacinto Roque. / Tal condición de mi letra / puntualmente determino, / porque es, con perdón de ustedes, / la historia de un asesino. / Colijan de ahí la intención / que sin mengua me motiva. / La cordura, para honrada / debe ser opinativa. / No porque la calle el bueno, / la maldad sus cuentas salda. / Como la perra traidora / muerde al que le da la espalda. / En lo amable y en lo cruel / la Providencia es pareja. / Y de la misma flor saca / miel y ponzoña de abeja. / Pero culpas y delitos / en el centro se redimen / cuando triunfa la justicia / con el castigo del crimen. / Esto es lo que me propongo, / y apelo a la gente hidalga. / Si la suerte no me ayuda, / que su indulgencia me valga.

Había fundado también la Sociedad Argentina de Escritores junto a Horacio Quiroga, Borges, Leónidas Barletta y Manuel Gálvez, y seguía en su cargo de la Biblioteca del Maestro, donde recibía a sus colegas con largos soliloquios efervescentes para disimular su depresión. Ante la consideración de la mayoría, seguía apareciendo como el gran poeta (5). Atacaban sus ideas políticas sin comprender que eran parte de un todo, que él creó su poesía y pensó su política en función de la grandeza potencial de la nación. Acaso su mayor pecado haya sido un exceso de entrometimiento.

Un día le llegó un libro dedicado por Alfonsina Storni: “A Leopoldo Lugones, que no me quiere ni me estima”. Era cierto, nunca se habían entendido, él más bien había tratado de esquivarla. Hija de

inmigrantes, madre soltera, jamás la había alentado en su poesía, a la que consideraba alejada por completo de la pureza estética.

Para esa época le habían encargado una biografía del general Roca. Allí interpretaría la guerra contra el indio como continuación de la conquista católica de España, y vaticinaría que el pueblo argentino – predestinado por la espada, no obstante las apariencias y errores de un falso liberalismo – debía tener como constructores a individuos de formación cristiana y militar. *Constituye, entonces, el más alto interés nacional la conservación de las virtudes cristianas y marciales, que siendo las mismas del hogar, dan a la patria su fundamento mejor en la familia bien formada. De hogares así procedieron los constructores, pero hay todavía algo más característico. En concepto romano, y por eso no menos significativo para la presente latinidad, el estadista completo también ha de ser general; como que emperador quiere decir comandante en jefe.*

La biografía de Julio A. Roca era un viejo proyecto. En su momento él hubiese querido convivir con el general durante un tiempo para observarlo como un atento fotógrafo, pero Roca se había negado. "Terminaríamos los dos por sentirnos incómodos y al final nuestra amistad se agriaría", le había dicho, y él no había podido hacer otra cosa que aceptar. Ya era tarde ahora para escribir ese libro. *No puedo concluir la Historia de Roca. Basta. Pido que me sepulten en la tierra, sin cajón y sin ningún signo ni nombre que me recuerde. Prohíbo que se dé mi nombre a ningún sitio público. Nada reprocho a nadie. El único culpable soy yo de todos mis actos*, terminaría escribiendo en El Tropezón.

("Se suceden en su vida una serie de desaciertos y contradicciones que son como una negación de sí mismo. Lugones no sólo era un militante nacionalista, sino que tentaba arquitecturar una doctrina, y a pesar de ello se empeñó en escribir una biografía de Roca, del liberal por excelencia. Pero la contradicción mayor fue su suicidio después de haberse convertido al catolicismo", dice María Inés Cárdenas de Monner Sans (6).

Y agrega Álvaro Abós: "Antes de tragar el cianuro que lo llevaría al otro mundo, Leopoldo Lugones se tomó el trabajo de escribir, en lápiz, sobre un pedazo de papel, las siguientes palabras: *Prohibido que se dé mi nombre a ningún sitio público.* A pesar de ello, la ciudad de Buenos

Aires, donde el autor de los *Romances del Río Seco* vivió cuarenta años, bautizó una calle con su nombre. Y no es una callecita arbolada o un rincón de grato de la urbe. Llamaron avenida Leopoldo Lugones a una de sus más feas arterias".

"Uno está tentado a preguntarse: ¿Llamar Lugones a esa avenida, convertida hoy en símbolo de la degradación urbana de Buenos Aires, no habrá sido un suerte de raro castigo contra el totalitarismo y militarismo de las ideas finales del escritor? No. Fue sólo por ignorancia. Baste saber que quien firmó el decreto para bautizar la avenida que es hoy autopista fue el mismo intendente que nombró inspector de aves y mercados a Jorge Luis Borges", finaliza Abós (7)).

El destino como fatalidad, y la fatalidad como signo destructor. El hombre sólo vive para el placer momentáneo, sin detenerse a pensar que el dolor purifica. El sentido de la vida de un ser superior consiste distinguirse, y la muerte aceptada constituye su suprema nobleza: el suicidio es un accidente de la libertad. *Hasta que al fin, del propio destino soberano, / cuando ya sean inútiles la lucha o el martirio, / pondrás serenamente, como quien corta un lirio, / sobre tu último día, libertadora mano.*

En su propio nombre encontraba la clave de su destino. Allí estaban los dos signos astrológicos capitales: el espiritual, el *leo* del logos soltar, y el material, el *luna*. Elegiría un viernes para tomar aquella lancha hacia el Tigre. *Veneris diez*, el quinto día de la semana cabalística, que corresponde a la Duodécima Morada, la última de las instancias zodiacales de la Doctrina Secreta, allí donde se sitúa la destrucción de sí mismo, la derrota del ser por su propia culpa. En el plano simbólico más elevado, esa es la morada del misticismo más puro, en que se trata la aniquilación del yo personal, con sus deseos, sus pasiones, su egoísmo, para liberar en el individuo carnal al hombre divino (8). Muchas de sus explosiones retóricas acaso sólo fueran espasmos de una voluntad de autorrescate contra ese tiraje inexorable hacia abajo, vanos intentos de zafarse del pantano de esa misma oscuridad americana que Sarmiento sentía lastrándole el ser (9).

El acto creativo, como el éxtasis místico, implica una situación de absoluto donde la individualidad es abolida por un estado anterior,

cercano al alma colectiva. Son muy pocos aquellos elegidos que cumplen con su destino trágico de un modo tal que envuelva de alguna manera el destino de la patria. “¡Lo mató el país!”. Muchos sostendrían que con su muerte algo también moriría en la Argentina, una suerte de destino que unía su tragedia con la Historia.

Aquel viernes 18 de febrero hacía un calor bochornoso, húmedo, que tornaba el ambiente insoportable. Hubo dos insolados ese día: una mujer que viajaba en colectivo, en la esquina de Uspallata y Manuel García, y un vigilante de la comisaría 31 que se hallaba de servicio en Federico Lacroze y 11 de Septiembre. Pese a ser viernes, el aire recalentado y la escasez de nubes hicieron que mucha gente concurriera en masa a los balnearios.

Pasó la mañana en su departamento de Santa Fe y Uruguay, y a primera hora de la tarde llegó a su despacho de la Biblioteca del Maestro. Allí se entretuvo leyendo *La Nación*, que anunciaba el arribo de las primeras delegaciones extranjeras que asistirían a la asunción presidencial de Roberto M. Ortiz. Qué mayor prueba de su absoluto fracaso: un radical antipersonalista puesto a dedo por Agustín P. Justo, postulado por la Concordancia y elegido por medio de un fraude gigantesco.

Llamó a su mujer por teléfono y le dijo que pasaría la tarde en una isla del Delta, bebiendo algo fresco. Salió de la Biblioteca con un frasco de cianuro en el bolsillo y un ejemplar de *Los que pasaban*, de Paul Groussac. Tomó el tren en Retiro y el guarda que se le aproximó para retirar el boleto lo notó nervioso: “Pareció volver a la realidad, sobresaltándose”, declararía después al diario *Crítica*. Algunos pasajeros también hicieron declaraciones, y coincidieron en que a la altura de San Isidro se levantó de su asiento, fue hacia una de las puertas y regresó a su lugar hablando solo.

Al llegar, tomó una lancha colectiva y pidió que lo llevasen al recreo más lejano. El Tropezón, entonces. Nunca había estado allí, aunque después se dirían tantas cosas. Que llevaba a sus amantes, que pasaba allí los fines de semana. Ni siquiera lo había oído nombrar.

El viaje duró dos horas y media y lo hizo de pie, apoyado sobre la baranda de la borda. El Tigre, “ese intrincado y verde archipiélago que se alarga al noroeste de la ciudad de Buenos Aires”, como lo describió alguna vez Borges, es un sitio demandante, compromete desde el mismo momento en que se aborda alguna de las lanchas y se comienza a navegar. Él lo eligió para envenenarse y vaya a saber qué influencia habrá ejercido sobre su bisnieto, Alejandro Peralta, quien treinta años después se mataría en el mismo lugar. También su nieta *Pirí* se había sentido atraída por las islas del Delta: durante muchos años descansó allí los fines de semana, en una casita sobre el río Carapachay contigua a la de Rodolfo Walsh. Ambas casas fueron allanadas en 1976, pero ellos ya las habían abandonado.

Era grande El Tropezón, y bastante imponente. Se lo veía de lejos mientras se avanzaba por el Paraná de la Palmas, con su amplia galería, sus paredes de material y sus techos de chapa a dos aguas. Bajó de la lancha, caminó entre los álamos, los sauces y los plátanos del jardín del frente, subió las escaleras de madera y al llegar a la recepción solicitó la habitación más fresca. La número nueve le dieron, al fondo de un pasillo y al lado del baño. Pidió también una jarra con agua y un whisky –pese a que era abstemio- y ordenó que lo llamaran a las nueve y media para cenar. Nadie lo había reconocido en el recreo. Ni los demás huéspedes, ni el dueño, ni los empleados.

El cuarto era austero pero suficiente. Dos camitas de metal con colchas blancas, una mesita de luz, una pequeña mesa de apoyo en una esquina (donde ahora se exhiben viejos ejemplares de sus libros) y un espejo de cuerpo entero en la otra, frente a la cama del lado de la ventana. Se refrescó un poco y salió a dar un paseo por el amplio jardín del fondo. Allí –según asegura Mercedes María Giudici, la nieta de los viejos dueños, que todavía vive en el lugar- rompió la tapa del frasco de cianuro contra una escalera de cemento que ya no está.

Lo encontraron un par de horas después, tirado boca abajo entre la camita y la ventana. “Todavía pueden verse algunas manchas de cianuro”, muestra Mercedes, mientras señala el piso de madera. El cuarto permanece tal cual, con la jarra y el vaso en la mesita de luz, su foto enmarcada en la pared del fondo, y encima, el original de la famosa carta: *No puedo concluir la Historia de Roca. Basta* (10).

La hostería está cerrada al público desde 2004. “La gente sólo venía a ver la habitación de Lugones –comenta Mercedes con nostalgia-. Una vez, hace muchos años, vino una mujer que trabajaba con él en la Biblioteca del Maestro. Se arrojó con desesperación sobre su cama y se largó a llorar”. ¿Sería María Alicia Domínguez, la poeta con la que algunos lo relacionaron en sus últimos años? (11).

Al día siguiente, Natalio Botana tituló la tapa de su diario *Crítica* con enormes caracteres. “Se suicidó Leopoldo Lugones. La personalidad contradictoria del señor Lugones, la arbitraria línea de su acción, el violento zigzag de su trayectoria ideológica, contribuyeron por mucho a empañar y desnaturalizar buena parte de su obra literaria que, a favor de su recia personalidad de poeta, hubiera podido alcanzar una humana expresión y una trascendencia pocas veces superada en la historia de la cultura sudamericana”.

En general los medios fueron respetuosos. *La Prensa* no entró en detalles y prefirió recordar su importancia literaria: “Un artículo suyo abría las puertas del prestigio a los nuevos poetas. Su nombre fue sinónimo de escritor, tanto por su obra como por su acción”. *El Mundo* sí se refirió al suicidio, aunque con la mayor mesura: “Nunca fue número del rebaño espectador indiferente, cómodo escéptico. Dio la cara y el pecho”. Fue velado brevemente y a su entierro en el cementerio de la Recoleta, donde no hubo discursos, asistieron sólo veinticuatro personas.

“La muerte de Lugones es una gran vergüenza nacional”, comentó Arturo Capdevila. “Ha muerto de soledad, bajo un cielo ennegrecido de buitres”, reflexionó Leónidas Vidal Peña. “¡Tú, destructora tierra, tú misma de has matado!”, agregó Enrique Larreta. Pese a los desplantes, Alfonsina Storni tuvo un acto de grandeza. “Un hombre que se quita la vida por rachas cuya dirección de agujas ignoramos da con ello testimonios severos. Parece solicitar la inscripción de parecidas palabras en su lápida: `Se ruega no declamar en esta tumba ´. El mejor homenaje que puede hacérsele a un fuerte no es enterrar su tragedia con un ramo de bellas palabras, sino tratar de penetrarla sin miedo de verdad alguna”, escribió. Ocho meses después viajaría a Mar del Plata.

NOTAS

1.-Entre los pocos biógrafos que hablan de este amor de Lugones, ninguno hace mención a Juana González Luján, su mujer. ¿Se habrá enterado? Lo concreto es que no estaba bien de salud, y después de la muerte del poeta comenzó a padecer fobias extrañas.

2.-Jorge Boccanera, *op. cit.*

3.-Belisario Tello, *op. cit.*

4.-*Ibídem.*

5.- El Día del Escritor se celebra el 13 de junio, fecha de su nacimiento. Según Noé Jitrik, se consagró así un estilo, un arquetipo, "la indiscutible materia y forma del escritor, ese ejemplar humano que había aparecido hasta entonces impreciso y oscuro y que con él adquirió límite y cuerpo y, además, sitio, en un conglomerado social que en realidad no sabía dónde meterlo".

6.- María Inés Cárdenas de Monner Sans, *op. cit.*

7.-Diario *La Nación.*

8.- Bernardo Canal Feijóo, *op. cit.*

9.-*Ibídem.*

10.- "Pocos suicidas hubiesen recordado a cinco minutos de ejecutar su propia sentencia que no habían terminado un trabajo, y el *basta* que sigue a esa constatación es bastante significativo. ¿Basta con qué? ¿Con Roca? ¿O con escribir, con la literatura, con sostener un trabajo que se suele suponer gratificante?", se pregunta el poeta y periodista Jorge Aulicino en el diario *Clarín.*

11.- María Alicia Domínguez era una profesora de literatura que alternaba su actividad docente con el periodismo y la creación literaria. Además trabajaba junto a Lugones en la Biblioteca del Maestro. Durante el primer gobierno de Perón fue autora de los míticos manuales *Mamá me mima* y *Evita me ama.* Publicó treinta libros y algunos fueron distinguidos con premios nacionales y municipales.

Otra saga nacional

A pesar de todo, él había sido fiel a sus principios. *Leopoldo Lugones es uno solamente, en padre e hijo, y queda éste como guardián de mi obra,* había escrito en su testamento, y así fue como *Polo* heredó sus derechos de autor. A partir de ese momento, el viejo comisario de Orden Político creyó encontrar un nuevo rumbo: exigió que cada nueva reedición incluyera un prólogo redactado por él mismo –luego crearía su propio sello, la editorial Centurión-, organizó mesas redondas y homenajes y hasta escribió un libro exaltando la figura de su padre, que presentó en un acto en la sede de la SADE.

A los setenta y tres años, estaba casi postrado por mal de Parkinson y se movía con esfuerzo. Ya casi no veía a su familia, y la única que se ocupaba de visitarlo de tanto en tanto era *Babú*, su hija menor. Un día la llamó por teléfono desde el escritorio que hacía las veces de mirador y le avisó que estaba a punto de pegarse un tiro. Ella le rogó que la esperara, pero cuando llegó a su casa ya era tarde: el suicidio de Leopoldo había iniciado un relato que invitaba de algún modo a continuarlo.

"¡Se mató el viejo, se mató el viejo!", les gritaba *Pirí* a sus amigos.

Nunca había querido a su padre, la verdad es que lo odió. “Soy la nieta del poeta, la hija del torturador”, se presentaba desafiante. Había nacido en el momento de mayor gloria de su abuelo, a quien sin embargo no llegó a tratar demasiado.

A los veinte años se había casado con Carlos Peralta, conocido como Carlos del Peral, periodista y humorista fundador de la revista *Cuatro Patas*. A raíz de su problema de cadera, los médicos le habían prohibido tener hijos, ya que existía la posibilidad de fracturas que pusieran su vida en riesgo. Sin embargo, tuvo tres: Susana (*Tabita*), Alejandro y Carlos (*Carel*). Si bien en sus primeros años les brindo “mermeladas caseras, cumpleaños sorprendentes, cuentos e historias de hadas, besos y cuadernos forrados”, según el testimonio de su hija, después de su separación de Peralta (que ambos celebraron con una fiesta) decidió comenzar otra etapa. “Se lanzó a vivir intensamente la actividad intelectual, profesional y sentimental. Era una mujer de amores devastadores. Vivía sus relaciones amorosas como irrepetibles, dramáticas”, cuenta Horacio Verbitsky (1).

Pasó entonces a ser compañera de confesiones, militante de la casa abierta, el humo y la ginebra, amiga de fotógrafos, escritores, periodistas, publicistas, humoristas, pintores y escultores con los que sus hijos se mezclaron libremente. Seductora y de personalidad compleja, se disfrazaba y arreglaba la casa cada vez de un modo especial: ojos pintados con témpera blanca, sombreros improvisados con viejas cajas, cortinas armadas con papel metalizado, exquisiteces elaboradas a base de sobras, sombrillas japonesas como veladores o arañas (2).

En su departamento de El Hogar Obrero de la calle Rivadavia (un edificio construido por los socialistas donde había empapelado las paredes con viejos ejemplares del periódico *La Montaña* fundado por su abuelo), organizaba reuniones movidísimas. Un juego muy recordado era el de la balsa, o sea, decidir quién sería el elegido para arrojar al mar. “Eran juegos crueles, y creo que eran parte del componente agresivo de *Pirí*”, reflexiona el escritor Miguel Briante. También tenía actitudes temerarias, como la que recuerda el dramaturgo Ricardo Halac: “Una vez íbamos en auto. Yo manejaba y ella, de pronto, puso el pie en el acelerador. Me molesté mucho y le pedí que lo sacara, porque íbamos a chocar” (3). Según su hija *Tabita*,

“el suicidio era una especie de telón de fondo en la familia, en la casa” (4).

Pirí fue una figura importante en el ambiente cultural de los años sesenta. Autora de algunos pocos textos, propició la publicación de escritores jóvenes a través de la editorial Jorge Álvarez donde trabajaba, y descubrió, entre otros, a Ricardo Piglia y Manuel Puig. En las reuniones de El Hogar Obrero surgiría también el fenómeno de rock nacional. Jorge Álvarez, quien editó los primeros discos a través del sello discográfico *Mandioca*, conoció en casa de *Pirí* a Tanguito (el autor de *La Balsa* junto a Litto Nebbia) y al grupo Manal.

Era inquieta y estaba en todas partes: en el Di Tella, en la calle Corrientes, en exposiciones y conciertos. Sus amigos gozaban de su generosidad, reflejada en comidas o en un techo donde pasar los malos ratos. “Cuando uno estaba sin tener dónde ir porque lo echaba la novia o la mujer, siempre estaba su casa. Hubo un momento cuando en casa de *Pirí* vivían los escritores Ismael Viñas y Ricardo Piglia, además de mí, que dormía en el living”, finaliza Miguel Briante (5).

Uno de sus hijos, Alejandro, había nacido con una mano atrofiada por el problema de cadera de su madre, sumado a una rubéola que se contagió durante el embarazo. Tuvo que aprender a convivir con ese apéndice extraño, una especie de muñón rosado que culminaba en unos deditos flacos que no servían para nada, ni para acariciar, ni para tocar la guitarra, ni para escribir a máquina. Pero él sabía manejarlo y casi nadie se daba cuenta, lo ocultaba con el saco o con alguna carpeta, y mientras tanto hablaba. Hablaba tanto que casi nadie se detenía a mirarle el brazo, que por otra parte movía con bastante naturalidad.

Alejandro abandonó la intensa vida de El Hogar Obrero para irse al Brasil. Un día, navegando en un barquito, se arrojó al mar y nadó y nadó hasta cansarse, mientras los marineros le gritaban que tuviese cuidado con las pirañas. Del Brasil siguió hasta el Perú, después a Chile, y ya en Mendoza y sin un peso, pudo colarse con un amigo en el baño de un tren. El inspector golpeaba y golpeaba la puerta, mientras ellos fumaban marihuana. Fueron a parar a la comisaría hasta que *Pirí* les mandó la plata para pagar la multa y pudieron volver a Buenos

Aires. Con ese mismo amigo fueron juntos una noche a un recital de Ravi Shankar. Alguien les regaló una pastilla de ácido lisérgico en la puerta, se tomaron media cada uno y de repente aparecieron en la platea, aunque no tenían entradas. Una vez se paró en el medio de la calle para ver qué coche lo pisaba. “Finalmente lo rescató un policía. Siempre estaba pensando en cómo hacerlo, pensando la manera. No le gustaba la idea de tirarse de un edificio y que lo vieran con el cuerpo destrozado”, recuerda su amigo Pedro Pujó.

Después surgió la idea de la casa del Tigre, y *Pirí* lo ayudó a alquilarla. Se levantaba temprano, con el murmullo de los grillos y las lanchas, y lo primero que hacía era bajar al muelle. Pasaba un rato largo mirando, sólo mirando, la cabeza se le iba abriendo con sólo mirar. Cuando le daba hambre, siempre encontraba en la heladera algunas verduras y un poco de arroz que le compraba al almacenero de la lancha. Tomaba agua, o a lo sumo una cerveza. Y fumaba Parisiennes. Después daba vueltas con el bote, o trataba de escribir en la portátil. Cosas sobre rock, vivencias, dejaba correr la máquina y a sus amigos les gustaba. No era fácil después del gran Leopoldo, a *Pirí* también le había costado.

Cuando se hacía de noche, empezaban a cantar las cigarras. Él bajaba de nuevo al muelle, horas pasaba ahí sentado, mirando las lucecitas en las casas de las islas, imaginando historias que no eran la suya y que después intentaría escribir. Ahí sí le daba un poco de nostalgia. ¿Dónde estaría *Carel*? ¿Y Tanguito, Jorge Álvarez, Javier Martínez, Alejandro Medina, Claudio Gabis?

¿Dónde estaría *Manolín*, su íntimo amigo, que se había aliado a las Fuerzas Armadas Peronistas? ¿Dónde estará uno después de que lo revientan a tiros en un enfrentamiento? Había sucedido hacía unos días y ahí cerca, en Rincón de Milberg (otra vez el Tigre). Era el hijo de Lili Mazzaferro, la mejor amiga de su madre. ¿Dónde quedaban ahora los plantones de los dos en la puerta del colegio, cuando nadie se acordaba de irlos a buscar? ¿Y las eternas caminatas por Corrientes, las charlas en el bar Moderno? ¿Dónde va a parar uno después de que se mata?

Un mes después del suicidio de su abuelo *Polo*, Alejandro Peralta se

ahorcó en el Tigre. “Era un chico muy sensible, extremadamente sensible. Fue un hecho tremendo que afectó muchísimo a *Pirí*”, recordó su amiga Julia Constenla.

Luego ella adoptaría el nombre de Rosita. “Nos van a matar a todos pero no tenemos otra alternativa”, le escribió en esa época a su hija, quien se había instalado en Europa y le pedía que huyera del país. La secuestraron en su casa y no opuso resistencia. “Corré, renga”, le dirían los torturadores de *El Atlético*. “Ustedes qué saben de torturas, torturador era mi viejo”, les contestaba.

A partir de entonces ya no sólo se hablaría del poeta nacional suicidado por la patria. Se hablaría también de la relación de los Lugones con una suerte de maldición argentina, un derrotero ligado en forma estrecha a un destino aparentemente irrenunciable del país.

NOTAS

1.- Analía García y Marcela Fernández Vidal, *Pirí*, Ediciones de la Flor, 1995.

2.- *Ibidem*.

3.- Analía García y Marcela Fernández Vidal, *op. cit*.

4.- Programa *Secretos de familia*, TN, conducido por Magdalena Ruiz Guiñazú.

5.- Analía García y Marcela Fernández Vidal, *op. cit*.

EPÍLOGO

"Si Lugones se creía con el monopolio de la palabra

era porque los otros estaban destinados

a ser un cuerpo mudo".

David Viñas

Más allá de nuestro declamado destino trágico, de los desaciertos de Lugones y de los errores u omisiones de muchos de nuestros intelectuales, lo cierto es que la Argentina ha ido perdiendo algunas características que la destacaron desde su origen, y que se relacionan con la idea de un país culto, basado en el esfuerzo y el trabajo y respetuoso de la actividad intelectual.

No sólo pudimos enorgullecernos de tener una escuela pública modelo, que garantizaba la igualdad de oportunidades y el ascenso económico y social. También tuvimos una universidad estatal de excelencia, constituimos el mayor polo cultural de América latina, y

nuestra industria editorial fue pionera en el mundo de habla hispana.

Hoy, en cambio, y salvo pocas excepciones, los intelectuales son ignorados por la mayoría de sus compatriotas, que rara vez los leen. La difusión de sus obras se limita a los suplementos culturales de algunos diarios y la televisión, ocupada en divulgar peleas entre *vedettes* y operaciones políticas y económicas de variadas procedencias, tampoco les da espacio. A veces, incluso, el interés por el arte y las manifestaciones culturales es fuertemente ridiculizado (1).

"No intelectualicemos", se dice para aludir a la simpleza, cuando en realidad lo que se está diciendo es "hablemos estupideces, que es más fácil", recuerda el escritor Mempo Giardinelli, para quien "en un país así es muy difícil ser, reconocerse y asumirse como intelectual" (2).

Los políticos tampoco consideran la cultura y el trabajo intelectual como prioritarios, y más allá de los propósitos enunciados en algunas propuestas electoralistas o de las mejores o peores intenciones de los funcionarios del área, no se ha desarrollado en el país una verdadera política cultural. Incluso se relaciona la cultura con el entretenimiento, sin tenerse en cuenta su enorme potencial como constructor de ciudadanía y factor de inclusión social. El presupuesto público destinado al área cultural en la Argentina está muy por debajo del 1 por ciento que recomienda la UNESCO para los países en desarrollo, y tampoco se han reconocido los derechos culturales que plantea la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

A veces, el éxito masivo de algunos eventos culturales conduce a engaño. Es cierto que la Feria del Libro de Buenos Aires es una de las más grandes del mundo, que los espectáculos gratuitos que organiza el gobierno de esta ciudad movilizan multitudes, y que Buenos Aires tiene tantos o más espacios teatrales que Londres o Nueva York. Pero también es cierto que la afluencia masiva a la Feria del Libro se agota en sí misma, ya que no se traduce en mayores visitas o librerías o bibliotecas durante el resto del año. Los espectáculos gratuitos, muchos ellos de gran calidad, al igual que los espacios teatrales, también se agotan en sí mismos, ya que su público raramente se renueva y se limita a niveles socioeconómicos determinados. Lo cierto es que nuestros grandes teatros padecen de problemas estructurales, y

carecemos de políticas estables de promoción de la lectura y de defensa de nuestras librerías y bibliotecas. Además, contrariando nuestro sistema federal, las industrias culturales se encuentran muy concentradas en la ciudad de Buenos Aires, y la diferencia porcentual entre los presupuestos destinados al área de cultura de la Capital y el resto del país es abismal (3).

Sin embargo, sigue sucediendo en la Argentina un fenómeno curioso y estimulante, relacionado con nuestra poderosa tradición cultural. El libro, pese a no ser leído, mantiene una fuerte carga simbólica (4), y la capacidad creativa de los argentinos permanece intacta. Según Griselda Gambaro, "las personas tienen otras necesidades que no sean las del trabajo rutinario: estar en un escenario, hacer música, escribir. No importa en cierto sentido –a mí no me importa- que hagan buenos espectáculos, buena música o buenos libros. No se trata de arte. Aunque lo que produzcan sea mediocre, lo importante es ese impulso hacia otra cosa que no sea lo estandarizado, lo aburrido. En otras sociedades eso no sucede con la misma fuerza. En Europa hay facilidades de producción teatral muchísimo mayores y no existe esa necesidad, que aunque pueda deberse al narcisismo, también puede ser la aspiración a otra cosa. Y ese deseo es valioso" (5).

En ese mismo sentido, Mempo Giardinelli recuerda que durante la crisis de diciembre de 2001, cuando no se creía prácticamente en nada y parecía que todo se venía abajo, la sociedad miró hacia los miembros menos convencionales del conjunto: sus intelectuales y sus artistas: "Creo que si se hiciera un recuento – a lo mejor alguien lo hizo- se vería que nunca en la Argentina hubo tanto teatro popular, tanta poesía en las calles, tantas plazas ganadas para la danza y la música como en los primeros meses de 2002. Esto habla muy bien de nosotros. En el naufragio nos aferramos al mejor madero que tenemos- y que no estaba corrompido, además- que es nuestra capacidad de pensar, nuestra capacidad creativa. El trabajo cultural sigue siendo una extraordinaria reserva moral y una esperanza de acción para todos" (6).

Tal vez por fin llegue el momento en que la sociedad vuelva a mirar a sus escritores y los escritores vuelvan a mirar a la sociedad. "Pero los intelectuales no deben constituirse en faros o líderes. Si no,

caeríamos en la teoría de la vanguardia, cinco tipos piensan una revolución y se la explican al resto", agrega José Pablo Feinmann (7).

Aunque eso sí, por favor: con buena fe y polemizando con altura. Sin descalificaciones gratuitas ni acusaciones falsas.

NOTAS

1.-En una emisión de *Show Match* (el programa de mayor rating de la televisión argentina) de mayo de 2009, se entrevistó a un visitante del Museo del Prado de Madrid, y mientras éste describía los cuadros de Goya y Velázquez que acaba de ver, el conductor, José María Listorti, se introducía los dedos en la nariz y las orejas y se tocaba los genitales. El envió fue presentado por el responsable del ciclo, Marcelo Tinelli, como un "bloque cultural".

2.- Mempo Giardinelli recuerda que el militar carapintada Aldo Rico, cuando se sublevó contra las instituciones de la democracia en Semana Santa de 1987, sentenció que duda era "la jactancia de los intelectuales". En Mempo Giardinelli, *op. cit.*

3.- Según el Anuario de Indicadores Culturales 2002 publicado por la Universidad Nacional de Tres de Febrero, "la ciudad de Buenos Aires absorbe el 57 por ciento del presupuesto federal para una población propia que equivale al 7,58 por ciento del total de la República Argentina".

4.-Tuve la oportunidad de experimentarlo personalmente cuando en 2004 las autoridades de Canal 7 decidieron suprimir dos programas de libros, *El refugio de la cultura* y *Los siete locos*, y ante el repudio masivo, los programas volvieron al aire.

5.- Griselda Gambaro en Cristina Mucci, *Pensar la Argentina*, Editorial Norma, 2006.

6.- Mempo Giardinelli en Cristina Mucci, *op. cit.*

7.- José Pablo Feinmann en Cristina Mucci, *op. cit.*

BIBLIOGRAFÍA

Álvaro Abós, *El tábano*, Editorial Sudamericana, 2001.

Macedonio Fernández, Editorial Plaza y Janés, 2002.

Carlos Altamirano, *Arturo Frondizi*, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Osvaldo Bayer, *Rebeldía y esperanza*, Buenos Aires, Ediciones B, 1993.

En camino al paraíso, Buenos Aires, Ediciones B, 1999.

Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Editorial Destino, 2006.

Jorge Boccanera, *La pasión de los poetas*, Editorial Alfaguara, 2002.

Ivonne Bordelois, *Un triángulo crucial. Borges, Güiraldes y Lugones*, EUDEBA, 1999.

El país que nos habla, Editorial Sudamericana, 2005.

Jorge Luis Borges, *Leopoldo Lugones*, Emecé Editores, 1998.

El hacedor, Emecé Editores, 2005.

Helvio Botana , *Memorias*. *Tras los dientes del perro*, Peña Lillo Editor, 1997.

PilarCalveiro, *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años 70,* Editorial Norma, 2005.

Bernardo Canal Feijóo, *Lugones y el destino trágico*, Editorial Plus Ultra, 1976.

Alfredo Canedo, *Aspectos del pensamiento político de Leopoldo Lugones*, E.M Ediciones, 1974.

María Inés Cárdenas de Monner Sans, *Cuando Lugones conoció el amor*, Editorial Seix Barral, 1999.

Abelardo Castillo, *Ser escritor*, Perfil Libros, 1997.

Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más*, EUDEBA, 1984.

Emilio Corbière, *La masonería*, Editorial Sudamericana, 1998.

Dardo Cúneo, *El romanticismo político,* Editorial Transición, 1955.

Josefina Delgado, *Alfonsina Storni*, Editorial Planeta, 2001.

Salvadora, la dueña del diario Crítica, Editorial Sudamericana, 2005.

María Esther De Miguel y otros, *Mujeres argentinas*, Editorial Alfaguara, 1998.

José Pablo Feinmann, *El mandato*, Editorial Norma, 2000.

Federico Finchelstein, *La Argentina fascista*, Editorial Sudamericana,

2008.

Norberto Galasso, *Jauretche, biografía de un argentino,* Homo Sapiens Ediciones, 2000.

Analía García y Marcela Fernández Vidal, *Pirí*, Ediciones de la Flor, 1995.

Víctor García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Editorial Planeta, 1997.

Mempo Giardinelli, *El país y sus intelectuales,* Capital Intelectual, 2004.

Laura Giussani, *Buscada,* Editorial Norma, 2005.

Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil,* Siglo XXI Editores, 2003.

Mario Goloboff, *Julio Cortázar, la biografía,* Editorial Seix Barral, 1998.

Beatriz Guido, *El incendio y las vísperas*, Editorial Losada, 1964.

Liliana Heker, *Las hermanas de Shakespeare*, Editorial Alfaguara, 1999.

Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional,* Editorial Plus Ultra, 1960.

Hernán Ivernizzi y Judith Gociol, *Un golpe a los libros,* EUDEBA, 2002.

Julio Irazusta, *Genio y Figura de Leopoldo Lugones,* EUDEBA, 1968.

Suzanne Jill-Levine, *Manuel Puig y la mujer araña*, Editorial Seix Barral, 2002.

Noé Jitrik, *Leopoldo Lugones, mito nacional*, Editorial Palestra, 1960.

Eduardo Jozami, *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción,* Editorial Norma, 2006.

Jorge Lanata, *Muertos de amor,* Editorial Alfaguara, 2007.

Jorge Laforgue (ed.), *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, Alianza Editorial, 2000.

María Pía López, *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Editorial Colihue, 2004.

Leopoldo Lugones (h), *Mi padre*, Editorial Centurión, 1949.

Félix Luna, *Soy Roca*, Editorial Sudamericana, 1989.

Marta Lynch, *La alfombra roja*, Editorial Fabril, 1962.

La señora Ordóñez, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

Alejandro Margulis, *Los libros de los argentinos*, Editorial El Ateneo, 1998.

Guillermo Martínez, *La fórmula de la inmortalidad,* Editorial Seix Barral, 2005.

Ezequiel Martínez Estrada, *Leopoldo Lugones*, *retrato sin retocar*, Emecé Editores, 1968.

Marta Merkin, *Los Lugones, una tragedia argentina,* Editorial Sudamericana, 2004.

Pablo Montanaro, *Francisco Urondo*, Editorial Homo Sapiens, 2003.

Cristina Mucci, *Voces de la cultura argentina,* Editorial El Ateneo, 1997.

La señora Lynch, Editorial Norma, 2000.

Divina Beatrice, Editorial Norma, 2002.

La gran burguesa, Editorial Norma, 2003.

Pensar la Argentina, Editorial Norma, 2006.

Eduardo Muslip, *Fondo negro,* Editorial Solaris, 1977.

Pedro Orgambide, *Genio y figura de Ezequiel Martínez Estrada,* EUDEBA, 1985.

Horacio Quiroga, Editorial Planeta, 1994.

Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina moral, Editorial Ameghino, 1997.

El hombre de la rosa blindada, vida y poesía de Raúl González Tuñón, Editorial Ameghino, 1998.

Pedro Orgambide y Roberto Yahni, *Enciclopedia de la literatura argentina*, Editorial Sudamericana, 1970.

Joseph Page, *Perón, un biografía*, Javier Vergara Editor, 1984.

Luciano de Privitellio y Luis Alberto Romero, *Grandes discursos de la historia argentina,* Editorial Aguilar, 2000.

Jorge Restivo y Camilo Sánchez, *Haroldo Conti, biografía de un cazador,* Editorial Homo Sapiens, 1999.

Ceferino Reato, *Operación Traviata, ¿Quién mató a Rucci?,* Editorial Sudamericana, 2008.

Guillermo Saccomanno, *La lengua del malón,* Editorial Planeta 2003.

María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente,* Editorial Sudamericana, 2000.

La Libertadora, Editorial Sudamericana, 2007.

Horacio Salas, *Borges, una biografía,* Editorial Planeta, 1994.

El Centenario, Editorial Planeta, 1996.

Homero Manzi y su tiempo, Ediciones B, 2001.

Lecturas de la memoria, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Beatriz Sarlo, *Escritos sobre literatura argentina*, Siglo XXI Editores, 2007.

Juan José Sebreli, *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades,* Editorial Sudamericana, 1997.

El olvido de la razón, Editorial Sudamericana, 2006.

Fabiana Sordi (comp.), *Florida y Boedo, antología de vanguardias argentinas,* Editorial Santillana, 1998.

Graciela Speranza, *Manuel Puig, después del fin de la literatura,* Editorial Norma 2000.

Horacio Tarcus, *Cartas de una hermandad*, Emecé Editores, 2009.

Belisario Tello, *El poeta solariego,* Editorial Teoría, 1971.

Oscar Terán, *Nuestros años sesenta,* Ediciones Puntosur, 1991.

Alejandro Vaccaro, *Borges, vida y literatura*, Editorial Edhasa, 2006.

María Esther Vázquez, *Victoria Ocampo*, Editorial Planeta, 1991.

Borges, esplendor y derrota, Editorial Tusquets, 1996.

Leónidas Vidal Peña, *El drama intelectual de Lugones,* Ediciones La Facultad, 1938.

Oscar Hermes Villordo, *El grupo Sur,* Editorial Planeta, 1993.

David Viñas, *Historia social de la literatura argentina,* Ediciones Contrapunto, 1989.

Literatura argentina y política, Editorial Sudamericana, 1995.

Liliana Viola, *El libro de los testamentos,* Editorial El Ateneo, 1997.

MEDIOS PERIODÍSTICOS CONSULTADOS

Diarios *Crítica, La Nación, La Prensa, El Mundo, Clarín, La Razón, Página/ 12* y *Perfil.*

Revistas *Le Monde Diplomatique*, *Veintitrés, Siete Días, Humor* y *Todo es Historia.*

Archivo programa *Los siete locos* (Canal á y Canal 7).

LIBROS DE LEOPOLDO LUGONES

Los Mundos, 1892.

Las montañas del oro, 1897.

Emilio Zola, 1902.

La reforma educacional, 1903.

Crepúsculos del jardín, 1905.

La guerra gaucha, 1905.

El imperio jesuítico, 1905.

Las fuerzas extrañas, 1906.

Lunario sentimental, 1909.

Odas seculares, 1910.

Didáctica, 1910.

Piedras liminares, 1910.

Prometeo, 1910.

Historia de Sarmiento, 1911.

El libro fiel, 1912.

El ejército de la Ilíada, 1915.

Elogio de Ameghino, 1915.

Rubén Darío, 1916.

El payador, 1916.

El libro de los paisajes, 1917.

Mi beligerancia, 1917.

La torre de Casandra, 1919.

Las industrias de Atenas, 1919.

El tamaño del espacio, 1920.

Elogio de Leonardo, 1920.

Las horas doradas, 1922.

Filosofícula, 1924.

Acción, 1924.

Estudios helénicos, 1924.

Cuentos fatales, 1924.

La organización de la paz, 1925.

El ángel de la sombra, 1925.

Poemas solariegos, 1927.

Nuevos estudios helénicos, 1928.

La patria fuerte, 1930.

La grande Argentina, 1930.

Política revolucionaria, 1931.

El estado equitativo, 1931.

El único candidato, 1931.

Acción republicana, 1931.

Guardia argentina, 1934.

Romances del Río Seco, 1938.